MI PEQUEÑA ORGULLOSA

MARTA FLORES



MI PEQUEÑA ORGULLOSA

MARTA FLORES

Primera edición.

Mi pequeña orgullosa

©Marta Flores

©marzo, 2025

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Capítulo 1



—Dafne, hija, vas a llegar tarde, levántate ya. No puedes seguir así, acabarás mal si sigues con ese ritmo.

—Ya voy, abuela. Sabes que los lunes son siempre muy malos.

Es increíble cómo en un instante todo puede cambiar, ¿verdad? Yo nunca imaginé que después de un año en la universidad mis sueños se desmoronaran. De repente, mi vida dio un vuelco total; pasé de ser una chica llena de alegría y esperanzas sobre lo que vendría, a convertirme en una joven de veinticuatro años que, en algunos días, sentía que la vida se le hacía demasiado pesada.

Había terminado el primer año de mi carrera de Magisterio, con muy buenas notas, estaba feliz porque empezaba a cumplir uno de mis sueños. Gracias a la beca que me concedieron, finalmente pude iniciar el camino hacia lo que siempre había deseado.

Nunca olvidaré aquel caluroso día de julio en el que, desde mi habitación, escuché gritar a mi madre de una forma tan intensa que hasta daba miedo

oírla. Al salir de mi cuarto, la encontré en el suelo con el teléfono en la mano, y esa imagen se quedó grabada en mi memoria para siempre.

Ese día marcó un antes y un después en la vida de las tres mujeres que vivíamos en esa casa. Mi padre, que trabajaba como albañil, sufrió un trágico accidente al caer desde un séptimo piso, y su pérdida nos dejó a todas devastadas.

Hablar de lo que sucedió en mi casa ese día me resulta muy difícil; esa experiencia quedó marcada en mi memoria para siempre.

A los dos meses de fallecer mi padre, en mi casa la situación se complicaba por día que pasaba. Mi madre no salía de la cama porque estaba sumida en una profunda depresión, mientras que mi hermana Gisela, que apenas tenía catorce años, pasaba más tiempo en la calle que en casa. Fue entonces cuando mi abuela Carmina, la madre de mi padre y la única abuela que me quedaba, decidió mudarse con nosotras para intentar ayudar en medio de todo este caos.

Cerca del primer aniversario de la muerte de mi padre, mi madre seguía sin levantar cabeza, sumida en la oscuridad, llegando al punto de intentar quitarse la vida, lo que fue un palo muy grande para nosotras. La tuvieron que internar en un hospital psiquiátrico y, cuando finalmente la trajimos de vuelta a casa, notamos que ya no era la misma. Pasaba los días alternando entre llantos, risas y gritos, y era difícil reconocer a la mujer que conocíamos.

La abuela Carmina, que fue la que cogió las riendas de la casa, un día en el que estábamos ella y yo comiendo, me dijo:

—Dafne, hija, esto no puede seguir así, tu madre no se recupera. Mi paga no es que sea muy buena, aunque algo ayuda, y sumada a la de tu madre, apenas nos llega a lo justo. La hipoteca no se paga sola y hay muchos gastos que cubrir.

—Abuela, ¿qué me estás queriendo decir?

—Pues que tienes que ponerte a trabajar hija —cuando escuché a mi abuela decir eso, el mundo se me cayó a los pies—, *siento decirte que ahora tendrás que sacar la casa adelante.*

Así fue como mis sueños quedaron guardados en un cajón de mi escritorio, pensé que sería cuestión de poco tiempo hasta que mi madre se recuperara. Qué ingenua fui al pensar que sería un proceso rápido, cuando en realidad ya han pasado cinco años en los que he estado trabajando, no solo en uno, sino en tres empleos diferentes.

Por las mañanas, de lunes a viernes, me tocaba trabajar en una cafetería y después, por la tarde, me dedicaba a limpiar unas oficinas. Y los fines de semana, lo hacía detrás de la barra en un bar de copas. En resumen: mi vida giraba en torno al trabajo, sin mucho tiempo para nada más.

Llegué a la cafetería quince minutos tarde, pero por suerte, esa semana no me tocaba abrir. Irina, mi amiga y compañera de trabajo, siempre me cubría cuando llegaba tarde, así que sabía que podía contar con ella.

—Buenos días, Bella Durmiente, veo que hoy otra vez se te pegaron las sábanas.

—Lo siento, no te puedo prometer que no volverá a pasar porque no me lo creo ni yo.

—Dafne, tienes que bajar el ritmo del trabajo, no puedes seguir así, al final terminarás enfermando.

—No puedo, son muchos gastos. Mi madre desde lo de mi padre no levanta cabeza, es como vivir con un zombi, a veces la abuela y yo nos reímos por no llorar, en fin ya vendrán tiempos mejores.

—Me vas a perdonar, siempre dices lo mismo, pero creo que tu hermana debería ponerse a trabajar y no vivir a costa tuya y de tu abuela.

No le respondí porque tenía toda la razón. Mi hermana se había aprovechado desde un principio. Primero, por lo afectada que quedó, después las malas compañías, al menos seguía estudiando o eso era lo que yo pensaba.

—Bueno, me vas a decir cuánto has ligado este fin de semana o lo tengo que adivinar —me dijo Irina cambiando de conversación.

—Ay, niña, ¿eso qué es? Si apenas tengo tiempo ni para ir al baño, menos para coquetear. Eso tú, que desde que me saludas al entrar, no te veo más el pelo.

—Sabes que solo tengo ojitos para uno, y estoy deseando que sean las diez de la mañana para verlo.

—No me había dado cuenta. ¿Hoy tampoco puedo servirle yo?, mira que al final se va a dar cuenta de que andas detrás de él.

—Anda ya, si ese parece que solo tiene un ojo, y no en la cara precisamente. —No pude reprimir una carcajada, esa que ella aguantaba solo porque yo me riera.

A las siete de la mañana, debíamos tenerlo todo listo, ya que era el momento en que la cafetería El Sol comenzaría a recibir a sus clientes.

Irina llevaba trabajando en la cafetería desde los dieciséis años, «media vida» como ella decía. Aunque era dos años más joven que yo, eso no se notaba, puesto que medía un impresionante metro setenta y cinco. Siempre me hacía reír cuando comentaba que no podía conseguir pareja por su altura, pero la verdad es que era una morena hermosa con unos ojos verdes que deslumbraban.

—Dafne, no te des la vuelta ahora, pero mi amor secreto viene muy bien acompañado. —Se notaba que cuando Juanra llegaba a desayunar, la pobre no daba pie con bola—. Con él llega tu príncipe azul, amiga. No te des la vuelta todavía.

Qué *jodía*, claro que me giré, tenía que servir los cafés que estaba preparando, pero cuando lo hice y vi a ese pedazo de hombre, la taza que

tenía en la mano acabó en el suelo.

—¿Estás bien amiga? Mírala qué *jodía,* vaya manera más sutil de llamar la atención, ahí está que no te quita ojo. —Yo no quería mirar, pero es que ese hombre me había impresionado.

—Sí, sí, estoy bien. Joder ese hombre parece sacado de uno de esos libros que yo leo. ¡Qué cuerpo, qué percha!

—Yo no sé de dónde sacas el tiempo para leer chica, ahora entiendo cuando me dices que leyendo tienes que sacar a pasear al dos minutos. —Nos echamos a reír mientras lo mirábamos.

—Ya me lo imagino poniéndome contra la pared, madre mía, qué calor me está entrando.

—Irina, ¿hoy no se desayuna? —le dijo Juanra—, cómo se nota que es lunes.

—Ya voy chico, cómo se nota que la confianza da asco —le dijo mientras se acercaba a la mesa—, bueno tú lo de siempre y aquí el caballero, ¿qué desea tomar?

—Un café con leche sin azúcar, por favor.

—¿No quieres tostadas?, mira que ese cuerpo solo con café no se alimenta —le dijo la muy descarada.

—Héctor, ya te dije que aquí te iba a gustar venir todos los días.

—¿Y eso por qué? —le preguntó mi amiga.

—Porque aparte de que las camareras son guapas y simpáticas, el café está buenísimo.

—Pues esta camarera no trabaja los fines de semana, ahí lo dejo chaval.

Irina siempre fue un poco descarada, eso es cierto, pero también era una amiga increíble. Cuando empecé a trabajar, no tenía ni la más mínima idea de cómo hacer un café. Al principio, mi tarea era atender las mesas, pero en cada momento libre que teníamos, tanto Adela como Irina se tomaban el tiempo para enseñarme a preparar un buen café.

La mañana transcurrió sin parar, era lo bueno de esos días, que no te daba tiempo ni de pensar. A la una yo me marchaba a casa, así lo hablé con Adela cuando me salió el trabajo por las tardes, esa mujer no me puso ninguna pega, al contrario, me ayudaba en todo lo que podía.

Cuando llegué a casa se escuchaban los gritos nada más entrar en el portal, vivíamos en un segundo, era un bloque de cuatro plantas con dos puertas en cada piso.

Subí de dos en dos las escaleras, más o menos podía imaginar lo que era, mi hermana Gisela peleando con la abuela porque no le daba dinero.

—¿Qué pasa aquí? —La abuela estaba contra la pared y mi hermana sujetándola por el brazo—. ¡Gisela, suelta a la abuela ahora mismo!, vergüenza debería darte.

—Vergüenza a vosotras dos, que no me dais dinero cuando lo necesito, y esta vez te garantizo que lo vais a hacer sí o sí.

—Gisela, que sueltes a la abuela. —Me fui hacia ella para que la soltara —. Te doy una cantidad todos los meses, si quieres más ponte a trabajar.

—¿Qué dinero me das? Doscientos euros de mierda. ¿Tú te crees que con eso tengo para comprarme ropa y salir con mis amigos?

—¿Te parece que es poco? Tu hermana se desloma para que puedas estudiar y para que no te falte de nada. Eres una desagradecida, si yo fuera ella, no te daría ni un euro.

Capítulo 2



—Tú te callas vieja, que desde que has llegado a esta casa no haces nada más que estorbar. —No la había puesto nunca una mano encima, pero el tortazo que se llevó hizo que se le volviera la cara.

Salió de casa a toda prisa, como si el mismo diablo lo persiguiera, soltando sapos y culebras por su boca. Tenía un trabajo muy grande que hacer con mi hermana, pero no me daba la vida.

—Hija, no sé qué vamos a hacer con ella, cada vez está peor, esta niña nos va a dar muchos dolores de cabeza.

—Lo sé abuela, espero que algún día se levante con el chip cambiado. No me gusta ese novio suyo que tiene, ni las amistades, no quiero pensar dónde andará cuando no está en clase ni aquí.

—Bueno, hija, justo de eso quería hablar contigo. Ven, vamos a almorzar y te lo cuento todo.

Preparamos la mesa y nos sentamos a comer, ahí estaba mi madre mirando fijamente hacia el televisor, ese que no estaba encendido, la pena me consumía cada vez que la veía de esa manera.

—Abuela, dime lo que me tengas que decir, que ya me imagino que no es nada bueno.

—Pues no, hija, no lo es, es sobre tu hermana. Esta mañana, cuando bajé a comprar el pan, me encontré con la abuela de Paula. —Paula, era la mejor amiga de mi hermana o lo fue—. Me ha preguntado que si Gisela estaba trabajando porque lleva dos meses sin ir a la universidad.

—Pero abuela, eso no puede ser, no me ha dicho nada y en su habitación siempre están los libros por medio.

—Hija, que te digo yo que no, por qué me iba a mentir esa mujer, no ganaría nada.

No sé lo que me entró por el cuerpo, pero no podía creer que Gisela no estuviera yendo a clases. Así que me levanté de un salto y fui directa a su habitación. Al llegar, me dirigí al escritorio y empecé a revisar los cuadernos. Apenas abrí uno, supe que mi abuela tenía toda la razón.

Cuando salí de esa habitación, mi abuela se dio cuenta de la cara que traía. ¿En qué momento se le había pasado por la cabeza dejar los estudios? No dije nada, simplemente cogí el teléfono y llamé para informarme. Me dijeron que hacía dos meses que lo había dejado. Al parecer, mi hermana se valió de la situación familiar para decir que se tenía que poner a trabajar.

—Hija, dime lo que pasa, aunque por tu cara ya me lo puedo imaginar.

—La abuela de Paula no te ha mentido, llevaba razón, lleva dos meses sin asistir, es más, ha dicho que por su situación familiar tenía que dejar los estudios.

—Jesús, qué poca vergüenza, no entiendo qué se le está pasando por la cabeza.

—No creo que Jesús tenga que ver nada aquí abuela. —Nos echamos a reír a pesar de la situación—, Desde ya te digo que cuando pida dinero para algún libro y demás no le des nada, pero nada, eh.

—Qué muchacha esta, no vamos a hacer carrera de ella, hija, con eso que dice que ya es mayor de edad y puede hacer lo que le dé la gana. Anda, vamos a terminar de comer hija, y ya veremos qué hacemos.

Seguimos comiendo en silencio, la verdad es que a mí se me habían quitado las ganas, pero no quería hacerle un feo a la abuela, y además, en casa no se tiraba la comida, así que me esforcé por terminar lo que tenía en el plato, aunque me costó bastante.

Ayudé a la abuela a recoger todo, luego preparé un café y me senté frente a mi madre, observándola. Ella parecía perdida en sus pensamientos, me encantaría saber qué pasaba por su mente, ya que siempre tenía una foto de mi padre en sus manos.

Mis padres estaban profundamente enamorados, y a menudo les decía que parecían dos adolescentes, a lo que ellos solían responderme que ya lo entendería cuando encontrara el amor verdadero.

—Mamá, ¿en qué piensas? ¿Me lo quieres contar? —Mi madre me miró y me sonrió.

—Estoy pensando en tu padre, ya son muchos días los que lleva fuera, tengo que ponerme guapa por si hoy regresa, ya sabes que le gusta darme la sorpresa.

Eso es lo que hacía mi padre siempre que trabajaba fuera, le decía a mi madre que llegaba un día después del que en realidad llegaba.

—Ay, mamá, tú estás guapa siempre, pero yo lo que necesito es que vuelvas a ser tú, que vuelva esa mujer llena de alegría que nos regañaba por no guardar nuestra ropa.

—Hija, no digas tonterías, yo estoy aquí. ¿Cómo quieres que vuelva si no me he ido?

Tenía razón, no se había ido, pero tampoco estaba con nosotros. Terminé mi café, me cambié de ropa, me despedí de mi abuela y me fui a seguir con mi rutina.

Esperando el autobús me puse a leer, sonreí al recordar las palabras de Irina cuando me decía que de dónde sacaba el tiempo para leer. Ese era mi

tiempo, mientras esperaba el autobús y el recorrido que hacía en él hacia el trabajo.

De siempre me había gustado mucho leer, me encantaba meterme de lleno en las novelas. Esas historias que te sacan una sonrisa, pero también te pueden hacer soltar alguna lágrima, te llevan a lugares lejanos o incluso te hacen cabrearte con el protagonista. Ese tiempo que pasaba leyendo era mi forma de evadirme de los problemas que tenía en casa.

El autobús iba con un poquito de retraso, era lo que tenía el tráfico de los lunes, menos mal que la parada estaba a dos pasos del trabajo.

Cuando llegué, saludé a Nicolás, el conserje. Era un hombre muy agradable que rondaba ya los sesenta años.

—Hola, Nicolás, buenas tardes. Hoy no puedo quedarme charlando, se me ha hecho tarde.

—Buenas tardes, Dafne. Si sigues así, te vas a hacer vieja antes de lo que piensas.

—Anda ya, con lo que me queda aún, después hablamos, que se me echa la hora encima.

Entré en el cuarto de la limpieza, donde ya estaba mi compañera Soraya preparando los carritos.

—Hola, guapa. No sé lo que haría sin ti, de verdad que no, lo siento, el bus venía con retraso.

—Hija de mi vida, a ver si alguna vez me dices que vienes tarde por haber echado un polvo, porque lo del bus ya es cansino. —No pude evitar echarme a reír.

Soraya también sabía lo que estaba pasando, siempre intentaba sacarme más de una carcajada.

—Para polvos estoy yo, debo tener unas telarañas que el día que lo eche, me las tendrán que quitar a pico y pala.

—Qué exagerada eres, pero vamos, eso es porque quieres, siempre hay alguien que te haría un favor.

—No tengo tiempo para eso. Anda vamos a trabajar, que de cháchara no se vive.

—Ya saltó la responsable, que corta rollo eres, hija.

Íbamos hacia el ascensor riéndonos, la verdad es que había tenido suerte con la gente donde trabajaba, ya que lo que me hubiera faltado es tener mal rollo en el trabajo.

Cuando se estaban cerrando las puertas del ascensor, juraría que el tipo que salía del ascensor de enfrente era Héctor, el amigo de Juanra. Pero,

pensándolo bien, eso sería una coincidencia demasiado grande.

Llegamos a la cuarta planta, que era la nuestra. El edificio estaba dedicado únicamente a oficinas y contaba con seis plantas. Lo bueno de ese trabajo era que trabajaban hasta las tres de la tarde, lo cual era de agradecer porque así podíamos empezar pronto y no salíamos muy tarde.

—Bueno, ¿por dónde empezamos hoy? —me preguntó Soraya.

—Pues como siempre, de dentro para fuera.

—Pues a mí me gusta siempre de fuera para dentro.

—No empieces, eh. Venga, hoy empieza tú por la sala de juntas, y yo, mientras tanto, voy haciendo despachos.

—Dafne, porfi, no me dejes sola en esa sala, me da muy mal rollo desde que ese hombre se murió ahí.

—Pero bueno, al pobre le dio un infarto, no lo asesinaron, y te recuerdo que murió en el hospital, tira ya anda.

Me coloqué los auriculares para disfrutar de un poco de música, ya que no tenía ganas de escuchar a Soraya contar la misma historia de siempre; además, eso hacía que mi trabajo fuera mucho más llevadero.

Había pasado un par de horas cuando de repente sentí que alguien me daba un toque en el hombro, y el susto que me llevé me hizo gritar.

—Pero ¿qué coño haces?, me vas a matar de un susto.

—Joder, como no me avisabas para la merienda, decidí venir yo.

—¿Ya es la hora? Vaya, se me ha pasado el tiempo volando.

Nos fuimos a la sala de descanso, donde había una cafetera de cápsulas y nos preparamos un café cada una, acompañándolo de un dulce.

—Dafne, tengo que contarte algo, no creo que te guste, pero me veo en la obligación de decírtelo, aunque mejor disfrutar antes de este buen café.

Capítulo 3



—No me asustes, venga dime qué es lo que pasa.

—Este fin de semana me encontré a tu hermana, y lo bueno es que ella no sabe quién soy yo, pero yo sí sé quién es ella. —Es cierto que no la conocía personalmente, pero yo le había enseñado una foto antes—. Estábamos mis amigas y yo disfrutando de una tapas en un bar del centro cuando llegó un grupo de tres parejas, y entre ellas estaba tu hermana. —Fui a abrir la boca cuando me cortó—. Espera, déjame hablar, el chico que estaba con ella se sentó justo detrás de mí y comenzó a comentar que el mejor momento para salir era al mediodía, cuando hay menos gente.

—Pero ¿hacer qué? Soraya, venga suéltalo ya.

—¡Pero si no me dejas ni abrir la boca! Estaban comentando sobre la posibilidad de cometer un robo, pero no tengo idea de dónde ni a qué hora, tampoco es que escuchara muy bien. Lo único que te puedo decir es que tu hermana y otra muchacha serían la que lo hicieran.

Cuando me soltó eso, casi me atraganto con el café. ¿Desde cuándo mi hermana se había vuelto una ladrona? Desde que mi padre murió, había hecho todo lo posible para que no le faltase de nada. Había intentado hacer de padre y madre a la vez, dejando mis estudios de lado para que ella pudiera continuar con los suyos.

—En serio, no sé qué estoy haciendo mal, he sacrificado mis sueños, no paro de trabajar, no tengo vida, y ojo no me pesa, lo hago con gusto, pero que me lo pague así. ¿Qué estoy haciendo mal? —No pude reprimir las lágrimas.

—No te culpes, eh, por ahí no vayas. Tú no eres responsable de sus actos, deja de llorar porque no se lo merece.

—Todas las noches, cuando me acuesto, pienso que es un sueño y me voy a despertar de él.

—Cariño, pues siento decirte que no lo es, como tampoco lo es, que no tengas vida. ¿Desde cuándo no echas un buen polvo?

—¿Eso qué es? Anda, vamos a seguir limpiando que estoy deseando llegar a casa.

Me levanté y seguí limpiando, pero no podía dejar de pensar en lo que me había dicho Soraya. Era urgente que hablara con Gisela; no podía permitir que arruinara su vida de esa manera.

Pasé el resto de la tarde limpiando en silencio, sin volver a hablar con Soraya. Cuando llegó el momento de despedirnos hasta el día siguiente, sentí que lo que me había contado me había afectado profundamente. No sabía cómo lidiar con esa noticia.

Salí del trabajo y decidí irme a casa dando un paseo. Necesitaba tiempo para pensar y digerir todo lo que me habían contado, y es que, por más que quería, no podía quitármelo de la cabeza. Estaba claro que necesitaba unas buenas vacaciones y una vida normal.

Abrí la puerta de casa y no me podía creer lo que estaba viendo. Sentado en el sofá había un hombre que no conocía de nada, con unas pintas y un olor, que ya os digo que a tabaco no era.

—¿Tú quién eres y qué haces aquí? —No lo conocía, pero sabía perfectamente quién podía ser.

—Quién soy a ti no te importa, aunque quizás debería importarte.

—Bueno, pues estás en mi casa y claro que me importa.

En ese momento la abuela salió con los ojos rojos, eso ya empezó a escamarse.

—Ay, hija, por fin estás en casa. Tu hermana se ha vuelto loca, está recogiendo todas sus cosas, ya que dice que se va a vivir con este muchacho.

—Este muchacho se va ahora mismo de aquí.

—Yo de aquí no me voy a mover hasta que tu hermana no salga conmigo.

—O te vas de aquí, o llamo ahora mismo a la policía, si estás esperando a mi hermana la esperas en la calle.

No dijo nada, salió por la puerta, pero ahí venía mi hermana echa una leona.

—¿Te crees mi madre? Esta también es mi casa y puede entrar quien yo quiera.

—Gisela, tú y yo tenemos que hablar, ya está bien de que te comportes como lo estás haciendo, hazme el favor y dile que se vaya.

—No, yo no tengo nada que hablar contigo, qué te ha dicho ya la vieja esta. Desde que llegó aquí, no hace nada más que meter las narices donde no la llaman.

—No hables así de la abuela, desde que llegó aquí no ha hecho nada más que ayudarnos, y no vayas a decir que no. —Por un momento la vi mirar a mi abuela y asentí con la cabeza—. Por favor, dile que se vaya, vamos a hablar y si mañana quieres irte, te vas.

—Vale, pero no me vas a convencer. Además, no creo que tú y yo tengamos nada que hablar, mírate pareces más vieja que mamá, otra que tal

baila que parece una muñeca de porcelana.

No le dije nada, me fui hacia mi habitación, necesitaba una buena ducha porque el día había sido muy largo.

Me metí en el baño, era la hora que más me gustaba del día, es como si el agua se llevara toda la carga que llevaba a mis espaldas. Mientras me duchaba, pensaba sobre cómo podía ayudar a mi madre para sacarla de esa situación en la que se encontraba.

Me encantaba recordar a mi madre riendo, cuando nos acostaba y nos arropaba como si fuéramos pequeñas, siempre decía que para ella nunca dejaríamos de ser sus niñas.

—¿Hija, te queda mucho?, es la hora de la cena.

—No, abuela, ya voy. Estoy poniéndome el pijama.

Mi abuela ya tenía mi plato en la mesa, desde luego que esa mujer era puro corazón, si no hubiera sido por ella no sé qué hubiera pasado en mi casa.

—Gisela, ven a cenar, que tenemos que hablar, y el ven, es para hoy.

—Qué pesada eres Dafne, no sé con qué derecho te crees, pero vamos porque tengo hambre me voy a sentar. —Eso me hizo sacar una sonrisa,

cuando era niña y se enfadaba a la hora de comer siempre decía que se sentaba porque tenía hambre.

—Gisela, voy a ir al grano. No quiero que hagas lo que tienes pensado hacer el sábado.

—Y, según tú, qué es lo que pienso hacer, lista.

—No tengo idea, pero te advierto que si lo haces, seré yo quien llame a la policía. Ahora, vamos a comer.

—¿Para qué va a venir la policía, hija? Mira que me ha gustado siempre un uniforme, menos mal que tu padre no es celoso.

Escuchar decir eso a mi madre, fue música para mis oídos, hablaba poco, pero cuando lo hacía, era para sacarnos una sonrisa.

—Deja de meterte en mis asuntos, Dafne, no quiero que te pase nada, aunque nos llevemos a matar, eres mi hermana.

—No me amenaces, Gisela. Aún no he terminado. Tienes que volver a estudiar o conseguir un trabajo, yo no puedo tirar sola del carro.

—Ay, hermanita, te encanta hacerte la víctima. Nadie te ha pedido que trabajes. No voy a volver a estudiar, me voy a dormir, no quiero escuchar más tonterías.

La abuela me agarró de la mano apretándola con cariño, sabía que le dolía la mala relación entre mi hermana y yo, pero también entendía que era mejor no intervenir.

—Hija, no te preocupes. Seguro que el día menos pensado, cambiará.

— Abuela, no me gusta cómo te trata, tampoco ese comportamiento suyo, te lo digo de verdad no le des ni un céntimo. Voy a acostar a mama.

—Tranquila, cariño. Estoy segura de que en el fondo nos quiere y recapacitará. Sí, antes de que se haga más tarde.

—Venga, mamá, vamos a la cama que ya es hora de dormir.

—Hija, pero aún no ha venido tu padre. —A mí se me partía el alma cada vez que me salía con esas—. Mejor lo espero levantada, que siempre viene con hambre.

—Mamá, papá no va a venir, ya te he dicho muchas veces que está en el cielo cuidando de nosotras, y te digo algo, no creo que le guste ver cómo te está viendo.

—Me voy a la cama Dafne, últimamente no dices nada más que tonterías.

Acosté a mi madre y le di las buenas noches a la abuela antes de irme a la cama.

Me acosté y, aunque últimamente estaba muy cansada, me puse a leer un ratito antes de dormir, ya que era mi momento de relax, pero de repente me acordé del tipo que había visto en la cafetería por la mañana, Héctor.

Quizás fuera por lo que le había dicho a Irina, que se parecía a esos personajes masculinos de mis libros, y es que realmente echaba de menos un abrazo o una caricia de esas que te dejan erizan la piel.

En el bar donde trabajaba, recibía muchas insinuaciones; había de todo, desde el típico que busca algo rápido, hasta el que te hace sentir como una reina, o el que solo quiere un momento de diversión, pero siempre me quedaba con ganas de más, como decía Soraya.

Capítulo 4



Un nuevo día, cómo odiaba ese maldito despertador. Me levanté, me di una ducha rápida, me preparé un café y ya estaba lista para ir a trabajar. Como cada mañana, antes de salir por la puerta, me asomé al dormitorio de mi madre, parecía una niña durmiendo, cerré la puerta con una sonrisa y me marché.

La ciudad empezaba a despertar, y ahí estábamos los madrugadores que ya desde primera hora íbamos corriendo.

Al llegar a la cafetería, vi a Irina levantando el cierre. Me acerqué muy despacio a ella y le puse el dedo índice en el costado.

—Si gritas eres chica muerta —le dije intentando imitar la voz de un hombre—, dame todo lo que lleves y algo más. —Le pasé la otra mano por su culo.

—No me dispares, solo tengo el móvil, mejor me haces ese algo más —me dijo la muy descarada, no me pude contener y me eché a reír—. Hija de tu madre, estás tonta, me he meado del susto.

Miré al suelo y efectivamente, se había hecho pis.

—Joder, Irina, perdóname, pero te vi ahí lidiando con el cierre, y no me he podido resistir. —Solté una carcajada.

—Eres una hija de la gran fruta, te prometo que esta me las pagas, casi me da un infarto.

—Irina, no es por nada, pero si tú supieras la cara que has puesto, era para haberla grabado.

—No me hables en el día de hoy, con todos los problemas que tienes, no sé cómo te dan ganas de bromear.

—Porque es lo que me mantiene viva, perdóname, no volveré hacerte ni una broma más. —La ayudé a levantar el cierre y entramos.

Mientras ella se cambiaba de pantalón, yo aproveché para encender la cafetera. Menos mal que siempre tenemos ropa extra por si surge algún imprevisto. Cuando salió, lo primero que me dijo fue:

—Avisada quedas, cuando te gaste yo una broma ni se te ocurra enfadarte, y puede que sea en el día de hoy. Ahora tendré que ir sin bragas por tu culpa.

—Ja, ja, ja, de verdad deberías haberte visto la cara que has puesto, para enmarcarla.

—Víbora que eres una víbora, pero tranquila, quien ríe el último ríe mejor.

—Anda déjate de tonterías, vamos a ir preparándolo todo, que nuestros primeros clientes están al caer.

—Pues ya podían haber venido antes para defenderme de mi atracador —dijo riendo mientras se metía detrás de la barra.

Entré en la cocina, hasta que Adela no llegaba, me hacía cargo de ella. Empecé a meter el pan en el horno, aunque a mí ese tipo de pan no me gustaba, como decía mi abuela, donde manda patrón, no manda marinero.

La mañana estaba siendo de lo más tranquila, Irina me miraba de vez en cuando y sonreía, lo cual me ponía un poco nerviosa, pero no le di mucha importancia. La notaba atenta al reloj, siempre esperando que llegara la hora en que Juanra iba a desayunar.

Me parecía que ese chico era perfecto para ella, y tenía la sensación de que a él también le interesaba. Cada vez que entraba, la miraba de un modo muy especial. Me preguntaba si su amigo también vendría ese día, ya que, aunque no tenía tiempo para hombres, al menos me alegraba la vista.

Cuando leía un libro, me sentía como la protagonista, no solo porque al final siempre triunfa el amor, sino por todas las experiencias que vivía, y

qué leches por todos los meneos que se daban.

—A ver, la de la cocina: quiero dos tostadas y dos cruasanes, y los quiero para ya. Dafne, despierta chica que tienes una cara de pánfila que para qué —me dijo Irina—, estás en Babia, hija.

—Perdona, ahora mismo lo preparo, se me fue el santo al cielo.

—Sí, sí, al cielo, más bien a la entrepierna.

La madre que la trajo lo bien que me conocía, seguimos trabajando a buen ritmo. Adela llegó y salí a ayudar a Irina, cuando de pronto escuché una voz a mis espaldas.

—Buenos días, ¿me pones un café con poca leche, por favor?

—Buenos días… —Me quedé sin palabras al darme cuenta de quién era, él lo notó y me regaló la sonrisa más bonita que jamás había visto.

—Oye, despierta, que otra vez estás en las nubes. Ahora mismo te lo llevo yo, que esta desde que te vio ayer no deja de pensar en ti.

Las carcajadas del amigo se hicieron notar en todo el bar, no lo podía negar, me gustaba ese hombre, pero estaba claro que no era para mí.

Continué con mis tareas, mientras Irina aprovechaba la presencia de Juanra para charlar con él; no me sorprendería que pronto comenzaran a

salir, ya que Irina sabía ser muy convincente cuando se lo proponía.

Estaba sirviendo un café cuando Héctor se acercó a la barra.

—Sí, quiero comer contigo —juro que en ese momento ni me di cuenta de que tenía la boca abierta—. Como sigas con la boca así, te van a entrar moscas.

—¿Perdona? No sé lo que quieres decir con eso, me he perdido.

—Ah, bueno, tranquila, yo haré que te encuentres. Pues verás, tu compañera me ha dicho que si quería comer contigo.

Miré a Irina y estaba muerta de risa.

—Lo siento mucho, pero te ha gastado una broma, yo no he dicho nada y no tengo el gusto de conocerte como para ir a comer contigo.

—Bueno, eso lo solucionamos ahora mismo. Hola, soy Héctor, un placer conocerte. —Me ofreció la mano.

—Soy Dafne, igualmente. —En el momento de estrechar nuestras manos, sentí una especie de corriente que me hizo soltar su mano de golpe.

—Ves, ya nos conocemos. ¿Cuándo quieres que comamos?

—Lo siento, pero es que eso es imposible, si me disculpas.

Me di la vuelta y seguí a lo mío, Adela que miraba la escena se acercó a mí y me dijo que me fuera a comer con él, como si yo pudiera permitirme ese lujo.

A la hora de irme cogí a Irina por el brazo y le reclamé.

—¿Por qué me has hecho eso? Te has pasado tres pueblos, maja.

—Te la debía, además, él no deja de mirarte cuando tú no lo ves, y a ti también te gusta, ¿qué tiene de malo?

—Tienes que saber que ya no recuerdo lo que es estar con un hombre, además de que no tengo tiempo ni para ir al baño.

—Ya es hora de que empieces a pensar en ti misma. Desde que falleció tu padre, te has dedicado por completo a los demás, y ¿cómo te lo paga tu hermana? Por el amor de Dios, Dafne, reflexiona un poco, tienes veinticuatro años y llevas una vida que parece de alguien de cincuenta.

No le dije nada más, simplemente me di la vuelta y me marché con los ojos llenos de lágrimas. Tenía toda la razón del mundo, desde que pasó aquello, me centré en cuidar de mi madre y de mi hermana, teniendo que dejar mis estudios aparcados.

Había perdido a mis amigos, al chico del que estaba locamente enamorada, y mis sueños; en un abrir y cerrar de ojos, lo perdí todo. Lo que

menos me dolió fue la pérdida de esas amistades, porque en ese momento me di cuenta de que en realidad no eran verdaderos amigos.

Me sequé las lágrimas y me hice una promesa a mí misma: no volver a derramar lágrimas por cosas que no lo merecían. Al llegar a casa, comí algo ligero, cosa por lo que mi abuela me estuvo riñendo, pues la verdad es que tenía razón cuando me decía que lo que yo llevaba no era vida.

Lista para mi segundo trabajo del día, menos mal que el bar de copas era solo los fines de semana. Como cada día, entré saludando a Nicolás.

—Buenas tardes al hombre más guapo y sexi del edificio.

—Buenas tardes, hija, qué pena de mí. Aunque te digo una cosa, en mis tiempos me llevaba a las mujeres de calle. —Nos echamos a reír.

—Nicolás, no lo pongo en duda, pero aún puedes, eh.

—Qué va hija, desde que murió mi Azucena no quiero a nadie más en mi vida.

—Un día de estos te invito a casa y conoces a mi abuela, a ella seguro que le gustaría. Estoy convencida de que os llevaríais muy bien.

—Como sea igual que su nieta.

—Mejor, mucho mejor. Bueno, te dejo que se me hace tarde.

Me extrañaba que Soraya no hubiera llegado aún, porque era doña puntualidad. Cogí todas mis cosas del cuarto de la limpieza y me fui para arriba. Al llegar, me crucé con Karina, era la secretaria de Arturo, el mandamás de todo.

—Dichosos los ojos, guapa —me dijo dándome dos besos—, no es por nada, Dafne, pero te veo más delgada. ¿Sigues con tu ritmo de trabajo?

—Yo también me alegro de verte, ¿qué haces aún por aquí?

Capítulo 5



—Dafne, yo estoy bien, pero no me has contestado.

Karina era una gran persona, desde el primer momento hicimos muy buenas migas, cuando le conté mi historia lloró lo más grande conmigo, tenía cuarenta años, estaba casada, y era madre de dos niñas guapísimas.

—Sí, aún sigo con el mismo ritmo de vida. No me digas nada que sabes que tiene que ser así. Ahora dime qué haces todavía por aquí.

—No voy a decirte nada, pero te pido que te cuides, ¿vale? No hace falta que te recuerde que si necesitas algo, aquí estoy para ayudarte. Y en cuanto a por qué sigo aquí, simplemente es porque el jefe está con una visita.

—Ay, Karina, mira que te tengo dicho que no dependas de tu jefe.

—Muy chistosa, pues fírmame tú estos papeles. —Nos echamos a reír cuando se abrió la puerta.

—No me lo puedo creer. Dafne, cuánto tiempo sin ver esa bonita cara. —Vino hacia mí y me dio un beso en la mejilla—. ¿Algún día tomarás un café conmigo?

—Bueno, pues si quieres verme más ya lo sabes, te quedas aquí conmigo a limpiar, a lo del café sabes mi respuesta: no tengo tiempo.

—Eres muy joven para decir que no tienes tiempo, sabes que si en algo puedo ayudarte solo tienes que pedírmelo.

—Lo sé, y te lo agradezco mucho.

Cuando vi a la persona que había detrás de él me quedé en blanco, no era otro que Héctor. ¡Menuda casualidad!

—Hola, Héctor, nos volvemos a ver.

—¿Os conocéis? —preguntaron Karina y Arturo a la vez.

—Bueno, de vista, es que desayuna en la cafetería donde trabajo.

—Dafne, tienes que bajar el ritmo, no llegarás a vieja. Si tú quisieras… —me dijo Arturo.

—Sabes mi respuesta, no quiero nada que no me gane.

Me despedí de ellos y me fui, no quería que me tuvieran lástima, ya me la tenía yo sola.

Al final, Soraya no vino, así que me tocó hacer el doble de trabajo, lo que me hizo salir mucho más tarde de lo habitual. Cuando finalmente salí, me dirigí a la parada de autobús y, de repente, un coche se detuvo a mi lado.

—Dafne, sube que te llevo. —Me llevé una gran sorpresa al ver que era Héctor.

—Gracias, pero prefiero ir en el autobús.

Se bajó del coche, lo rodeó y vino directo hacia mí.

—Venga, sube que te llevo. Hace un buen rato que te estoy esperando, ahora no me vayas a decir que no, ya que mi pobre corazón sufrirá.

Me reí, la verdad que se veía que tenía sentido del humor. Durante el desayuno raro era el día que no soltara más de una carcajada con Juanra.

—Está bien, dejaré que me lleves a casa. —Me abrió la puerta del coche haciéndome una reverencia.

Rodeó en el coche, se montó y lo puso en marcha, mientras le indicaba la dirección. Al incorporarse al tráfico, me di cuenta de que se dirigía en sentido opuesto.

—Te has equivocado, por aquí no se va a mi casa.

—No, no me he equivocado, ya sé que por aquí no se va a tu casa, pero es que antes vamos a cenar. Me ha dicho un pajarito que no te estás cuidando mucho.

—Pero en mi casa me esperan para cenar, llévame allí, por favor.

—Te voy a llevar, pero antes vamos a ir a cenar, ya puedes ir avisando de que no cenas en casa.

No me quedó otro remedio que llamar a mi abuela, le dije que no me esperara para cenar, que lo hacía con un amigo. A lo que me contestó que no me preocupara, pero que no llegara muy tarde, que tenía que madrugar.

—Ves que no ha sido tan difícil, ¿qué te ha dicho mi futura abuela? — Este hombre flipaba, ya quisiera yo.

—Pues que como te pases de la raya conmigo, te retuerce los kínder.

—¿En serio te ha dicho eso tu abuela?, me estás vacilando.

—Para nada, yo no suelo vacilarle a alguien con quien no tengo confianza.

No dijimos ni una sola palabra más, durante el tiempo que duró el recorrido al restaurante donde me llevó a cenar. Lo miraba de reojo, y ese

hombre me hacía sentir cosas que no quería sentir.

Aparcó el coche justo en la puerta de un restaurante italiano y se bajó para abrirme la puerta, aunque yo ya la tenía abierta. Pero, aun así, me ofreció su mano para ayudarme a salir. En ese momento, volví a sentir la misma corriente que sentí por la mañana cuando me estrechó la mano.

Sin soltarme de la mano, fuimos directamente hacia una mesa que había al fondo, y justo cuando me retiró la silla, su teléfono sonó. Aproveché ese momento para sentarme, ya que me sentía incómoda con tantas atenciones, aunque he de reconocer que no podía evitar sentirme como algunas de las protagonistas de los libros que solía leer.

Vino una chica a dejarnos la carta, y no pude evitar notar la forma en que lo miraba. No era sorprendente, la verdad, era difícil no fijarse en él.

—¿Qué te apetece beber?

—Lo que tú pidas estará bien, me da igual, lo dejo todo a tu elección.

—Me lo estás poniendo fácil, espero que todo sea así.

—No sé a lo que te refieres, tampoco quiero saberlo, pero no todo son facilidades en mí.

Me sonrió, y no dijo nada más. Cuando la chica vino a tomarnos nota, pidió una ensalada para compartir y una *pizza* de carne, con la cual él decía

que me iba a chupar los dedos.

—Bueno, llega el momento que me cuentes de ti, de tu vida. Cómo llegaste a estar detrás de una barra y limpiando unas oficinas, en el mismo día.

—Y camarera los fines de semana en un bar de copas, soy una chica pluriempleada.

—Vaya, eso no lo sabía, tengo interés en saber tu historia.

—No voy contando por ahí lo que hago a cualquiera, y para ser sincera tampoco me gusta hablar de ello.

Me sirvió una copa de vino, no sé cómo terminaría la noche, ya que no soy de beber.

Me comentó que era un empresario, dueño junto a su padre de una reconocida cadena de hoteles que tenía establecimientos en diversas partes del mundo.

—Mis padres viven ahora en América, ya que mi padre llegó a la conclusión de que era el momento perfecto para pasar más tiempo con mi madre, y para él, ese lugar es ideal para disfrutar lo que les quede por vivir juntos. —Qué bonito me sonaba todo eso. Ojalá, mis padres, hubieran podido terminar también así—. Tengo una hermana, Patricia, Pati para los más allegados, que es seis años menor que yo. Ella es la encargada del hotel que está al otro lado del charco.

—Yo también tengo una hermana menor que yo, pero no estamos en nuestro mejor momento.

—Dafne, puedes confiar en mí, puedes contarme lo que sea, pero antes déjame hacerte una pregunta. ¿Qué es eso que te dijo Arturo, «si tú quisieras»?

—Es una historia muy larga, ya te la contaré en otro momento.

—Este es un buen momento —me dijo cogiéndome la mano.

Cuando nos sirvieron la cena, empecé a desahogarme y a contarle todo lo que llevaba dentro. No me interrumpió en ningún momento, ni siquiera cuando no pude seguir hablando porque las lágrimas no me dejaban hablar. Al finalizar, dejé escapar un suspiro profundo, como si al fin hubiera liberado todo lo que sentía.

—Eso es todo. Arturo me ofreció ese dinero que tanta falta me hace, pero no quiero nada que no sea mío.

—Ya, pero ¿no has pensado que quizás así podrías volver a estudiar lo que te gusta?

—Claro que lo pensé, pero sería muy difícil pagarlo, y ahora llévame a casa por favor, no estoy muy tranquila.

No dijo nada, pidió la cuenta y tras pagarla me llevó a casa. Se despidió de mí con un beso en la mejilla y un nos vemos en el desayuno.

Cuando llegué, mi abuela estaba junto a mi madre agarrada a su mano y durmiendo, la desperté con un susurro para no despertar a mi madre.

—Hija, vamos a tomarnos un vasito de leche calentita y me cuentas todo.

—Abuela, estoy cansada y todavía tengo que ducharme, y por si no lo recuerdas, mañana trabajo.

—Anda, complace a esta vieja cotilla, mira que no dormiré. —Tuve que taparme la boca para no reírme.

Capítulo 6



Le conté todo, cómo lo conocí y dónde me lo encontré. La abuela me prestaba atención y me sonreía cuando mencionaba a Héctor, meneando la cabeza.

—Ay, hija, tú te estás enamorando de ese hombre, no hay nada más que ver cómo te brillan los ojos cuando hablas de él.

—Abuela, no digas tonterías, apenas lo conozco. Me voy a dormir. —Le di un beso en la mejilla y la dejé en la cocina riendo.

Lo que me faltaba, que mi abuela se riera en mis narices por algo que no tenía ningún sentido.

Pero había que reconocer que ese hombre me atraía mucho, tanto, que no dejaba de pensar en él, y después del día de hoy mucho menos.

La semana fue avanzando y finalmente llegó el viernes. En casa todo parecía tranquilo, pero había una inquietud en el aire, ya que no teníamos

noticias de mi hermana. Por más que la llamaba no me contestaba, y mi abuela, aunque no decía nada, se la veía preocupada.

En el trabajo, todo seguía igual. No había visto a Héctor desde la noche que me invitó a cenar, y aunque sabía que era un hombre muy ocupado, no podía evitar sentir un deseo enorme de volverlo a ver. Irina me decía que me había enamorado, que era el galán de mis historias románticas.

—Esta noche voy a ir a verte —me dijo Irina—, al final he conseguido que Juanra salga conmigo.

—Mucho me temo que esa invitación ha sido más que obligada.

—¡Nooo! Para nada, te juro que ha salido de él. —Me tuve que reír por la cara que puso.

—Irina, estaba bromeando mujer, me alegro por ti, sé que te gusta de verdad.

—Como a ti Héctor, aunque no me lo quieras reconocer.

No le contesté, y me despedí de ella hasta la noche. Era cierto que me gustaba, habría que estar ciega para no verlo, y no solo me refiero al físico, sino a su manera de ser. Era un hombre que te hablaba con respeto, que te escuchaba, y por mucho que me lo negara, me estaba enamorando de ese hombre.

Llegué a casa, comí algo rápido y me dirigí a las oficinas. Mi abuela me estuvo riñendo, diciéndome que no estaba bien lo que estaba haciendo. Sabía que tenía razón, ya que apenas comía y no paraba de trabajar. Pero, en fin, esperaba que llegasen tiempos mejores; al menos eso era lo que quería creer.

Esa tarde se me hizo más pesada que ninguna, Soraya tampoco había venido esa tarde y se notaba.

Al acabar con toda la faena de la planta, decidí entrar en el despacho de Arturo, el que siempre dejaba para el final porque era el que más carga de trabajo tenía. Además de ser el más amplio, ya que contaba con un baño privado dentro del mismo. La primera vez que lo vi, me harté de reír, porque era la primera vez en mi vida que me encontraba con un baño que tenía *jacuzzi* en un despacho.

Cuando se lo conté a mi compañera, ella le quitó importancia diciéndome que cualquier día lo probaríamos.

Así, como el que no quiere, ya estaba lista para comenzar la noche, aunque la verdad, era el trabajo que menos me gustaba. Primero, porque estaba reventada después de una semana de trabajo intenso; segundo, porque no me gustaba mucho aguantar a tanto borracho; y tercero, por el uniforme que tenía que usar: una faldita roja de cuadros, camisa blanca anudada dejando ver el ombligo, y esos tacones infernales.

Al principio no me sentía cómoda, pero con el tiempo me fui acostumbrando, no solían faltar el respeto, pero claro, siempre estaba el

típico baboso, ese al que no le importaría meterte mano y más en cualquier sitio.

—Buenas noches, Raúl. ¿Cómo estás? —lo salude dándole dos besos.

—Hola, encanto. Aquí estoy, esperando a la mujer más bella de todas. —Nos echamos a reír.

—Si no supiera que no soy tu tipo, igual me lo creería.

Raúl era el portero del local, tenía treinta y tres años, y un físico impresionante, además de unos ojos negros que llamaban la atención. Mi jefe lo contrató cuando empezó a entrar gente problemática, como si la mala gente no la tuviera dentro, empezando por él. Raúl me acogió desde el primer momento; era gay, estaba casado con Víctor y tenían un hijo de tres añitos.

Cuando entré, vi que mis compañeras ya estaban haciendo su trabajo. Debo confesar que los viernes solía llegar una hora tarde por mi trabajo en las oficinas, cosa que no sabía mi jefe. Mis compañeras no decían nada, y por el momento, él tampoco se daba cuenta, aunque sabía que en algún momento eso cambiaría.

Las saludé con la mano, y me fui a cambiar, diez minutos más tarde aparecí en la barra dándole un beso a Toño.

—Buenas noches, amor. —Esa era la manera de saludarlo.

—Buenas noches, mi amor. Sí, aunque no lo creas, eres mi amor, la que hace que me levante empalmado todas las mañanas.

—Ja, ja, ja, no digas tonterías, que tú te levantabas con el mástil tieso antes de conocerme.

—Pero desde que te conozco se levanta más tieso aún.

Me fui riendo, desde luego Toño era un encanto de persona. Era moreno, con ojos marrones y tenía una sonrisa que enamoraba a cualquiera.

La noche iba transcurriendo tranquila, aunque no había parado desde que llegué, normalmente siempre estaba detrás de la barra, pero de vez en cuando salía para ayudar a alguna de mis compañeras a recoger vasos.

Miré la hora en el reloj, y me extrañó que Irina aún no hubiera aparecido por la barra. Imaginé que, si estaba con Juanra, seguramente habrían ido a cenar algo. Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo con Héctor. Ay, ese hombre, si él supiera lo que despertaba en mí, pero no, no podía tener nada con él.

Estaba cogiendo una botella cuando escuché que Irina me llamaba, y al darme la vuelta, no sabía ni dónde meterme, ahí estaba Héctor, mirándome con una ceja arqueada, de arriba abajo.

—Tierra llamando a Dafne, responda —dijo Irina soltando una carcajada —. Lo ves Juanra, te dije que cuando lo viera se quedaba como una estatua.

No le hice ni caso, y me dirigí a Héctor.

—Buenas noches, señor. —Eso hizo que la cara le cambiara—. ¿Qué desea tomar?

—Buenas noches, Dafne. Lo primero, que no me hables de usted, y lo segundo, un *whisky* doble.

—Vaya, sí que empezamos fuerte. Ahora mismo se lo pongo. —Me di la vuelta para ponerle lo que había pedido, pero cuando fui a dejar el vaso sobre la barra, me agarró de la muñeca.

—No me vuelvas a llamar de usted, o créeme que tendrá consecuencias.

Me liberé de su agarre de un tirón, mientras mi amiga se partía de risa. La verdad es que lo que necesitaba en ese momento eran menos complicaciones, no más.

No se movió de la barra, así que le tuve que pedir a mi compañero que lo atendiera él, porque su forma de mirarme me estaba poniendo un poco nerviosa. En cuanto a Irina, no la volví a ver, pero ya me enteraría de dónde había ido con Juanra, eso estaba claro.

Llevaba un buen rato sintiendo la necesidad de ir al baño, así que avisé a mi compañero y salí de detrás de la barra. Entré en el baño y, al salir, me encontré a Héctor, que estaba apoyado en los lavabos con las manos metidas en los bolsillos.

—No puedes estar aquí, el baño de los clientes es la otra puerta.

Al abrir el grifo para lavarme las manos, de repente, él se acercó. Se plantó frente a mí y colocó sus manos en mis caderas, y un escalofrío recorrió mi cuerpo al sentir su contacto, algo que no le pasó desapercibido.

—No sabes cómo me pones vestida con este uniforme —susurró en mi oído—. La de cosas que se me ocurren hacerte en este momento.

—Pues va a ser que no habrá momento, porque tengo que seguir trabajando. —Me solté de su agarre y salí del baño.

Llegué sofocada a la barra y mi compañero me miraba con esa sonrisa suya. No os podéis imaginar lo que me fastidia cuando alguien se arrima a mí y los demás sonríen.

—Veo que alguien ha conseguido ponerte nerviosa. ¿Ves?, si tú quisieras, tendrías a los hombres a tus pies.

—No digas sandeces Toño, anda, sigue con lo tuyo.

—Por cierto, hace un rato he visto a tu hermana aquí con un grupo de gente que no me gusta un pelo.

—No me jodas, Toño. —Él sabía mi historia, se la conté una noche de confesiones al acompañarme a casa—. Ya lo que me faltaba. Por favor, diles

a las chicas que estén alerta, no quiero cruzarme con ella, eso solo traería problemas.

Capítulo 7



La noche se me hizo larguísima, entre que Héctor no dejaba de mirarme y saber que mi hermana estaba ahí, aunque no la vi, ni ella tampoco me buscó, cosa que agradecí.

Llegó la hora de salir, y mis pies lo estaban deseando. Aún no entendía cómo una mujer podía ir en tacones todo el santo día, con lo a gusto que se andaba plana. Fui a cambiarme, me despedí de mis compañeros y me fui.

—Buenas noches, Raúl. —Nos despedimos con un abrazo y un piquito—, descansa, y dales un besazo a tus hombres.

— Igualmente, *amore*, se los daré de tu parte. Cuídate.

No me gustaba irme sola a esas horas a casa, eso era lo que peor llevaba, ya una noche me llevé un buen susto, pero era lo que había. Al doblar la esquina me pegué el susto de mi vida cuando choqué con un cuerpo.

—No deberías ir sola a estas horas —me dijo Héctor.

—Ni tú ir asustando a la gente.

—Venga, te acompaño. Tengo el coche aquí cerca.

—No, gracias, prefiero ir andando. Buenas noches.

—No voy a aceptar un no por respuesta —me dijo mientras me agarraba de la mano andando—. Dafne, tienes que dejar que la gente te ayude, no hay nada de malo en ello.

No le dije nada, llegamos al coche, me abrió la puerta y esperó a que me montara, me dio por encender la radio y empezó a sonar una canción de Jon Secada.

—A mi madre le encanta este hombre y a mí por ella, y este tema mucho más.

«Yo no veo el futuro,
Pero quiero tenerte conmigo,
Lo necesito así,
No pienses en mañana…»

—Es preciosa, lo sé —me dijo mientras me cogía la mano—, tan preciosa como tú. A mis padres también les gusta,

—¿Puedo preguntarte algo, Héctor?, no es nada personal.

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Por qué haces esto?, es decir, no es que no me guste, pero…

—No hay peros que valgan. Lo hago porque quiero, además, no me gusta que una mujer vaya sola a ciertas horas de la noche.

Me sentí especial por un momento, que alguien se preocupara de mí me gustó, pero por lo que me había dicho, igual lo hubiera hecho por otra persona.

Llegamos a mi casa y se bajó del coche. Se acercó a mi puerta para abrirla y ayudarme a que yo lo hiciera. Me acompañó hasta el portal.

—Esto… Buenas noches, Héctor. Gracias por traerme.

—Buenas noches, Dafne, ha sido un placer, descansa. Supongo que ya nos veremos. —Me dio un beso en la mejilla.

Entré en mi edificio como alma que lleva el diablo. Ese beso había dejado una huella ardiente en cada rincón de mi cuerpo. ¿Qué me estaba pasando con ese hombre? ¿Sería verdad lo que siempre decía la abuela? No, eso no podía ser, era imposible que alguien como él se fijara en alguien como yo.

Al entrar en mi casa, lo primero que hice fue asomarme a la habitación de mi madre, quien dormía plácidamente. Al cerrar la puerta, me sorprendí al

encontrar a mi abuela justo detrás de mí.

—Abuela, cuántas veces he de decirte que no me esperes levantada, que ya no soy una niña.

—Lo sé, hija, pero sabes que este trabajo no me gusta, llegas muy tarde a casa. Anda ven, que te preparo un vaso de leche con miel para que duermas bien, aunque tu cara me dice que así será.

—No te entiendo abuela, pero es cierto que estoy muy cansada. Por cierto, Gisela estuvo por el local.

—Ay, hija. ¿Te dijo algo? Por favor, dime que no montó ningún escándalo.

—Tranquila, que no la vi. Bueno, abuela, estoy cansada, me voy a dormir.

—Pero hija, no me has contado nada del hombre que te ha traído a casa.

—Abuela, no hay nada que contar, me trajo a casa, eso es todo. —La dejé riendo en la cocina.

Me metí en la ducha, lo hice en el menor tiempo posible, estaba muerta, mis pies más aún. Menos mal que no tenía que madrugar.

Al acostarme en la cama, mis pensamientos giraban en torno a Héctor, ese hombre que estaba poniendo mi vida patas arriba, el que estaba despertando

mi cuerpo, como creí que nadie volvería a hacerlo.

Entre sueños, sentí que llamaban a mi puerta. Me costó abrir los ojos, ¿qué pasaba ahora que me acababa de acostar?

—Dafne, despierta hija, tienes que levantarte. —Fue directa a subir la persiana.

—Abuela, me acabo de acostar, por favor, déjame un rato más, anda.

—Levántate, que tenemos visita, hija —me dijo al tiempo de salir.

—Pues que se vaya, no son horas de hacer visitas.

—No me voy a ir. —De golpe me incorporé quedándome sentada en la cama—. He venido a invitaros a comer.

—¿Tú? ¿Qué haces en mi casa? Y deja de mirarme.

—Ya te lo he dicho, vine a invitaros a comer. Por cierto, bonitas vistas.

—No podemos salir a comer, mi madre no está bien.

—Mamá quiere ir a comer, hija. —Ya lo que me faltaba, mi madre hablando sin saber—. Llama a tu padre, que seguro que también querrá ir.

—Sabes que a tu madre eso le vendrá bien. Venga perezosa, te espero en el salón, o me quedo y te ayudo a vestirte.

—Fuera de mi cuarto. —Le tiré la almohada, y salió riendo a carcajadas.

¿Cómo se le había ocurrido venir a mi casa? Cierto que esa sorpresa me había gustado. Justo estaba entrando en el baño cuando apareció mi abuela diciéndome que me pusiera guapa, me eché a reír. No hacía falta que me lo dijera, lo iba a hacer igual.

Mi pena era que no tenía mucha ropa para ponerme, hacía siglos que no salía. Sin embargo, unos vaqueros y una camisa me parecieron una buena opción. Al entrar en el salón, me encontré con mi madre riendo, un sonido que no había escuchado en mucho tiempo.

—Mira hija, me he puesto este vestido, porque a tu padre le gusta mucho.

—Estás muy guapa mamá, pero sabes que papá ya no está con nosotras.

—No digas tonterías, hija. Héctor no le hagas caso, mi marido es que trabaja mucho fuera, pero seguro que ya está en camino.

—Mamá, por favor. —Héctor se acercó a mí y me dijo que la dejara si así era feliz.

Cuando llegamos al restaurante, no me esperaba para nada encontrarme a Irina y Juanra. La verdad es que me hizo mucha ilusión, así no me sentiría

tan incómoda.

—Menos mal que aparecéis, ya pensaba que teníamos que ir a buscaros, pero qué guapas estáis —nos dijo mi amiga, dándome un abrazo.

—Por si no lo recuerdas, algunas trabajamos de noche, guapa.

Juanra hizo las presentaciones con mi madre y mi abuela, mientras tanto, mi madre no podía dejar de observarnos a todos, con una sonrisa en el rostro. Me inquietaba un poco lo que podría estar pensando en ese momento.

Me habría encantado que mi hermana estuviera con nosotros, eso me habría hecho muy feliz. Ojalá se diera cuenta de las cosas antes de que sea demasiado tarde.

—¿Tengo que adivinar tus pensamientos? Mira a tu alrededor, estás con la gente que quieres, tu madre se ve bien; deja esa cabecita quieta y disfruta que te lo mereces.

—No es fácil, mi vida no es fácil. Hay dos personas que significan mucho para mí y ya no están a mi lado; una de ellas sé que no regresará, mientras que la otra está tomando decisiones equivocadas. A veces me pregunto qué habré hecho mal.

—Dafne, tú no eres responsable de los actos de otra persona, deja de culparte. Venga, vamos a disfrutar de la comida.

No recordaba la última vez que me divertí tanto. Héctor y Juanra no paraban de hacernos reír, y ver a mi madre sonreír me hacía muy feliz.

—Ay, hija, no me reía tanto desde aquella vez que tu padre se cayó al canal, cómo lo echo de menos.

En ese momento el mundo se paró alrededor mío, mi madre había tenido un poquito de lucidez, o eso es lo que yo quería creer, quería pensar que tal vez era una coraza que llevaba para mitigar su dolor. Quién sabe lo que pasaba por su cabeza, mi abuela y yo nos miramos y sonreímos.

Capítulo 8



No imaginaba que me iba a divertir tanto con esa comida. Los chicos no dejaban de contar historias de su infancia, pero lo que realmente me sorprendió fue cuando mi madre empezó a contar cosas de cuando yo era niña.

—Mamá, no creo que les interese saber esas cosas de mi niñez.

—Oh, ya lo creo que sí, a mí sí que me interesa —me dijo Héctor en el oído, cosa que me hizo estremecer, y que él notó—. Después iremos a algún lugar tú y yo solos.

No contesté, simplemente me limité a observar a cada uno de los que estábamos allí sentados y que me miraban con una sonrisa.

—Hija, me apena mucho que tu hermana no haya querido venir, ¿tan importante es eso que tenía que hacer?

—Ay, mama, no lo sé. Gisela no me cuenta sus cosas, pero creo que eso tú ya lo sabes.

—Carmina, ¿cuándo dejaron estas niñas de contarnos sus cosas?

—Anda, hija, termínate el postre que nos vamos, dejemos a la juventud sola.

—Carmina, no tenéis por qué iros, nosotros estamos disfrutando igualmente.

—No hijo, soy vieja, y sé cuándo he de retirarme, pero te agradezco mucho el detalle que has tenido con nosotras. Sobre todo con mi nieta, siempre que quieras eres bienvenido a casa y tu amigo también.

—Muy bonito, Carmina, su amigo es bienvenido a casa y ¿yo no? —Irina le puso cara de enfadada a mi abuela.

—Hija, tú ya eras bienvenida antes, qué más te da que no te haya dicho nada.

—Ah, pues también es verdad. —Nos echamos a reír por la cara que puso.

Después de que terminamos el postre, Héctor se ofreció a llevar a mi madre y mi abuela de regreso a casa. Estaba encantada con ese hombre;

había sido muy atento durante toda la comida, y trataba con tanto cariño a mi madre que, por un momento, no pude evitar sentir un poquito de celos.

Al llegar al portal, se despidió de mi madre y de mi abuela. Le comentó a mi abuela que me iba a llevar a tomar algo. Quise oponerme, pero ni mi abuela ni él me dieron la oportunidad de hacerlo.

—Héctor, no puedo ir, tengo que trabajar. Mejor lo dejamos para otro día, muchas gracias por la comida; ver a mi madre como la he visto hoy te lo agradeceré toda la vida.

—No tienes que agradecerme nada, es lo menos que podía hacer por una amiga —al decir «una amiga», todas mis ilusiones se desmoronaron—. Te voy a dejar ir por esta vez, pero me gustaría que algún fin de semana me dedicaras algo de tiempo a mí.

—No te prometo nada, pero lo intentaré. —Me bajé del coche dándole un beso en la mejilla.

Cuando mi abuela me vio entrar se quedó mirándome con la ceja arqueada.

—Abuela, no digas nada, sabes que tengo que trabajar, además, así es mejor, no tengo tiempo para nada.

—Pero hija, no estás disfrutando de la vida.

—Ya llegará el día. Venga, subamos que mamá seguro que está cansada.

Nos montamos en el ascensor sin poder dejar de mirar a mi madre, no podía creer que hubiera tenido un momento de lucidez, ojalá pudiera mantenerlo por más tiempo.

Cuando mi abuela metió la llave en la puerta, me miró extrañada, ya que la puerta estaba abierta.

—Abuela, no entres, quédate aquí con mamá. Voy a entrar yo y echaré un vistazo.

—Hija, ni se te ocurra. Vamos a llamar a la policía, no sea que todavía estén dentro.

—Abuela, sentaros en las escaleras y no hagáis ruido, y, por lo que más quieras, no entréis hasta que yo os lo diga.

Empujé la puerta con cuidado, nada más entrar, me tropecé con un zapato que había en medio, seguí avanzando hasta llegar al salón, todo parecía estar en orden

Seguí mirando las demás habitaciones y, aunque todo parecía estar en su lugar, al entrar en la mía me quedé de piedra. No me hacía falta saber quién podía haber entrado en la casa. Mi ropa estaba toda tirada en el suelo y hecha trizas. Con el corazón en la garganta, me acerqué al armario en busca de lo que me importaba: esa caja de zapatos donde guardaba el dinero, que, para mi horror, había desaparecido.

—Hija, ¿qué ha pasado? ¿Te dejaste la puerta abierta? ¿Quién ha dejado tu cuarto así?

—Abuela, ahora no puedo contestar. Te pedí que esperaras fuera, por favor, lleva a mamá a su habitación y que se tumbe un rato.

—No me mandes a mi habitación como si fuera una niña pequeña, Dafne. —Con la boca abierta me dejó mi madre al escucharla hablar así—. Tenemos que llamar a la policía, y no toques nada.

—Mamá…

—Lo siento mucho, hija, he querido tapar el sol con una mano y no me he dado cuenta de toda la carga que te he echado encima. Hasta ahora, no he querido darme cuenta de la realidad.

Me quedé sin saber qué decir, tratando de entender lo que mi madre me estaba diciendo. ¿Acaso había estado fingiendo? O tal vez, el simple hecho de haber compartido un día con otras personas la llevó a reflexionar sobre su situación. Sea como fuere, me alegraba que hubiera vuelto a la realidad.

—No me mires así, ya hablaremos de esto, ahora vamos a llamar a la policía. —Salió de mi habitación murmurando.

—No podemos hacerlo, porque sabemos quién ha hecho esto.

—Quien haya sido, deberá responder por lo que acaba de hacer —me dijo mi abuela bajito.

Si mi madre supiera que esto había sido obra de su hija, esa hija a la que ella tanto había mimado desde que nació, la niña de sus ojos como ella le decía.

—No vamos a llamar a nadie, esto es cosa de Gisela, ella sabía dónde guardaba el dinero

—Ay, hija, sabiendo cómo es tu hermana, deberías haberlo cambiado de lugar.

—Ya no importa eso, abuela, ahora, por favor, dejadme sola que voy a arreglar todo este desastre.

Salió por la puerta sin pronunciar una sola palabra, cumpliendo con lo que le había pedido. Mientras estaba de rodillas en el suelo recogiendo toda mi ropa, las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas sin que pudiera hacer nada para detenerlas. Jamás pensé que mi hermana pudiera hacerme algo así.

Después de comprobar que casi no me quedaba ropa que pudiese utilizar, decidí llamar al trabajo para avisar que no podía ir. La verdad es que no me sentía con ánimos de ir, ni dejar sola a mi madre y a mi abuela solas en casa.

Con lo contenta que había llegado a casa, después de disfrutar de la compañía de Héctor, quien se había mostrado tan atento y amable con nosotras, demostrando lo buena persona que era. Sin embargo, al salir de mi habitación con las bolsas en la mano, me encontré con la desgarradora imagen de mi abuela llorando en el quicio de la puerta, y en ese momento, el alma se me cayó a los pies.

—Abuela, no te pongas así. —Solté las bolsas y le di un abrazo—. No es nada más que ropa, y el dinero, pues, ya veremos qué hacemos. Mamá, ¿se ha dormido?

—Sí, hija, le he preparado una tila, porque no quería tomarse sus pastillas, ya que dice que son las culpables de cómo se estaba comportando.

—Si tú supieras que yo he pensado lo mismo. —Seguí andando hasta la cocina—. Tengo que pedir cita con el psicólogo y comentárselo.

—¿Qué vamos a hacer, hija? Lo que ha hecho tu hermana no tiene perdón.

—No lo sé, abuela, necesito pensar, pero no puedo denunciarla. Ahora lo que me preocupa es cómo conseguir los dos mil euros que tenía para pagar, debería haberte hecho caso y meterlo todo en el banco.

—Ya no sirve lamentarse, ahora lo que hay que hacer es ver lo que podemos hacer. Tal vez si hablaras con ese muchacho…

—Ni hablar abuela, no le voy a pedir dinero a nadie, y menos a él. Sabes que soy muy orgullosa para esas cosas, y sí, ya sé que con el orgullo no se come, pero no es orgullo, es echarme más carga encima, ¿de dónde sacaría el dinero para devolvérselo?

—Tienes razón, hija, ya veremos cómo solucionamos todo esto. Ahora vamos a tomarnos un café y pensemos en lo que vamos a hacer con Gisela.

—Nada abuela, no vamos a hacer nada, pero la cerradura se cambia mañana mismo.

—Pero hija, es tu hermana, ¿cómo vamos a hacer eso?

—Haciéndolo abuela, haciéndolo.

Capítulo 9



Habían pasado dos meses desde que Gisela entrara en casa a robar, un tiempo donde cambiaron algunas cosas. La más importante de todas es mi madre. Poco a poco, volvía a ser la misma de siempre, aunque no puedo negar que algunas noches la escuchaba llorar y hablar con mi padre como si estuviera allí mismo.

En casa se ocupaba de que todo estuviera en orden, también volvió a ocuparse de cocinar, de comprar y estaba contenta; en ese aspecto, fue como despertar de un mal sueño.

Mi abuela decía que ya no pintaba nada en casa, se hacía la ofendida, pero con un poco de cariño y abrazos logré hacerle ver que para mi madre era importante estar activa. Ahora era su turno de disfrutar del descanso que tanto merecía.

Yo seguía con mis trabajos, sintiéndome cada vez más agotada. A pesar de eso, no podía darme el lujo de quejarme, porque tenía que hacer frente a la hipoteca. Lo que cobraban mi madre y mi abuela se destinaba a cubrir los

gastos diarios de la casa, mientras que con lo que yo ganaba pagábamos la hipoteca y me quedaba un poco para mis propios gastos.

Lo último que supe de Gisela es que seguía con aquel tipo que trajo a casa. Desde entonces, no ha dado señales de vida y yo tampoco había hecho nada por buscarla.

Héctor tuvo que irse a la República Dominicana, según me contó Irina, y no era para nada bueno. Sus padres y su hermana habían sufrido un trágico accidente y lamentablemente murieron en el acto. Me dolía el no poder estar a su lado para brindarle mi apoyo en un momento tan duro y doloroso.

Era lunes, y no un lunes cualquiera, era el cumpleaños de mi padre. Tenía claro que mi madre no lo pasaría por alto.

—Mamá, ¿qué haces levantada tan temprano?

—Hija, hoy es el cumpleaños de tu padre. —Me conmovió la manera en que lo dijo—. Tu abuela y yo vamos a ir al cementerio para llevarle flores, ¿te esperamos?

—Lo siento, mamá, pero ya sabes que yo no puedo entrar en esos sitios, ya estuve el día del entierro. Además, papá me lo perdona, y ahora acuéstate que a mí se me hace tarde. —Le di un beso y me marché.

Cuando llegué a la cafetería ya estaba Irina dentro, rara era la vez que llegaba yo antes.

—¡Buenos días! —me comentó al verme llegar— Parece que por fin la Bella Durmiente ha decidido despertar. Sin duda, tú y la puntualidad en las primeras horas de la mañana no sois los mejores amigos.

—Ja, ja, ja, no te enfades, mujer, sabes que me cuesta un montón madrugar, y para colmo, mi madre se levantó justo cuando ya estaba a punto de salir de casa.

—Dafne, llevo unos días dándole vuelta a una cosa. —La miré con cara de susto, viniendo de ella, me esperaba cualquier cosa.

—Y qué es eso a lo que le das vueltas, de ti me espero cualquier cosa.

Comenzó a preparar café mientras se reía, consciente de que ya había despertado mi curiosidad. Era su forma de ser; no me contaría nada hasta que considerara que era el momento adecuado.

—Vamos, siéntate y pon atención a lo que te voy a decir. Estoy pensando en pedirle a Adela que me traspase la cafetería, y me gustaría que te asociaras conmigo en este proyecto. —Me quedé sorprendida, con la boca abierta—. Aunque tendremos que hacer una reforma, para no ofrecer solo desayunos, sino también para incluir comidas en el menú.

—Estás loca. Para empezar, Adela no va a aceptar eso, tú sabes que es lo único que le queda de su marido y sabes lo que piensa al respecto. Además, ¿comidas? Ahora sí que te has pasado, ¿desde cuándo tienes idea de cocina?

—Oye guapa, que sé cómo freír huevos, hacer tortillas y preparar sándwiches. —Espurree el café y me eché a reír como si no hubiera un mañana—. No sé de qué te ríes, *atontá*, ni que hubiera contado un chiste.

—Irina, por el amor de Dios, a los tres días vuelves con los desayunos, eso si no se corre la voz. —Me volví a echar a reír—. Perdón, perdón, y por último, ¿de dónde voy a sacar el dinero? Definitivamente, te has vuelto loca.

—Sobre el dinero yo podría…

—No —la corté—, sabes lo que opino sobre eso, soy demasiado…

—Orgullosa y cabezota, ya lo sé. Bueno, solo te pido que lo consideres; primero debo hablar con Adela, pero piensa en esto: la abuela podría encargarse de la cocina, porque guisa de muerte. Ahora, vamos a organizarnos, ya que la situación está a punto de desbordarse.

No volvimos hablar del tema, y cuando Adela llegó, Irina le comentó que necesitaba hablar con ella al finalizar la jornada. La idea no era mala, pues Irina tenía claro lo que quería en su vida. Como solía decir, el miedo no te deja crecer.

Había sido una mañana tranquila, pero no habíamos tenido ni un descanso. Finalmente, llegó la hora de irnos, así que me despedí de Adela e Irina, a quien le deseé toda la suerte del mundo, porque realmente se lo merecía.

En el camino a casa me vino Héctor a la cabeza. ¿Cómo estaría? Me dolía que no me hubiera mandado ni un solo mensaje, es cierto que apenas lo conocía, claro que yo tampoco lo había hecho. He de confesar que ese hombre me gustaba mucho, más de lo que debiera, no lo podía evitar.

Al abrir la puerta de casa, todo estaba en un silencio absoluto. Llamé en alto a mi madre y a mi abuela, pero nadie me contestó. Me resultó extraño, ya que me habían dicho que solo irían al cementerio. Fui hacia la cocina, y según iba llegando, una sonrisa se dibujaba en mi rostro; el olor que salía de ella me hizo recordar esas comidas familiares, especialmente el pollo asado al limón que tanto le gustaba a mi padre.

—Dafne, ya estamos en casa. —Escuché decir a mi madre—. Tenemos una sorpresa para ti. —Cuando me acerqué y vi a mi hermana, me quedé paralizada.

—¿Qué haces tú aquí? Se te debería caer la cara de vergüenza, ya puedes irte por donde has venido.

—Dafne, no le hables así a tu hermana, si está aquí es porque yo la he invitado. Vamos a celebrar el cumpleaños de tu padre todas juntas. Además, te recuerdo que esta también es su casa.

—¿Su casa? Eso debería haberlo pensado antes de entrar como una vulgar ladrona y robarnos.

—Yo lo siento mucho, de verdad, en esos momentos estaba ciega, no me daba cuenta de lo que hacía.

—Ja, ¿y esperarás que me lo crea? Ese cuento a tu madre, pero no a mí.

—Bueno, se acabó ya. Tu hermana se queda a comer con nosotras, y quiero comer en paz.

Mi abuela me miraba, y por su cara sabía lo que me estaba pidiendo, tendría que callarme y aguantar a mi hermana en la mesa.

No os voy a decir que estuve a gusto en la mesa porque os mentiría, pero tenía que hacer de tripas corazón. No abrí la boca nada más que para comer, y era mucho decir, porque me costó la misma vida.

—No me lo puedo creer —les dije cuando mi hermana fue al baño—, parece mentira que con todo lo que ha pasado la dejéis entrar.

—Hija, está arrepentida, yo no le puedo hacer ese feo, es mi hija al igual que tú.

—Lo sé, pero yo no puedo perdonarla, lo único que ha hecho ha sido darme dolores de cabeza, por no decir cómo trataba a la abuela.

—Hija, no me lo tomes a mal, me ha pedido perdón por todo, y ahora más que nunca nos necesita.

Fui a abrir la boca, pero no me dio tiempo cuando regresó al salón.

—Dafne, entiendo que estés así conmigo —vaya, había escuchado por lo que veía—, pero te juro que estoy arrepentida. Me he dado cuenta de que no estaba haciendo bien las cosas, y que andaba en muy mala compañía.

Capítulo 10



—Pues yo no te creo, y por lo que veo soy la única. ¿Qué mentira has contado para que te crean? Por lo que se ve, se te ha aparecido un santo de esos y te ha dicho: «Gisela, arrepiéntete de todo lo que has hecho».

—Bueno, basta ya, Dafne. Ella es tu hermana y mi hija; nadie es perfecto y está arrepentida. Ahora lo más importante es cuidar de ella y del bebé. —No me caí al suelo porque estaba sentada.

—No me lo creo, Dios no puede dar pañuelo a quien no tiene nariz, está mintiendo, es que no lo veis.

—No, hermana, es cierto que estoy embarazada de tres meses, y aunque te pese, voy a vivir aquí.

Ya no quise escuchar nada más. Me levanté y me dirigí a mi habitación, deseando que llegara la hora de irme a las oficinas.

—Ay, Héctor, ¿cuándo volverás? No tenemos nada, pero cuanta falta me haces —murmuré.

—Hija, ¿puedo pasar? —Ahí estaba mi abuela, con esa carita que siempre me ablandaba.

—Abuela, ahora no, te lo pido por favor.

—Ahora sí, hija. Ven túmbate conmigo como cuando eras pequeña —me pidió, y no tuve más remedio que hacerlo—. Créeme que te entiendo, tu hermana nos ha dado muchos disgustos, pero ahora no podemos darle la espalda. Primero, por tu madre, ahora que está mucho mejor, y segundo, por ese bebé que está en camino.

—Abuela, pero no me fío de ella, no quiero a ese tío en esta casa.

—Yo tampoco las tengo todas conmigo, hija, pero vamos a darle un voto de confianza, y por ese hombre ni te preocupes, cuando supo que estaba embarazada la dejó.

No me esperaba que mi abuela me dijera eso, no odiaba a mi hermana, ni mucho menos, pero es cierto que el amor que sentía hacia ella se había desvanecido. Mi abuela me dio un beso en la frente y me dejó sola, aún me quedaba un rato para poder descansar.

Descansar algo me quedaba lejos, porque no podía quitarme lo de mi hermana de la cabeza. Claro que me hacía ilusión ese bebé, no lo voy a

negar, aunque es cierto que me hubiera gustado que fuese en otras circunstancias. Gisela no es que hubiera demostrado ser muy responsable, sino todo lo contrario. Tal vez la abuela tenía razón y debería de darle un voto de confianza.

Llegó el momento de dirigirme a las oficinas. La verdad, hubiera preferido simplemente contestar el teléfono en la recepción en lugar de tener que limpiar, pero bueno, no me iba a quejar; al fin y al cabo, tenía un trabajo que me permitía pagar las facturas. La propuesta de Irina no me parecía mal del todo, así que decidí darle una vuelta con calma.

—Buenas tardes, Nicolás. ¿Cómo está hoy el hombre más guapo del edificio? — Me acerqué a él a darle un beso, ese hombre era muy tierno conmigo.

—Hija, mira que eres, eh. Te tengo dicho que a mis años la guapura no existe.

—Anda que no. Nicolás, un día de estos tienes que venir a cenar a mi casa, y no pienso aceptar un no por respuesta.

—Pero hija, yo no quiero molestar, ya bastante tienes tú con tus cosas.

—Nada, mañana por la noche te espero en casa. Te vas a chupar los dedos cuando pruebes la comida de mi abuela, y… quién sabe.

—Dafne, no seas mala. Anda, vete a trabajar, por cierto, aún están en la oficina.

—Pues nada, ya tenemos ayudantes Soraya y yo.

Lo dejé riendo, mira, me gustaba ese hombre. Ojalá a mi abuela le gustara como a mí me gustaba para ella, se merecían ser felices los dos.

—Hola, Dafne, siento decirte que solo estaré una hora, tengo que ir a una revisión.

—¿Te encuentras bien?, no me habías dicho nada.

—No te preocupes, es una revisión rutinaria, porque con lo de mi hermana, ahora he de controlarme más.

—Bueno, ya me contarás, espero que todo vaya bien.

—Dafne, puedo volver a preguntarte algo, mira que si no te la hago reviento.

—Miedo me está dando, y más por eso último que me has dicho. Venga va, dispara.

—¿Ya has echado algún polvo? —Con la boca abierta me quede.

—Pero bueno, a qué viene esa pregunta Soraya, a nadie le importa si echo o no polvos.

—Perdona, no quería ofenderte, solo me preocupo por ti.

—Pues deja de preocuparte por mi vida privada, y ponte a limpiar como una condenada, habrase visto.

Se marchó riendo, dejándome sumida en mis pensamientos. Hacía tanto tiempo que no tenía sexo, que sinceramente no recordaba cuándo había sido la última vez. Alguna que otra vez me había masturbado, pero llegó un momento que ni para eso tenía tiempo. ¿Por qué siempre me quejo de la falta de tiempo? Para responder a esa pregunta necesitaría, irónicamente, tener tiempo. Negué con la cabeza, y yo misma me reí de las tonterías que decía yo sola.

Pues nada, con la mopa y el plumero preparados, me puse manos a la obra. La verdad es que de esto sí que estaba cansada, a ver, no es que no me gustara limpiar, pero el plumero precisamente no era lo mío.

Me fui a la sala de juntas donde estaba Soraya, ya que cuando sabía que Arturo aún estaba en la oficina no me gustaba interrumpirlo.

—Soraya, me vengo aquí contigo, porque aún están trabajando y sabes que no me gusta molestarlos.

—Venga sí, voy a por un café, esto está ya casi terminado. Nos sentaremos como si fuéramos unas grandes ejecutivas. —Nos echamos a reír.

—Venga vale, te dejo ser la presidenta, desde luego qué payasa se perdieron contigo en el circo.

—De eso nada, yo soy la payasa particular de mi Dafne.

—O vas ya, o no hay café.

Salió disparada a más de mil por hora, era muy buena niña. Desde que empecé a trabajar, siempre me había tratado como si me conociera de toda la vida. Me contó que los estudios no eran lo suyo y muy risueña, me decía: «Dafne en esta vida tiene que haber de todo, si no, quién limpiaría las oficinas».

—Ya estoy aquí, además he traído un dulce para cada una. Calorías para estos cuerpos serranos. Ostras, Arturo está cabreado, no sé con quién, pero no veas las voces que se escuchan.

—Entonces, olvídate del café, no vaya a ser que nos ponga de patitas en la calle.

—Anda ya tonta, si el Arturo bebe los vientos por ti, o no ves cómo te mira y te habla.

—No digas tonterías, anda, siéntate que tengo que contarte una cosa.

Nos sentamos y empecé a contarle la situación de mi hermana, su embarazo y que no me fiaba de ella, Y que, a pesar de mis reservas, mi madre y mi abuela habían decidido apoyarla incondicionalmente.

—Bueno, te voy a decir algo, debes darle una oportunidad, quizás sí que está arrepentida de verdad, muchas mujeres por un hijo cambian.

—Quizás tengas razón, como también he estado pensando que debería mirar un poquito más por mí. Este fin de semana, el primero que me pida echar un polvo, si está bueno, lo haré.

Casi se ahoga con lo que le dije, me tuve que levantar y darle golpecitos en la espalda.

—Tú no eres la que dices que debo de echar un polvo, pues ya está, lo tengo decidido.

—Pero no con el primero que te lo pida, vamos, que de no follar a ver si ahora te vas a convertir en una folladora vividora.

—Pues mira, quién sabe, igual sí, pero espero tener más suerte que Amador. —Me eché a reír.

Escuchamos que la puerta se abría y nos levantamos como si nos hubieran puesto un petardo en el culo.

—Muy bonito, yo buscando una limpiadora y resulta que estáis aquí de cháchara y sin hacer nada. —Era Arturo y no traía muy buena cara.

—Lo siento, señor Arturo, no volverá a pasar —le dijo Soraya muy apenada.

—Desde luego que no volverá a pasar. Vete a mi despacho y recoge todo el desorden que hay allí.

Soraya salió por piernas, lo peor era que se tenía que ir.

—Perdón, Arturo, no queríamos molestar. Por eso le propuse que nos tomáramos un café mientras terminabas.

—Y a ti te digo lo mismo, no es la hora del descanso, aquí no se paga a nadie por descansar. —A cuadros me dejó, qué leches le estaba pasando.

—Arturo, tienes todo el derecho de llamarnos la atención, pero tú no eres así, ¿quieres contarme qué te ha pasado?

Capítulo 11



—¿Debería contarle mis problemas a una simple limpiadora? —No quería enfadarme con él, sé cómo es y no se lo iba a tener en cuenta—. Creo que no.

—Lleva razón, usted perdone no volverá a vernos sin hacer nada antes de nuestro descanso.

Cuando entré en su despacho me encontré a Soraya llorando, la pobre tenía un sofocón de mil demonios.

—Soraya, no es para tanto, solo tiene un mal día, anda cámbiate y vete, ya limpio yo todo esto.

—No es justo, nunca nos ha llamado la atención, ni me había hablado de esa manera. Me ha dolido mucho, pero mucho, eh —me dijo señalándome con el dedo.

—Espera, espera, tú no estarás…

—Ni lo digas, pero sí, desde el primer día que lo vi. Aunque, él solo tiene ojos para ti, y claro, yo ante eso no puedo hacer nada. Aparte de que solo soy una simple limpiadora, ahora me arrepiento de no haber estudiado.

—Ay, Sorayita, deja de llorar. Primero que nada, límpiate esas lágrimas, y luego, cámbiate de ropa y vete. Mañana verás como todo tiene otro color.

—Ojalá sea verdad, porque si no, no vuelvo a poner un pie aquí. Me voy, gracias, amiga.

Cómo no me había dado cuenta de los sentimientos de Soraya, no me extrañaba, Arturo estaba de muy buen ver, no se le conocía relación alguna, además era muy buena persona.

Estaba casi terminando cuando Aturo apareció.

—Dafne, puedes llamar a Soraya, por favor, la estoy buscando y no la encuentro.

—Lo siento, pero ella se ha tenido que marchar porque tenía cita en el médico.

—¿Está bien? —me preguntó en un tono de preocupación.

—Sí, sí, no te preocupes, simplemente es una revisión rutinaria.

—Está bien, entonces lo haré ahora contigo, y ya lo haré con ella cuando la vea. Discúlpame, Dafne, no quería hablaros de esa manera, me dejé llevar por el enfado que tenía y lo pagué con vosotras. La verdad es que ha sido un día de mierda.

—Ah, ni te preocupes, al menos por mi parte, te dije que no te lo iba a tener en cuenta. Sé cómo eres Arturo, desde que trabajo aquí jamás has tenido malas palabras ni conmigo ni con Soraya, eso sí, a ella ya le puedes pedir perdón, porque la pobre estaba como si le hubieran dado una paliza.

—Jamás le pondría una mano encima a una mujer, pero he de reconocer que me he pasado con vosotras.

—Bueno, eso se soluciona con una cena, invítala a cenar un viernes. —Me miró arqueando la ceja—. Arturo, hazme caso, y con perdón, no ves más allá de tus narices. Si no tienes nada más que decirme, te dejo que me quiero ir a casa.

—Sí, solo una cosa más, Héctor llegó esta mañana. —Se dio la vuelta y salió silbando.

—Arturo, espera. —Salí corriendo detrás de él—. ¿Cómo es eso que Héctor está aquí? Pero si no me ha llamado, bueno, tampoco soy nada para él, no sé por qué debería llamarme.

—Dafne, no te puedo decir nada, pero no tienes ni idea, aunque yo sí, y no me hace mucha gracia perder.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué me quieres decir con todo eso?

—Nada, olvídalo. Te repito, siento lo de antes, mañana os invito a merendar a Soraya y a ti.

Cómo le daba la vuelta a todo cuando no le interesaba la conversación.

Me pasé todo el tiempo que me quedaba pensando en Héctor. ¿Cuándo lo volvería a ver? ¿Me habría echado de menos? Tenía un montón de preguntas sin respuesta en mi cabeza.

Llegó la hora de irme, recogí todas mis cosas, y antes de salir me fui directamente a ver a Nicolás.

—Nicolás, me marcho, pero antes déjame decirte que mañana a las nueve te espero para cenar. Buscaremos una excusa para salir antes, bueno, lo haremos bien, nos pedimos unas horas libres y nos vamos a cenar.

—Dafne, hija, ya te dije que no quiero molestar.

—Nicolás, la próxima vez que me digas algo así, déjame pensar un momento… No volveré a decirte esto: mi abuela se pondrá muy contenta —le dije mientras me alejaba y él se reía.

Cuando me acercaba a la parada del autobús, vi que se alejaba, lo que significaba que me tocaba esperar.

—¡Maldita sea, por los pelos!

—No está bien maldecir —Escuché decir muy cerca de mi oído, por lo que me sobresalté.

Cuando me di la vuelta, me quedé con la boca abierta, era Héctor, sonriéndome. Madre mía, qué guapo estaba con las manos metidas en los bolsillos.

—¿No me vas a decir nada? ¿No te alegras de verme?

—Pues claro que me alegro de verte, pero debería estar enfadada contigo, los amigos se llaman, y tú ni siquiera un hola.

—Lo siento, han pasado muchas cosas, algunas muy buenas para ti —me dijo dejándome intrigada, ya que yo no sabía lo que era que me pasase algo bueno.

—Lo bueno para mí sería despertar de este sueño que estoy viviendo, me refiero a aflojar el ritmo de trabajo.

—Bueno, de momento no volverás a poner más copas, a no ser que me las pongas a mí, claro.

—¿Cómo? Mira Héctor, como broma esto está muy bien, pero sabes perfectamente que no puedo dejar ese trabajo.

—Claro que puedes, de hecho, ya te despediste.

—Estoy muy cansada, y esto me parece una broma de muy mal gusto. Buenas noches, Héctor. —Me di media vuelta y empecé a caminar.

—Dafne, espera. No creerás que te voy a dejar ir sola a casa, venga sube, te invito a cenar, que tengo algo que contarte.

—Algo no, mucho. Solamente por eso voy a ir.

—Vale, de acuerdo, mucho. —Me cogió la mano y nos dirigimos a su coche.

Estuvimos en silencio todo el camino, solo se escuchaba la música que salía de la radio del coche, aunque mi cabeza no dejaba de dar vueltas a eso que Héctor tenía que contarme.

—No sabes lo que daría por saber lo que estás pensando en este momento.

—No hay que ser muy listo para saber lo que pienso, espero que lo que me has dicho antes sea una broma.

Aparcó el coche, no sabía a dónde me llevaba, pero tampoco es que me importara mucho. Estaba con él, lo había echado mucho de menos, aun así, no debería haberse metido en mis asuntos.

Me llevaba cogida de la mano, cuando vi que dejaba atrás un restaurante, cruzó la calle y se dirigió a un edificio.

—¿No íbamos a cenar? Te has pasado el restaurante, Héctor.

—Tranquila, que ya sé que me lo he pasado, vamos a mi casa, allí podremos cenar más tranquilos y hablaremos de manera más relajada.

—Estás empezando a preocuparme. Primero, desapareces dos meses, sin hacerme ni una llamada ni nada, bueno, sé que no somos nada, pero…

—Dafne, relájate, sé que no lo he hecho bien, pero también sé que sí sabias de mí. ¿O acaso tu amiga no te contó lo que pasaba?

—Sí, pero no es lo mismo. Ella, con tal de hacerme sentir bien y que no me preocupara, sería capaz de mentirme como una bellaca.

Se paró en seco, me agarró de la cintura y me pegó a él.

—A mí también me gustaría hacerte sentir bien —me dijo muy cerca de mi oído, dejándome un beso en el cuello.

Volvió a cogerme de la mano y continuamos caminando hacia su casa. Al entrar en el ascensor, no dejaba de mirarme y sonreír, había veces que me daban ganas de colgarme de su cuello y besarlo, pero no quería que pensara que era una fresca.

Capítulo 12



Llegamos a la última planta, y al salir del ascensor, me di cuenta de que en aquella planta solo había dos puertas.

—Ahí vive Juanra. Cuando buscábamos piso, encontramos estos áticos. —Me soltó de la mano para abrir la puerta—. Bienvenida a mi humilde morada.

—Sí, claro, una humilde morada, sobre todo eso. Madre mía, ¡qué casoplón!

—Tampoco es para tanto mujer, es solo una casa.

—Solo una casa dice, si nada más entrar y ver el recibidor, ya te quedas con la boca abierta —le contesté sorprendida por lo poco que estaba viendo —. Bueno, pues si tú lo dices, así será.

—Anda ven, que te la enseño.

La casa era increíble, contaba con tres habitaciones; dos de ellas tenían su propio baño, mientras que la tercera la usaba como despacho. La cocina era tan amplia como las tres habitaciones de mi casa.

—Te has quedado parada, no me dirás que no te gusta.

—Bueno, solo es una cocina, no lo flipes tanto, aunque la encimera me gusta.

—No te imaginas el uso que le daría a esa encimera contigo —me dijo abrazándome por detrás.

— Héctor, yo…, será mejor que me vaya.

—Dafne, ven, siéntate en este taburete, cuéntame qué es lo que te preocupa tanto, mientras te sirvo una copa. Me confundes, te miro y tus ojos me dicen más de lo que tú hablas, me acerco a ti y tiemblas, siempre me estás dando evasivas, no pretendo hacerte daño. —Se dio la vuelta y me sirvió una copa de vino.

—No bebo, ya lo sabes.

—Dafne, sí que bebes de vez en cuando, no me quieras hacer ver lo que no es. Venga cuéntame qué te pasa con la vida, eres muy joven para estar tan amargada.

—¿Eso piensas de mí? ¿Que estoy amargada? Bueno, quizás un poco. —Me miró poniendo los ojos en blanco—. A ver Héctor, no es fácil lo que se me ha venido encima. He tenido que hacerme cargo de mi casa, es verdad que si no hubiera sido por mi abuela, ya me hubiera tirado por un puente; he dejado una carrera, te parece poco, en definitiva sí, estoy amargada. No salgo nada más que para trabajar, tengo muchas ganas de hacer tantas cosas que ni tiempo me da, y bueno de tener sexo, mejor ni hablamos, aunque no será por falta de ganas.

Se acercó a mí, me bajó del taburete y se puso detrás de mí, dejándome entre la encimera y él.

—¿Tienes ganas de qué?, ¿de esto? —Me pasó las manos por los brazos —. Dime Dafne, ¿tienes ganas de que te meta las manos por debajo de la camiseta? —Me estaban entrando sudores, todo lo que me iba diciendo lo iba haciendo—¿De que pase la lengua por tu cuello?

—Héctor, por favor yo… será mejor que me vaya a mi casa.

—No, no te irás, deja de decir, me voy a mi casa, ya avisé a tu abuela de que duermes aquí, me da igual lo que digas, pero no te vas a ir.

—Hace mucho que yo no…

—Lo sé, iré con mucho cuidado, esto solo es un aperitivo de lo que te pasará. No quiero que después de tanto tiempo sea sobre una encimera.

Lo que no sabía él era que a mí me daba igual dónde fuera, después de tanto tiempo el sitio era lo de menos, y más si era con él.

Me volvió a colocar en el taburete y me dio un suave beso en el cuello. Luego, abrió el frigorífico y sacó una bandeja que, al destaparla, descubrí unos deliciosos canelones.

—Mi especialidad; canelones de atún. Te vas a chupar los dedos.

—Bueno, si te salen como los que hace mi abuela, los dedos no, pero el plato seguro que lo dejó limpio con la lengua.

—No me digas esas cosas, Dafne, que yo preferiría que limpiaras otra cosa con la lengua. —No hacía falta mirarme el color de mi cara, porque el calor que sentí en ella lo corroboraba.

Preparó la mesa, no dejó en ningún momento que lo ayudara, me bajó del taburete y me llevó a la mesa, cuando me lleve un trozo de canelón a la boca se me escapó un gemido.

—Dafne, no hagas eso, pero veo que sí te gustan.

—Héctor, están de muerte. Te juro por la gloria de mi padre, que tienen el mismo sabor de los de mi abuela. —Me miró y soltó una carcajada—. Pero bueno, no es para reírse.

—Me has pillado, son de tu abuela, estuve esperando en el coche hasta que te vi salir para subir y contarle mis planes, y bueno, me dijo: «Hijo, sorpréndela con unos canelones, pero no le digas que los he hecho yo».

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Tan en serio como que te he echado mucho de menos.

—Pues no se nota, ni siquiera te has dignado a mandarme un mísero mensaje, y yo, bueno yo…

—Tú qué, venga, suéltalo. —Se puso a mi lado y me agarró la barbilla.

—Te he echado mucho de menos, porque… —Ahí me quedé callada, porque no quería que supiera que me había enamorado de él.

—¿Por qué pequeña?, ¿qué es lo que estás queriendo decir y no te atreves? Yo también te he echado de menos, me gustas mucho Dafne, creo que de eso ya te has dado cuenta, me gustaría que nos conociéramos más.

—¿Más aún?, pero si ya lo sabes todo de mí. Sabes más que yo de ti, que no sé nada. Tú conoces a mi familia, te has metido en mi casa y en mi trabajo.

—Bueno, no se ha dado el caso, pero a partir de ahora me conocerás mucho más. A mi familia es difícil, ya que la puedas conocer, me fui en cuanto me avisaron, sufrieron un accidente mortal. —Su rostro mostraba

mucha tristeza—. El hotel lo he vendido, ya no tiene razón de ser que me quede con él, con el de aquí es más que suficiente.

—Siento mucho tu pérdida, me puedo hacer una idea por lo que estás pasando.

—Gracias, es muy duro, pero espero que con el tiempo vaya pasando. Ya me contó tu abuela que vas a ser tía, como también que no crees nada de lo que te cuenta tu hermana.

Terminé de cenar en silencio, estaba nerviosa, sabía lo que vendría después, pero al mismo tiempo me moría porque llegara el momento.

Una vez terminamos de recoger todo lo de la cena, me sirvió otra copa, no le dije que no la quería, en el momento que la cogí me bebí medio vaso del tirón.

—Como te la bebas así, te va a sentar mal. Anda ven, siéntate aquí a mi lado.

—No si estoy bien de pie. Por cierto, ¿me vas a contar cómo es eso de que ya no voy a servir más copas? Sabes que no puedo dejar de hacerlo.

—Pues muy sencillo, llamé a tu jefe y le dije que no contará más contigo, pero fíjate lo que te digo, muy pronto dejarás de trabajar también para Arturo.

—Tú te has vuelto majara, deja de meterte en mi vida, sabes por lo que estoy pasando, y no me puedo permitir dejar trabajos.

—Le das muchas vueltas a las cosas, anda ven aquí preciosa. —Me quitó el vaso de la mano y me agarró de la cintura acercándome a él—. Vamos a la ducha.

No le dije nada, me moría de vergüenza, pero mentiría si no dijera que estaba deseando estar entre sus brazos, hacía mucho tiempo que no tenía sexo con nadie, pero simplemente el pensar lo que estaba a punto de suceder, mis braguitas empezaron a mojarse.

Una vez dentro del baño, me fue desnudando poco a poco. Por cada prenda que me quitaba, iba dejando un reguero de besos por mi cuerpo, una vez que me quedé solamente con la ropa interior, él fue quitándose la suya, simplemente lo miraba, pero no me atrevía a tocarle.

Justo cuando iba a abrir la boca se acercó a mí y me besó. Fue un beso suave mientras desabrochaba el sujetador. Cuando me despojó de él, bajó la mirada a mis pechos y volvió a mirarme a los ojos.

Se giró para abrir el grifo de la ducha, momento que aproveché para quitarme las bragas, no quería que notara que ya estaban mojadas. Al darse la vuelta y verme, soltó una carcajada.

—Pensaba hacerlo yo. —Me agarró de la mano y me metió con él en la ducha.

Me pegó a él abrazándome, abrazo al cual yo correspondí. Qué bien me sentía en sus brazos, tan a gusto que se me escapó un suspiro. Sin decir nada, empezó a enjabonarme, me iba lavando con una sutileza y un cariño que por un momento me sentí pequeña.

En ningún momento hablamos, no dijo nada, sabía cómo me sentía, y yo se lo agradecí.

—Héctor, no tengo pijama, ni ropa interior.

—Tranquila, no te hará falta. Mañana ya veremos.

Capítulo 13



Jamás imaginé que una ducha pudiera ser tan placentera, y no hizo nada más que lavarme con cariño. No solo me lavó con mimo, sino que cuando él término de lavarse, me secó con un mimo y un cariño que me descolocaba.

Necesitaba buscarle con la mirada, era todo como un sueño, un sueño del que no quería despertar. No sabía lo que pensaría Héctor, ni sus sentimientos por mí, pero lo que me importaba era cómo me trataba cada vez que me tenía cerca.

Llegó la hora de meterse en la cama, estaba muy nerviosa, pero también tenía muchas ganas de pasar la noche con él.

—Deja de darle vueltas a la cabeza, sé que estás pensando Dafne, y te digo que, si tú no quieres, no pasará nada.

¿Cómo no iba a querer nada?, si lo deseaba como a nadie en el mundo.

—No le estoy dando vueltas a la cabeza, solo estoy rezando mentalmente.

—Ja, ja, ja, no sabías que rezabas.

—Hay muchas cosas que aún no sabes de mí.

—Vaya, hace un rato, decías que lo sabía todo de ti.

Tiró de mí hasta dejarme pegada a su pecho, abrazándome, notando cómo su respiración se iba acelerando poco a poco.

No pude evitarlo, así que me puse de puntillas y lo besé. Fue un beso que él también correspondió, y poco a poco se volvió más apasionado. Me levantó y envolví mis piernas alrededor de su cintura mientras él avanzaba hacia la cama. Sin separarse de mis labios, me tumbó.

Cuando se separó de mí, me miró con una sonrisa que me dejó sin aliento. Sin dejar de mirarme, comenzó a acariciar mi cuerpo suavemente, a la vez que iniciamos un beso con una pasión desenfrenada, como si tuviéramos una necesidad insaciable el uno del otro. Sus labios bajaron hacia mis pechos, lamiéndolos y succionándolos con una intensidad que me estaba volviendo loca. Me dejé llevar por las sensaciones que me invadían, sus manos recorrían mi piel y la erizaban con cada toque. Cuando sus caricias bajaron hacia mis partes más íntimas, no pude evitar moverme inquieta, el deseo crecía en mí como una llama ardiente, y de vez en cuando, un gemido se escapaba de mis labios, provocando una sonrisa.

—Si sigues mirándome así, no voy a responder con tanta sutileza —me dijo mientras metía dos de sus dedos.

—No te estoy mirando de ninguna manera, solo me estoy recreando.

No dijo nada más, siguió introduciendo sus dedos mientras yo me agarraba a sus brazos. La sensación de que el orgasmo estaba a la vuelta de la esquina era abrumadora; sus dedos se movían rápidamente, y su mirada fija en mí, acompañada de una sonrisa, me hacía perder el control. Notaba que ya no podía aguantar más, y cuando finalmente dejé escapar un grito, todo se desató.

Sin esperar a que me recuperara, puso mis piernas sobre sus hombros y me penetró con una fuerte estocada. Él marcaba el ritmo, y nuestros gemidos se entrelazaban. Sus manos jugaban con mis pezones, pellizcando y tirando de ellos, llevándome al borde de la locura. Cada embestida me hacía alcanzar el clímax una y otra vez, hasta que finalmente sentí que él también había llegado a su punto máximo.

Cuando él se levantó para ir al baño a asearse, me di media vuelta, porque no quería que me viera llorar, pero eran lágrimas de felicidad, lágrimas de sentirme viva.

—¿Todo bien? —me preguntó mientras se metía en la cama abrazándome — Siento no haber sido todo lo tierno que pensaba ser, pero las ganas de tenerte me han podido.

—No pasa nada, yo también tenía muchas ganas, más de las que tú te imaginas.

—No me cabe duda. Venga, vamos a dormir, mañana nos esperan muchas cosas nuevas.

—Será a ti, a mí lo que me espera es ir a trabajar.

—Señorita, deja de pensar en trabajar y a dormir.

Me rodeó con sus brazos por detrás y me dio un suave beso en la cabeza, deseándome buenas noches.

Al despertar esa mañana, pensé que todo había sido un sueño, pero para mi sorpresa, Héctor seguía allí, dormido a mi lado. Me levanté con cuidado para no hacer ruido, entré en el cuarto de baño, me vestí lo más silenciosamente que pude y me marché.

Al cerrar la puerta a quien menos esperaba encontrarme era a Irina. Sin embargo, no me sorprendió, ya que Héctor me había comentado la noche anterior, cuando llegamos, que Juanra vivía ahí.

—Pero bueno, mira quién no ha dormido en su casa. ¿No te da vergüenza, señorita? Ya me lo estás contando todo con pelos y señales.

—Cállate loca, no pienso hablar hasta que no estemos en la calle, he salido como una vulgar ladrona.

—¿Me estás diciendo que Héctor no sabe que le has dejado solo? —asentí tirando de ella—. Pero bueno, niña, desde luego que no sé qué voy a hacer

contigo.

—No vas a hacer nada, y tampoco hay mucho que contar.

—Pero yo sí, venga, te invito a desayunar y te cuento.

— Irina, que tenemos que abrir, ¿a dónde vas?

—Ves como tengo mucho que contarte.

Paramos en la primera cafetería que encontramos y elegimos una mesa junto al ventanal. Irina, que conocía mis preferencias, sabía que me gustaba sentarme mirando el pasar de la gente.

Tan pronto como el camarero nos trajo el desayuno, no pude esperar más.

—Bueno, ¿me vas a contar por qué hoy no tenemos que abrir?

—Qué impaciente eres, bueno, pues que Adela ha accedido a venderme la cafetería.

—¿¡Cómo!? Pero si eso es imposible, ella nunca haría tal cosa y lo sabes.

—Bueno, digamos que le conté mis planes, y créeme que no le parecieron nada mal, solo me puso una condición.

—Estás loca, te vas a arruinar, no sabes cómo llevar un bar de comidas.

—Perdona, nada de bar, será Casa Irina.

No pude hacer nada más que soltar una carcajada, esta mujer estaba loca, no sabía dónde se estaba metiendo.

—No sé de qué te ríes, será donde mejor se sirvan desayunos y comidas.

—Perdón, perdón, es que me ha hecho gracia. Venga, sigue contándome, ¿qué condición te ha puesto Adela?

—Pues que la deje trabajar en la cocina, hasta el final de sus días.

—¿En serio te ha dicho eso? Ella sola no podrá con toda la cocina, es demasiado trabajo.

—Por eso no te preocupes, porque contará con la ayuda de una mujer que cocina de muerte, con ella se van a chupar los dedos, te lo aseguro.

—Bueno, si es así, me alegro mucho por ti, al final lograrás alcanzar tu sueño.

—Te lo dije, pero no te preocupes, que tú estás metida en nómina. No creas que voy a olvidarme de ti.

—Ay, Irina, pues no sabes cómo te lo agradezco, no sé cómo, pero he perdido el trabajo del *pub*.

—¿Cómo que lo has perdido? No entiendo nada. —Ese no «entiendo nada», me lo dijo sonriendo.

—Héctor, no ha tenido otra cosa que llamar y decir que no volveré a ir más, pero qué crees, dijo que solo me pondría el uniforme para él.

—La verdad es que estás muy sexi con ese uniforme, no me extraña que quiera verte con él, si me gustaran las mujeres, te tiraría los tejos.

No me quedó otra que contarle desde que me abordó en la parada del autobús, todo lo que hablamos, pero como no se conformó con eso, me preguntó si al final ya me había acostado con él.

—Creo que no hace falta que te conteste.

—Ay, mi niña, cuanto me alegro. Ese hombre te quiere Dafne, no pierdas la oportunidad de ser feliz, déjate llevar, pero, sobre todo, trágate tu orgullo y déjate ayudar por la gente que te quiere.

Llevaba razón, era muy orgullosa, era uno de mis defectos, cosa que no podía evitar. Soy de las que siempre dicen que una puede hacer las cosas por sí sola, pero visto lo visto, al final me doy cuenta de que no es así.

Terminamos de desayunar y nos despedimos en la puerta de la cafetería, ya que ella tenía muchas cosas que arreglar. Y yo, bueno, yo tenía que regresar a mi casa. Me sabía mal cómo había salido de casa de Héctor, pero

no tuve el valor de despertarlo, aunque lo peor no había sido eso, sino que no le había dejado ni siquiera una nota.

Capítulo 14



Al llegar a casa, solté un suspiro al cerrar la puerta. La noche que había vivido fue realmente inolvidable, una de esas en las que te sientes amada y valorada. Nunca imaginé que volvería a experimentar algo así.

—Hija, ¿ya estás aquí? Pensé que irías directamente a la cafetería.

—Abuela, no disimules que ya lo sé todo. Siempre soy la última en enterarme de las novedades, pero dime, ¿estás realmente segura de que lo quieres hacer? Te veía más tranquila últimamente.

—Hija, Irina, vino a hablar con nosotras. —Arqueé una ceja, porque no entendía nada—. Sí, no me mires así, tu madre también va a contribuir, estará en la cocina con Adela y conmigo.

—Abuela, eso cómo va a ser, mamá no puede.

—¿Cómo es eso de que tu madre no puede? ¿Acaso crees que no soy capaz, porque me hundí en mi propio dolor?

—Mamá, no quise decir eso. Me refería a que ahora estarás más centrada en Gisela, por su situación.

—De Gisela no te preocupes, ya sé que soy culpable de todo lo que ha pasado, pero ten por seguro que eso no volverá a suceder.

—No quería decir eso, además, nadie es culpable de los actos de otra persona.

—Bueno, vale ya, Dafne —me dijo mi abuela—, deja ya de protegernos tanto, es hora de que empieces a vivir tu vida de nuevo, que ya nos encargaremos las demás de las nuestras.

—Vale, me rindo, sois dos contra mí, me voy a mi habitación.

Al pasar junto a la puerta de la habitación de mi hermana, ni siquiera me detuve, pero al acercarme al baño, la escuché vomitar.

—¿Estás bien? —Era la pregunta más tonta que le podía hacer, sabiendo su estado.

—Sí, es lo que tiene estar embarazada, que los primeros meses los pasas un poquito regular.

—Ah, vale, pues nada.

Seguí hacia mi cuarto, no sabía qué decirle, tampoco es que me apeteciera mucho, tenía mucho rencor hacia ella.

Me puse a ordenar la habitación, pero en realidad lo que necesitaba ordenar eran mis pensamientos. Estaba sucediendo tanto en tan poco tiempo: el regreso de Gisela, la situación con Héctor, la locura de Irina, todo al mismo tiempo. Me sentía fuera de lugar, la única que parecía que se estaba quedando estancada era yo. Tal vez me estaba dando miedo a aceptar todo lo que estaba viniendo.

Pensé en Héctor, primero recordando cómo se había ido y luego cómo regresó. No voy a mentir, sentía un poco de desconfianza, pero no podía evitarlo; tal vez era hora de empezar a vivir el día a día. Estaba sumida en mis pensamientos cuando tocaron a la puerta.

—Hermana, ¿puedo pasar? —Se me hizo un nudo en la garganta al escuchar a Gisela, llamarme así, me volví y asentí con la cabeza—. ¿Podemos hablar un momento?

—Ya estamos hablando. Mira Gisela, vamos a dejar una cosa clara, voy a comportarme contigo, por esas dos mujeres que están ahí fuera, no quiero que se lleven más disgustos de los que ya han tenido.

—Todo eso ha cambiado, yo he cambiado. Estoy muy arrepentida de todo, sé que no me crees y te entiendo, yo en tu lugar tampoco lo haría, pero déjame demostrarte que es verdad lo que te estoy diciendo, hazlo por esta personita que está creciendo aquí dentro.

—No lo tienes nada fácil, es mucho el daño que has causado en esta casa. Has ido a tu bola sin pensar en los demás, has dejado los estudios cuando yo los he sacrificado por ti, sin importarte nada —Me tuve que dar la vuelta porque las lágrimas se agolpaban en mis ojos.

—Nunca me preguntaste cómo me sentía, no me gustaba el ambiente que había.

—Qué bonito Gisela, es la mejor actuación que he visto de ti hasta el momento. ¿Y tú? ¿Alguna vez llegaste a preguntarme cómo me sentía? ¿Si necesitaba ayuda? No, Gisela no me vengas dándotelas de víctima porque conmigo no cuela.

»Me he sacrificado por esta familia, me he desvivido para que no te faltara de nada, pero no solo yo, también tu abuela. ¿Me arrepiento? No, pero es cierto que desde que me tuve que poner las pilas no he tenido vida, ¿entiendes eso? Tú misma me lo dijiste una vez, algo así como que parecía más vieja que mamá, lo siento Gisela, pero yo no te creo.

—No te culpo, pero te voy a demostrar que de verdad he cambiado. —Salió de mi cuarto con lágrimas en los ojos.

¿Por qué me estaba sintiendo culpable? No, no lo era.

—¿Cómo no te voy a querer? Has sido un poquito dura con ella, pero quizás le hacía falta escuchar cada una de tus palabras.

—Abuela. —Me fui hacia ella abrazándola, al mismo tiempo que lloraba.

—Ya está hija, ven, sentémonos. Dafne, en el fondo sé que yo tengo un poquito de culpa, yo te puse al frente de la casa, sin preguntarte.

—Abuela…

—Espera hija, déjame terminar. Siempre habéis sido unas niñas muy buenas, las dos, no me mires así, pero tú no levantabas un palmo del suelo y ya eras muy responsable, con esto te quiero decir que le des una oportunidad a tu hermana.

—Abuela, no sé qué habríamos hecho sin ti.

—Pues lo mismo que conmigo. Anda, ve a lavarte esa cara, que quiero que me acompañes a comprar al mercado.

—Por cierto, esta noche tenemos un invitado muy especial. Se llama Nicolás, y estoy segura de que te gustará. —Me di la vuelta riendo.

—Hija, no hagas tonterías, que yo ya no estoy para conocer a nadie.

—Abuela, la que no tiene que decir tonterías, eres tú. Nicolás es un buen hombre y desde que se quedó viudo no ha vuelto a estar con una mujer, te gustará, dos minutos y nos vamos.

Salimos hacia el mercado, en el camino la abuela iba contándome todo lo que tenía planeado para el bar. La verdad es que la veía muy ilusionada, me alegraba mucho por ella.

Compramos verduras, pescado y fruta, a mí ya me dolían los pies. Mi abuela no era de las que llegaban al primer puesto y compraba, no, ella era de las que primero miraban, comparaba, y donde más le gustara, ahí es donde se compraba.

Estábamos tomándonos un café en la cafetería del mercado cuando, de repente, vi a mi abuela sonriendo y saludando con la mano. Al girarme para entender qué estaba pasando, me di cuenta de que la razón de su alegría era Héctor.

—Buenos días a la mujer más guapa del mercado, —Se dirigió a mi abuela, sin mirarme en ningún momento.

—Hijo, siéntate con nosotras, y te tomas un café.

—Te lo agradezco, pero acabo de tomarme uno. Bueno, os dejo.

—Como quieras, por cierto, ven esta noche a cenar a casa, ya que Dafne ha invitado a un amigo para que yo lo conozca, tú también puedes venir.

—Gracias, abuela, pero será en otra ocasión.

Ni por un momento me miró, ni un buenos días, pero claro, qué esperaba después de haber salido de su casa como una vulgar ladrona.

—¿Me he perdido algo? —Esa fue la pregunta que sabía que mi abuela me haría nada más marcharse—. Es raro que no te haya saludado, ni siquiera te ha mirado, ¿qué pasa ahora Dafne?

—Me fui de su casa sin decirle nada, lo dejé durmiendo y salí como una ladrona, no te preocupes, yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.

—No, hija, lo mismo no, tú le habrías cantado las cuarenta. —Nos echamos a reír.

—Ay, abuelita, qué mal concepto tienes de tu nieta.

Terminamos el café, compramos el pan que era lo único que nos quedaba y nos fuimos a casa. En el camino seguía pensando por qué Héctor ni siquiera me dirigió la mirada. Él no era así, no podía actuar como yo, a no ser que quisiera darme de mi misma medicina, fuera como fuese, yo no le iba a preguntar.

Cuando llegamos, escuchamos las risas de mi madre y mi hermana, entré en la cocina con las bolsas sin decir nada al pasar, me alegraba por ellas, de verdad que sí; sin embargo, a mí me iba a costar un mundo volver a confiar en quien tanto daño nos había hecho.

Había llegado el momento, como decía mi abuela, era hora de dejar de cuidar tanto de ellas y ponerme a mí misma en primer lugar. Así que decidí que era el momento de centrarme en mi propio bienestar.

Capítulo 15



Llegué al trabajo y como cada tarde, ahí estaba Nicolás, con esa sonrisa; qué ganas tenía de que mi abuela y él se conocieran.

—Buenas tardes, Nicolás, pero qué guapo vienes hoy, veo que recuerdas que tienes una cena.

—Hija, no sé si esto es buena idea, ya no soy un chaval.

—¿Ya estamos con que la abuela fuma porros?

—Ja, ja, ja, qué cosas tienes Dafne.

Me iba riendo yo sola, cuando me topé con Arturo.

—Buenas tardes, tienes cara de circunstancias, ¿todo bien?

—Buenas tardes, acompáñame a mi despacho, Dafne.

Madre mía, no sé por qué me daba en la nariz que esto no iba a ser nada bueno, era raro que Arturo me llamara a su despacho tan serio.

—Arturo, me estás asustando, ¿qué es lo que me quieres decir?

—Ven, sentémonos. Dafne, siempre te dije que yo podría ayudarte —iba a abrir la boca cuando él mismo me la cerró—, déjame terminar, sé lo que me vas a decir, pero llegados a este punto, es tu último mes conmigo.

—¿Me estás despidiendo? ¿Es eso? Dime una cosa, un tal Héctor no tendrá nada que ver, ¿verdad?

—Héctor solo quiere lo mejor para ti.

En ese momento no sé ni lo que me entró por el cuerpo, me levanté de golpe dejando caer la silla.

—¿Pero bueno, cuándo va a dejar de meterse en mi vida? ¿Qué es lo que pretende? Esto no se va a quedar así, no; este me va a oír.

—No hagas tonterías Dafne, tranquilízate.

—No, no pienso tranquilizarme. No te preocupes, que ya estoy despedida.

—Dafne. Espera mujer, no te vayas así.

No le hice ni caso, el cabreo que llevaba era monumental. Soraya me llamó, pero ni me paré, cogí mi bolso y salí como alma que lleva el diablo.

—Dafne, hija, ¿dónde vas con tanta prisa? —me preguntó Nicolás.

—Ahora, no puedo pararme. Te espero en mi casa a las nueve, ya sabes la dirección.

No le di opción a contestarme. No me podía creer todo lo que estaba pasando, no sabía lo que pretendía ese hombre, ¿quién le había dado derecho a meterse en mi vida?

Llegué hasta la casa de Héctor, por un momento me quedé mirando la puerta, no sabía si sería buena idea, pero me estaba consumiendo la mala leche que llevaba dentro. Hay veces en la vida que una debería saber cuándo no era buen momento para hablar, pero esto lo tenía que dejar solucionado hoy mismo.

Iba a llamar a la puerta cuando escuché las risas de Irina, no quería que me viera, llamé al timbre de la puerta, bueno lo de llamar es un decir, porque el dedo lo deje pegado en el timbre.

—¿Quién cojones llama de esta manera? —Cuando abrió la puerta y me vio arqueó una ceja— ¿Qué estás haciendo aquí? Si no recuerdo mal, la última vez saliste como una vulgar ladrona.

—No estaré mucho tiempo, tranquilo. —Sin esperar a que me diera paso entré directamente hacia el salón.

—Adelante, no te quedes en la puerta —dijo, antes de cerrarla—. Bueno, ya estás dentro, ¿qué es lo que quieres?

—¿Que, qué es lo que quiero? Quiero que dejes de meterte en mi vida, no tuviste bastante con hacer que me despidieran del bar de copas, que ahora vas y le pides a Arturo que haga lo mismo. ¿Acaso crees que eres mi padre? ¿Tienes algún derecho sobre mí y no me he enterado?

—No, ninguno, solo pretendo ayudarte. Quiero que dejes de trabajar, y que hagas lo que realmente quieres hacer, simplemente eso.

Me quedé sin saber qué decir en ese momento. Desde que conocí a Héctor, siempre se había mostrado muy amable conmigo. Es verdad que no lo conocía a fondo, pero el simple hecho de que se preocupara por que hiciera lo que me gustaba, decía mucho de él.

—Pero yo no te lo he pedido, en ningún momento te he pedido ayuda, sé valerme por mí misma.

—Sé que no me has pedido ayuda, eres demasiado orgullosa para dejarte ayudar, no voy a discutir contigo. Si realmente es lo que piensas, no tenemos nada más que hablar.

—Por supuesto que no, que te vaya bien, Héctor.

No le dije nada más, di media vuelta y me fui. Al salir me tropecé con Irina y Juanra. Ella iba a abrir la boca, pero con un gesto de mi mano se

detuvo.

Salí con lágrimas en los ojos, sabía que lo mío con Héctor se terminaba aquí. Quería a ese hombre, me había enamorado de él, pero quien en su sano juicio aguantaría a una mujer tan orgullosa como yo. Acababa de cerrar la puerta que más me importaba.

Regresé a casa andando, con las lágrimas cayendo por mi cara, sin cesar. La gente me observaba, pero eso no me preocupaba en absoluto; lo único que me dolía era haber perdido a ese hombre que siempre daba sin esperar nada a cambio.

Al entrar en casa, escuché las risas de mi abuela, ella siempre con una sonrisa por muy mal que estuviera, cómo la admiraba. Al pasar por el salón, me miró sacudiendo la cabeza, seguí hacia mi cuarto. Nicolás iba a venir y no pensaba estropearle la noche a nadie.

Aún faltaban cinco minutos para las nueve cuando llamaron a la puerta.

—Abuela, ¿estás preparada para recibir al segundo hombre de tu vida? —le pregunté al pasar por su habitación.

—Hija, no digas tonterías y abre.

Abrí la puerta y me encontré a un Nicolás muy elegante, con dos ramos de flores.

—Buenas noches, Dafne.

—Nicolás, estás guapísimo. Verás cuando mi abuela te vea. —Me aparté para que pasara—. Qué flores más bonitas, ¿son para mí?

— No, hija, son para tu madre y tu abuela.

—Ah, muy bonito, y a mí que me zurzan, anda, pasa.

Lo notaba un poquito nervioso, como bien me dijo un día, desde que murió su esposa no había vuelto a tener la compañía de ninguna mujer.

Lo acompañé al salón, donde estaban las mujeres más importantes de mi vida, estaban ojeando una revista con cosas de bebes, supongo que sería lo normal en estos casos.

—Bueno, ya tenemos aquí a nuestro invitado.

—Buenas noches, siento molestar, pero esta muchacha no ha hecho más que insistir en que viniera, hasta que lo ha conseguido.

—Nada de molestar, Nicolás, ya te dije que de eso nada.

Hice las presentaciones oportunas, Nicolás les ofreció un ramo de flores a cada una, no se me pasó por alto la mirada que mi abuela le dedicó a Nicolás.

—Pero siéntese, no se quede de pie —le dijo mi madre mientras mi abuela no articulaba palabra.

—Venga, vamos a cenar que hay hambre. —Me hice la muerta de hambre, aunque la verdad era que no tenía ganas de nada, pero prometí que no les iba a fastidiar la cena.

—No, hija, aún no estamos todos, faltan tres comensales.

Miré a mi abuela, la cual me guiñó un ojo. No tenía ni la menor idea de quiénes podrían ser los otros comensales. Siendo sincera, sospechaba que serían Irina y Juanra, pero el tercero se me escapaba, porque no creía que Héctor fuera a venir.

Dejamos a mi abuela en el salón con Nicolás, ya que mi madre tiró de mí para irnos a la cocina. Me resistí, no podía evitarlo, la curiosidad me consumía por ver cómo se llevaba mi abuela con él. A mí no me engañaba, sabía que se había arreglado a conciencia, por mucho que dijera que ella ya no estaba para esas cosas.

—Hija, te has dado cuenta de cómo miraba ese hombre a tu abuela.

—Pero que la abuela no se queda atrás, creo que le ha gustado, si se ha sonrojado con las flores —contestó mi hermana.

—Se lo merecen los dos —dije mientras llamaban a la puerta.

Capítulo 16



No me equivoqué cuando vi que en la puerta están Irina y Juanra, pero no Héctor, sabía que no vendría después de la conversación que habíamos tenido.

La cena transcurrió de lo más amena, con Juanra contando anécdotas que hacían reír a todos, mientras yo intentaba unirme a la diversión sin mucho éxito. Tenía a mi hermana a mi lado, y de vez en cuando me apretaba la mano, como si supiera que no estaba disfrutando del momento. Me sorprendió que, a pesar de lo mal que me había comportado con ella, se esforzara por hacerme sentir mejor.

Irina nos contó sobre el progreso del bar, lo emocionada que estaba y las ganas que tenía de inaugurarlo.

—De verdad, no sabéis las ganas que tengo, Juanra me está ayudando mucho con el tema del papeleo.

—Yo también tengo muchas ganas, hija —le dijo mi madre—, esto me va a venir muy bien.

—Ya lo creo Leonor, sois mis mejores fichajes, Dafne no cuenta.

—¿Se puede saber por qué? Pensé que sí ibas a contar conmigo.

—Bueno, en tus ratos libres, por lo que sé vas a luchar por tus sueños.

—No, no voy a hacer eso y lo sabes. Os empeñáis todos en tomar decisiones por mí, si no es uno es otro, y que sepáis que ya estoy cansada.

—Dafne, vale ya —me dijo mi madre—, te agradezco mucho todo lo que has hecho por nosotras junto a tu abuela, pero eso se acabó. Te lo hemos dicho un millón de veces, empieza a vivir sin tanta responsabilidad, deja de ser tan orgullosa, déjate ayudar, tu cabezonería está haciendo que la gente que te quiere se esté alejando de ti.

—Mamá, pero cómo me dices eso.

—Se acabó, Dafne, no quiero volverte a escuchar decir nada, a no ser que digas que te vas a dejar ayudar.

En ese momento pasó un ángel porque nadie volvió a abrir la boca. Nicolás se puso de pie y me animó a levantarme de la silla para darme un abrazo, insistiendo en que debía aceptar la ayuda de quienes realmente se preocupan por mí.

—He de irme, ya es tarde. Muchas gracias por la invitación, me he sentido muy a gusto.

—Nosotros también nos vamos, Nicolás te llevamos a tu casa.

Irina vino a mí para abrazarme, y me susurró al oído.

—Tu orgullo te hará perder al hombre que te ama, piénsalo.

No había nada que pensar, sabía que lo estaba alejando de mí, pero no solo a él, sino también a mi familia. Tarde o temprano todos se cansarán de mi actitud.

Esa noche fue un verdadero tormento, no logré pegar ojo, ya que no dejaba de pensar en Héctor, quien lo único que quería era ayudarme a que alcanzara mi sueño, mientras que yo, lo único que sabía hacer era alejarlo de mí.

Me desperté antes de lo habitual, a pesar de haber dormido apenas unas horas, y me dirigí a la cocina. Preparé café, mientras preparaba la masa para unas tortitas, quería sorprender a las tres mujeres que aún dormían con un buen desayuno.

No solo tenía eso en mi cabeza, quería ir a casa de Héctor, se merecía una disculpa por mi manera de comportarme con él, no solo por la discusión del día anterior, sino por haber salido de su casa sin decir nada.

Cuando tuve todo listo para el desayuno fui a darme una ducha y a vestirme, no iba a demorarlo más tiempo.

Al volver a la cocina, ya estaba mi abuela haciendo las tortitas.

—Buenos días, abuela, esas tortitas tienen muy buena pinta, pero era yo quien las iba a hacer.

—Claro, para que te ensucies con lo guapa que te has puesto. ¿Se puede saber dónde vas así vestida?

—Voy a solucionar mi vida, abuela. Anoche estuve pensando mucho y todos tenéis razón, soy demasiado orgullosa para dejarme ayudar, y debo pedir perdón al que más lo ha intentado.

—Ese hombre te quiere hija, todo lo ha hecho por lo que siente por ti.

—Lo sé, abuela, ahora solo espero que me perdone.

—Lo hará, es un buen hombre, y ahora a desayunar.

Hacía mucho que en mi casa no se desayunaba manteniendo una conversación sin discutir por nada. Mi madre y mi hermana me miraban, pero no decían nada, simplemente sonreían.

Salí de casa con mi bolso al hombro y una sonrisa que no podía ocultar. Tenía la esperanza de que todo saliera bien, aunque, para ser sincera, no

había planeado nada en concreto; solo quería disculparme.

Al llegar a su casa, no puedo negar que mis piernas temblaban de los nervios. Estaba realmente ansiosa, y mientras caminaba, repasaba en mi mente lo que quería decirle, pero al final, cuando llegué, no recordaba nada. La verdad, no tengo remedio, lo mío no es normal.

Antes de llamar a su puerta me santigüé, qué tontería como si eso me fuera a servir de algo.

No estaba, había llamado ya cuatro veces y no me abría la puerta. Me estaba desinflando por momentos, pero no pensaba irme de allí hasta que no hablara con él.

Me dirigí a la puerta de Juanra con la esperanza de encontrarlo, pero para mi sorpresa, no había nadie allí. No podía creer que tuviera tan mala suerte, ¿qué hacía yo ahora? Irme, eso es lo que tenía que hacer, no había sido una buena idea venir a verlo.

Sin embargo, decidí que no iba a rendirme tan fácilmente; tenía que resolver esto hoy mismo. Así que me senté en el suelo junto a la puerta y esperé. Afortunadamente, siempre llevaba mi libro electrónico en el bolso, así que lo saqué y comencé a leer mientras pasaba el tiempo.

Las horas pasaban y Héctor no aparecía, mis tripas empezaron a rugir cuando miré la hora, me quedé sorprendida, eran las tres de la tarde, pero no pensaba irme sin hablar con él. Bajé a comprarme un bocadillo, cuando

volví probé suerte llamando a la puerta por si nos habíamos cruzado, nada, ahí no había nadie.

Me senté a comer, pensando que en algún momento regresaría a su casa.

No sé en qué momento me quede dormida, pero claro, si contamos lo poco que lo había hecho cuando debería haber dormido a pierna suelta, no me hubiera pasado.

—Dafne, Dafne, despierta. —Cuando abrí los ojos, me encontré con la mirada de Héctor— ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Ah, ya estás aquí, me he quedado un poco traspuesta, lo siento.

—No lo sientas, y dime qué haces aquí a estas horas.

—Hombre, tan tarde no es. Deben ser las cinco más o menos, ¿no?

—No, son las nueve de la noche.

—¿Qué me dices? Me he debido quedar dormida después de comerme el bocadillo.

—A ver, Dafne, dime, ¿desde qué hora estás aquí?

—Pues desde las once más o menos, tengo que hablar contigo.

—De verdad, por más que quiero entenderte, te juro que no lo hago. Anda entra y me cuentas a qué has venido.

Entramos dentro y me llevó directamente a la cocina.

—¿Quieres algo de beber o comer?

— Agua, por favor, me comí el bocadillo a palo seco, y tengo sed.

Abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar, se dio la vuelta y sacó del frigorífico una botellita de agua.

—¿Quieres comer algo?

—No, gracias, no tengo hambre. —Me miró arqueando la ceja, pero no me dijo nada.

—Pues tú dirás, qué es lo que querías hablar conmigo, te escucho.

—Vengo a pedirte perdón, sé que me he portado muy mal contigo, lo siento mucho. No te mereces cómo te he tratado últimamente, pero entiéndeme a mí también, no puedes decidir por mí.

—Tranquila, no volveré a meterme en tu vida, ya eres grandecita para saber qué hacer con tu vida, por mi parte no hay nada que perdonar, pero si lo necesitas te perdono.

—Gracias, prometo cambiar Héctor, te lo debo.

—No, no te equivoques, a mí no me debes nada, ni a mí ni a nadie. Si de verdad vas a cambiar, hazlo solo por ti.

En ese momento no supe qué decirle. Lo observé mientras metía una *pizza* en el horno, su expresión era bastante seria, pero a pesar de eso, seguía viéndose atractivo.

—Mañana me voy —Cuando dijo esas palabras, se me cayó el mundo a los pies.

—¿Cómo que te vas? No me puedes dejar sola, ahora que he decidido cambiar.

—No me necesitas, ni a mí, ni a nadie.

—Eso no es verdad, yo te necesito en mi vida.

—Dafne, la verdad es que estoy agotado y ya no tengo fuerzas para seguir discutiendo este asunto. He intentado por todos los medios ayudarte, me enamoré de ti en el mismo momento que te vi. He tenido toda la paciencia del mundo contigo, y me pagas saliendo de mi casa como una ladrona después de haber compartido una noche tan especial. Igual me he sobrepasado un poco en Tal vez me he pasado un poco al querer decidir por ti, pero ya no puedo más, necesito un poco de distancia entre nosotros.

—¿Y ya está? ¿Ya te has rendido? No me esperaba esto de ti.

—Dafne, no es que me haya rendido, es que me he cansado, de verdad te lo digo, déjate ayudar y lucha por tus sueños. Me tendrás como un amigo si tú quieres, pero de momento no te puedo dar más, me voy y no sé cuándo regresaré.

—No me esperaba esto de ti, Héctor, te marchas como un cobarde, pues sabes qué te digo, que te guardes tu amistad para otra, yo ya no quiero nada de ti. —Me di la vuelta para irme cuando me agarró del brazo.

—Si es eso lo que quieres, así será, aunque me duela. Te deseo que te vaya bien en la vida, buenas noches, Dafne.

Capítulo 17



No me lo podía creer, había sido yo quien lo había sacado de mi vida. Caminé con lágrimas en los ojos, sabía que era lo que merecía, y solo yo era responsable de lo que había pasado.

No estaba dispuesta a dejar que las cosas quedaran así; iba a darme un tiempo, pero tenía que encontrar la manera de recuperarlo. No podía permitirme perderlo, a él no.

Llegué a casa tratando de no hacer ruido, no quería despertar a nadie. Fui directamente a mi habitación y me dejé caer en la cama. Me preguntaba por qué siempre arruinaba lo que era bueno en mi vida. ¿De qué me servía ese orgullo que solo lograba alejar a las personas que realmente importaban?

Cuando finalmente abrí los ojos, ya era un nuevo día. Me había quedado dormida en la misma posición en la que me había acostado, y con un fuerte dolor de cabeza, era como si alguien estuviera golpeando mi cabeza con un martillo. Supongo que era el precio de pensar demasiado.

Me levanté y me fui directa a la ducha. Tenía la cabeza como un bombo, de pensar en que ya no lo volvería a ver más.

Cuando entré en la cocina estaban las tres hablando y se callaron nada más verme aparecer.

—Buenos días, podéis seguir hablando, por mí os calléis, a no ser que fuera de mí.

—No estábamos hablando de ti, a ver si te crees el ombligo del mundo —me dijo mi hermana.

—No vayáis a empezar, ni una, ni la otra. Mis hijas no eran así, quiero que arregléis las cosas entre vosotras.

—Es ella la que no quiere, yo estoy poniendo de mi parte.

—Claro, ahora que te has quedado sola y con una barriga.

—¡Basta ya, las dos! Así no vais a ningún sitio —nos dijo mi abuela enfadada—, deberíais estar contentas de que vuestra madre ha vuelto a ser la que era, y que todo está volviendo a la normalidad, no me mires así Dafne.

—No te estoy mirando de ninguna manera abuela, solo que…

—Sé lo que vas a decir, y ya está bien. ¿Acaso crees que somos la única familia que lo está pasando mal? Pues no, hay mucha gente como nosotras, y sé que esto te va a doler, pero eres demasiado orgullosa, y por esa razón, no ves más allá de tus narices.

No dije nada más, cogí una taza y me serví el desayuno, siguieron hablando de la barriga de mi hermana, que sería de lo que estaban hablando, en el fondo me gustaba oír hablar de mi sobrina o sobrino.

Miraba la taza de café metida en mis pensamientos, preguntándome el porqué de todo lo que estaba pasando. No creí que Héctor me fuera a dejar de esa manera, pero claro, si lo pensaba bien, demasiado había aguantado mis tonterías. Bueno, pues nada, seguiría adelante sin él, ya lo estaba haciendo antes de que apareciera en mi vida.

—Dafne, Dafne, mírala, si parece que no está aquí —dijo mi hermana.

—Ay, perdona, estaba pensando en qué hacer hoy.

—Te estaba preguntando si vas a querer acompañarnos al ginecólogo. Hoy me dicen si es niño o niña, y me gustaría que estuvieras.

No sabía qué decir, la verdad que su pregunta me dejó sorprendida, si al final iba a ser verdad que estaba cambiando, y la que seguía de mal en peor era yo.

—¿De verdad quieres que te acompañe?

—Sí, me haría mucha ilusión, aunque no te lo creas.

—Hija, ve con ella, tu abuela y yo tenemos que salir y no podemos acompañarla.

—Vale, iré contigo, me gustará ver esa cosa que hay ahí dentro.

—Hija, no lo llames así. —Se echó a reír mi abuela.

—No pasa nada abuela, cuando vea a esta cosa como ella dice, le va a cambiar totalmente la vida, ya lo verás hermanita, nos vamos dentro de una hora.

Terminé de desayunar, dejé la taza y el plato en el lavavajillas y me fui a mi habitación. Hice la cama, recogí toda la ropa que tenía por medio y empecé a arreglarme. Me quedé mirando el armario para ver qué me ponía, tampoco es que tuviera mucho donde elegir, hacía tiempo que no me compraba ropa, y cuando lo hacía no me complicaba mucho la vida.

Me puse unos vaqueros, una blusa, unas deportivas y lista. Me recogí el pelo, y salí de mi habitación.

—Hija, pero qué guapa estás —me dijo mi madre—, solo te falta un poquito de color en la cara.

—Mamá, que voy al ginecólogo, no de fiesta.

—Hija, ¿pero tú te acuerdas de lo que es eso?

—Abuela, no digas tonterías, pues claro que me acuerdo, eso es como montar en bicicleta, nunca se olvida.

Esperé a que mi hermana terminara de arreglarse y salimos de casa, que sensación más rara, después de todo lo que había pasado desde que mi padre nos dejara.

Hicimos el camino en silencio, la verdad es que no sabía cómo entablar conversación con ella. Se sentía como si fuésemos dos desconocidas, al menos por mi parte. Llegamos a la consulta y nos sentamos a esperar.

—Dafne, estoy muy nerviosa, pero al mismo tiempo, con muchas ganas de verlo.

—Me imagino que será algo normal, no te puedo decir nada porque no he pasado por eso.

—¿Aún no me crees, verdad? —Esas palabras me pillaron por sorpresa—. Me gustaría que nos lleváramos tan bien como antes. Sé que no he hecho las cosas como debería, pero te juro por esta personita que está creciendo dentro de mí que he cambiado. —No podía decir nada, se me estaba formando un nudo en la garganta.

Iba a abrir la boca, pero la enfermera salió para llamarla. Entramos en la consulta y, para mi sorpresa, el ginecólogo de mi hermana resultó ser un auténtico bombón. ¡Joder!, si es que lo tenía todo.

—Buenos días, Gisela. Veo que hoy vienes muy bien acompañada.

—Hola Enrique, te presento a mi hermana, Dafne.

—Encantado de conocerte. Gisela me ha hablado de ti.

—Lo mismo digo. —Nos estrechamos la mano.

—Ya sabe lo que toca, Gisela, quítate la ropa de cintura para abajo, y cuando estés lista, Lisa te ayudará a tumbarte en la camilla.

Estaba flipando, con qué familiaridad estaban hablando, ¿me estaría perdiendo algo? Mientras mi hermana se quitaba la ropa, él se sentó a mirar en el ordenador, preguntándole a mi hermana si todo estaba bien.

Una vez que Gisela se tumbó en la camilla, me pidió que me pusiera al lado de ella. Lo hice sin muchas ganas, pero no me iba a poner en plan borde.

—Vamos a ver cómo está este hombrecito o mujercita.

Empezó a pasar el ecógrafo por el vientre de mi hermana, y mientras lo hacía, le iba comentando todo lo que aparecía en pantalla, incluyendo las medidas que tenía. No podía apartar la vista de esa imagen, y al mismo tiempo, me estaba costando contener las lágrimas que se me acumulaban en los ojos.

—Cuéntame, ¿te gustaría más que fuera un chico o una chica?

—La verdad es que me da igual, lo único que quiero es que nazca bien.

—Y la tía qué dice. —No sabía por qué me preguntaba a mí, si la cosa no era mía.

—¿Yo?, la verdad que a mí me da igual, supongo que lo que ha dicho ella.

—Venga, ya no voy a hacer sufrir más a la mamá, Gisela, vas a tener una niña tan guapa como tú.

—¿De verdad será niña? ¿Estás seguro?

—Por lo que estoy viendo, sí, es una niña.

En ese instante, mi hermana comenzó a llorar, y la verdad es que yo tampoco pude contener las lágrimas por la emoción. No solo me conmovió el hecho de que fuera una niña, sino que me robó el corazón en el preciso momento en que escuché los latidos de su pequeño corazón.

Después de las indicaciones que Enrique le dio, me quedé con la boca abierta cuando escuché lo que dijo.

—Gisela, ¿te apetece salir el viernes a cenar? —Mi hermana me miró, y después lo miró a él.

—Me encantaría, hace mucho tiempo que no salgo.

—Pues quedamos el viernes a las ocho, pasaré a recogerte, tengo tu dirección.

Nos despedimos de él, y nada más salir a la calle paré a mi hermana poniéndome delante de ella.

—¿Me puedes explicar qué es lo que ha sucedido ahí dentro?

—Pues lo que acabas de ver, Enrique me gusta y nos estamos conociendo.

Capítulo 18



Nos sentamos en una terraza a tomarnos un café, y me confesó que desde el primer momento que lo vio le gustó mucho. No era la primera vez que la invitaba a salir, pero ella siempre lo había rechazado.

—¿Por qué no me habías contado nada?

—¿Me hubieras escuchado?, creo que no. —Me quedé callada porque llevaba razón—. La verdad es que me gusta mucho, pero son doce años los que nos separan.

—Gisela, no le des tanta importancia a eso. Si realmente te gusta, no lo dejes ir, porque después te arrepentirás.

—¿Qué ha pasado entre tú y Héctor? Si no quieres, no me lo cuentes, ya sé que aún no confías en mí.

—Nada, si lo nuestro se ha acabado es porque no es para mí, pero vamos a dejarnos de hablar de amores y vamos a centrarnos en esta cosa que hay

aquí dentro. —Llevé mi mano a su barriga y se la acaricié.

—No la llames así, la verdad que es lo mejor que me ha podido pasar. Después de todo, me ha hecho darme cuenta de muchas cosas.

—Bueno, dicen que nunca es tarde.

—Gracias por acompañarme, hermana, para mí, aunque no lo creas, significa mucho.

No le dije nada, nos quedamos en silencio, pasado un rato volvimos a casa, no sin antes pararnos en cada escaparate de bebés que nos íbamos encontrando.

Al llegar, la casa estaba vacía; no tenía idea de dónde se habían ido mi madre y mi abuela, y mi hermana tampoco parecía saberlo. Sin embargo, ella estaba de buen humor, y la verdad es que me había encantado ver a mi sobrina. Era un momento especial, sobre todo, ver la cara de felicidad de mi hermana al saber que era una niña.

Le dije a mi hermana que iba a salir, que no me esperaran a comer.

—Pero Dafne, dime al menos a dónde vas.

—Voy a comprobar una cosa, pero no te preocupes, volveré en un rato.

Cogí mi bolso y salí a la calle, quería comprobar si ya se había marchado, o aún estaba en su casa. Me sabía mal de la manera que acabamos, ¿pero cómo se le ocurrió decirme que su amistad la tendría? Cuando yo lo quería todo con él.

Corrí hacia la parada de taxis, subí a uno y le indiqué la dirección. Deseaba con todas mis fuerzas que no se hubiera marchado, no estaba dispuesta a rendirme; tenía que lograr que volviera conmigo.

En mi vida se me había hecho un trayecto tan largo. Cuando finalmente llegué, salté del taxi y corrí hacia el portal. Al llegar, me encontré con Irina y Juanra, quienes estaban a punto de entrar.

—¿Dónde vas tan corriendo Dafne? —fue Juanra quien me preguntó.

—Dime que no se ha ido, que aún está arriba.

—Pues siento decirte que no, se marchó esta mañana bien temprano, lo siento.

Mi gozo en un pozo, me di la vuelta sin decir nada, se había ido de verdad.

—Dafne, espera mujer, quédate a comer con nosotros —esta vez fue Irina quien habló.

No miré hacia atrás, ni siquiera dije nada, seguí caminando, ya me daba igual ir a pie. No tenía prisa por llegar a casa, se había ido, nada volvería a ser lo mismo sin él.

Al llegar a casa, encontré a mi madre y a la abuela en la cocina. Gisela les estaba contando cómo le había ido en la consulta, mientras mi abuela se secaba las lágrimas, seguramente ya les había contado que era una niña.

—Abuela, ¿por qué estás llorando? Mira que a ti no te pega eso.

—Es de alegría, hija, otra niña en casa, ya seremos cuatro mujeres.

—Otra sufridora abuela, en esta casa no hacemos nada más que sufrir. —Mi hermana me apretó la mano, un gesto que agradecí.

—Hija, no digas esas cosas. Hoy lo ves todo negro, mañana será otro día.

—Seguro que sí, venga, vamos a comer —dijo mi madre dándome un beso.

Nos contaron que estaban haciendo el curso de manipuladoras de alimentos. Estaban muy ilusionadas con el proyecto de Irina, me alegraba por ellas, sobre todo por mi madre, esa mujer que había salido del fondo del pozo y volvía a ser la de siempre.

—Dafne, ¿qué piensas hacer ahora? —me preguntó mi madre.

—Pues no lo sé, pero si vuelvo a estudiar, no me inclinaré por magisterio.

—¿Pero si es lo que te ha gustado siempre? —me contestó mi hermana.

—Pues ya no, igual hago algún curso de cocina, de momento mañana hablaré con Arturo y Edu para ver si puedo volver a trabajar para ellos.

—Con Edu no, hija. No me ha gustado nunca ese trabajo, quédate solo con Arturo, así por las mañanas puedes estudiar.

—Ya veré lo que hago abuela, necesito pensar un poco, me va a estallar la cabeza.

—Tenemos un regalo para ti —dijo mi madre con un paquete en la mano.

—¿Y esto? Mamá, no hace falta que me regales nada.

—Sí, hija, es de tu abuela y mío, te lo mereces por todo lo que has hecho por esta casa, pero sobre todo por mí.

—No quiero llorar —abrí el paquete y me quedé con la boca abierta—, mamá, esto es demasiado. —Me habían comprado un móvil.

—Nada es demasiado, hija, te mereces eso y más.

Me levanté y las abracé a las dos, no se merecían el comportamiento que estaba teniendo, ya era hora de que cambiara mi actitud y encaminar mi

vida.

Me metí en mi habitación, y lo primero que hice fue llamar a Arturo, quería que me volviera admitir en la empresa, aunque la verdad no sabía si estaba fuera. Qué alegría me dio cuando me dijo que él en ningún momento me había despedido, que había sido yo la que había tomado la determinación de irme.

Me tumbé en la cama mirando al techo, reflexionando si debía llamar a Edu para volver a poner copas, pero pensé en mi abuela. Ese trabajo le restaba años de vida, así que decidí que no valía la pena y preferí darle ese gusto a ella.

Me apenaba por mis compañeros, jamás me he llevado mal con ninguno, los iba a echar de menos, pero siempre podía volver como clienta y tomar una copa allí.

Sobre mis estudios, no lo tenía claro, me daba pereza volver a la universidad, pero sí que iba en serio lo de hacer algún curso, y tenía claro cuál.

Me decidí a hacer una llamada a Irina.

—Dafne, ¿pasa algo? —eso fue lo primero que me dijo—. Es que hace mucho que no me llamabas.

—Calla y escúchame, he decidido asociarme contigo, si aún estoy a tiempo, claro. —Escuché un jadeo al otro lado—. No sé cómo voy a

conseguir el dinero, bueno, creo que sí lo sé, pero aún no está decidido.

—No sabes cómo me alegro, pero dime una cosa, ¿te has dado un golpe en la cabeza? —No pude evitar soltar una carcajada.

—Bueno, no exactamente, porque no me duele la cabeza, pero sí he abierto los ojos.

—No te entiendo, explícate mejor, Dafne, que soy divina, pero no adivina.

—Pues que lleváis todos razón, que ya está bien de vivir como una amargada, de parecer una señora de cincuenta años, aunque déjame decirte, que con esa edad aún se es joven. Me voy a tragar mi orgullo, y me voy a dejar ayudar, Irina.

—Ja, ja, ja, estás fatal, pero me alegro de que hayas tomado esa decisión, y por supuesto que estás a tiempo. Vas a ver lo bien que nos va a ir, vamos a triunfar como la Coca-Cola. Espera a que Héctor se entere, ¡va a flipar!

—Irina, solo te voy a pedir un favor, ni le hables de mí, ni me hables de él. Se ha ido, no quiso luchar por lo nuestro, aunque le entiendo, yo hubiera actuado peor que él.

—Dafne, veo que en eso no vas a cambiar, pero voy a respetarlo. Perdona, pero te tengo que dejar, ya vamos hablando, y no te preocupes por nada, yo me encargo de todo, en realidad es Juanra quien lo está haciendo, un beso, guapa.

Otra cosa solucionada, solo me quedaba la más importante. Y no, no me refiero a nada relacionado con Héctor, más que nada porque no sabía dónde estaba. Lo que realmente necesitaba era tener una conversación con las mujeres que más significan para mí.

Salí de mi cuarto y fui al salón, donde estaban conversando. Me senté en el sillón de mi padre y les expliqué todo lo que había decidido en un momento. Mi abuela se emocionó tanto que hasta derramó algunas lágrimas, mientras que mi madre y mi hermana mostraron su alegría por la elección que había hecho.

Capítulo 19



Seis meses después…

-

No me he arrepentido en absoluto de la elección que hice hace seis meses; han sido meses repletos de sorpresas, especialmente para mi madre y mi abuela.

Para contarles bien la historia, debo empezar desde el principio: regresé a trabajar con Arturo, y en mi primer día, entré en su oficina para tener una charla con él.

—*¿Se puede? Arturo, me gustaría hablar contigo.* —Me dio paso y me señaló una de las sillas para que me sentara—. *Quería saber si aún estás dispuesto a ayudarme*.

—*Dafne, te lo dije desde un principio, que si tú quisieras…*

—*Ya, ya, por eso estoy aquí.*

Esas fueron las primeras palabras de nuestra conversación, lo que vino después os lo explico yo.

Arturo me dio el dinero para pagar la hipoteca de mi casa, de esta manera, yo lo tendría más fácil para seguir adelante. Cuando conté en casa que ya no teníamos hipoteca, se echaron a llorar. Con la ayuda de Arturo, pedí un préstamo para el restaurante, el cual pagaría con la mitad de mi sueldo.

Mi hermana hacía una semana que había dado a luz a su preciosa hija, Carmen, motivo por el que mi abuela se llevó llorando casi toda la tarde. Gisela quiso poner ese nombre a su hija, por ella, por todo lo que había hecho por nosotras, aun habiéndose portado mal con ella.

Mi hermana, al final, decidió seguir conociendo a Enrique, se preocupaba mucho por ella, solo había que ver cómo la miraba para saber que el amor que sentía era sincero.

No había vuelto a saber nada de Héctor. No es que lo hubiera olvidado, aún lo seguía queriendo, pero no deseaba sufrir más. Aunque en parte sentía que era mi culpa, no podía perdonarle el hecho de que se marchara sin darme una segunda oportunidad. Le dejé claro a Irina que no quería que me hablara de él; era consciente de que mantenían el contacto, pero no tenía idea de dónde estaba.

Llegó el día de abrir el bar, al final, no se llamaría Casa Irina, lo cambiamos por Mirando Al Sol. Irina quería que se llamara como ella, pero la misma Adela le dijo que era nombre de abuela, lo que nos pudimos reír ese día con la cara que puso.

Estábamos todas muy nerviosas, Juanra no hacía nada más que reírse, de las vueltas que dábamos.

—Qué bonito se ve todo —dije mirando alrededor.

—No se parece en nada a cómo era antes —me dijo Adela, cogiéndome la mano.

—Solo es un lavado de cara, Adela.

—No, hija, no lo es, pero me alegro mucho de poder verlo así, aunque más me alegro de poder ayudaros con él.

—Bueno, bueno, dejar los sentimentalismos para otro día.

—Irina, por favor, no seas tan agobiante.

Me miró soltando una carcajada, se dio media vuelta y empezó a caminar gritando…

—Serán los mejores desayunos y comidas de todos los alrededores.

Adela, mi madre y mi abuela se encargarían de la cocina, mientras que Irina se ocuparía de atender las mesas. Yo estaría detrás de la barra, hasta que mi hermana pudiera unirse y ayudarnos.

La idea era comenzar a trabajar desde las siete de la mañana y seguir hasta que termináramos de servir las comidas. Juanra nos sugirió que empezáramos de esta manera y que, dependiendo de cómo nos fuera, decidiríamos más adelante si ofrecer cenas o no.

—Hija —me llamó mi madre—. ¿No estás nerviosa?, porque yo estoy como un flan.

—Mamá, no te preocupes —le dije dándole un abrazo—, ya verás como todo sale bien, entre las tres haréis un gran trabajo.

Mi madre estaba nerviosa, pero no tenía idea de la sorpresa que les esperaba a ella y a la abuela.

Eran las ocho de la tarde y las puertas se abrieron, todo estaba en su sitio, mi madre no hacía nada más que asomarse, y yo me reía al ver la cara que ponía.

Juanra nos recomendó que la inauguración fuera por la tarde-noche, y a mí me pareció una buena idea. Nos habíamos pasado toda la mañana preparándolo todo.

Adela, mi madre y mi abuela, habían estado preparando tapas, tanto frías como calientes, todo estaba riquísimo. Mi madre era la que peor lo llevaba, los nervios le salían hasta por las orejas, como ella decía.

—Venga, todas a sus puestos, y como dicen en el teatro, «mucha mierda». Vamos, vamos, que estoy que me salgo, estoy peor que el día que perdí mi

virginidad —nos soltó Irina.

—Madre mía, Irina, que no necesitamos tanta información —le soltó mi abuela entre risas.

—Yo no es por meter palos en la candela, pero aún se pone nerviosa.

—Oye Juanra, no me hagas contar cositas, eh, que tú tienes más que callar.

Juanra se echó a reír, mientras se metía dentro de la barra para echarme una mano.

Los nervios se fueron pasando, Nicolás se empeñó en echarnos una mano, así como, Raúl, Toño y mis compañeras del local de copas. La verdad es que nos vino muy bien.

Una de las veces que entré en la cocina, me encontré a mi madre llorando.

—Pero mamá, ¿por qué lloras ahora? Todo está saliendo muy bien, no ves que los platos que entran están todos vacíos.

—Hija, si no es por eso, si estoy contenta, estoy llorando porque si tu padre viera dónde estoy metida y lo contenta que estoy, seguro que estaría orgulloso.

—Ay, mamá, seguro que estará mirándote desde donde esté, todo orgulloso, se alegrará de verte bien. Anda, ven aquí, que te dé un achuchón.

—Perdóname, hija —me dijo mientras me daba un abrazo.

—Anda ya mamá, si yo lloro más que tú y no pido perdón.

—Dafne, sal de la cocina y ponte a trabajar, o tendré que despedirte.

—Irina, no eres más capulla porque no te entrenas. —La empujé hacia fuera, riéndonos—. Solo entré a ver qué le pasaba, porque la he visto todo el día contenta.

—Es por tu padre, ¿a que sí? —asentí con la cabeza— Es normal niña, es un día muy especial para todos nosotros.

—Eso ya lo sé, ¿quién iba a imaginar que pasaríamos de ser empleadas a ser dueñas, verdad?

—Tú no, guapa, pero yo lo tenía muy claro. Anda venga, vamos a seguir.

—No puedo contigo, en serio.

—Dafne, otra cosita, ¿cuándo les vas a decir que son mis socias?

—Pues cuando terminemos, si no a mi madre le va a dar un telele, no hace nada más que llorar, pues imagínate cuando se lo diga.

—Estoy que me subo por las paredes de los nervios, estoy deseando que llegue la hora de cerrar, no va a ser la única que llore.

—Ja, ja, ja, si lo dices por mí, pues sí, voy a llorar, aún me quedan lágrimas.

—¿Quién va a llorar aquí? —dijo Toño, agarrándome de la cintura.

—Esta de aquí. —Le di un empujón a Irina, por lo que había soltado—. Ay, que me tiras *jodía*. Toño, ya lo verás cuando llegue el momento.

—Me temo que me lo voy a perder, porque he venido a despedirme y daros las gracias, la verdad que ha estado todo muy bien.

—Gracias por venir, me ha dado mucho gusto volver a veros, a todos, pero en especial a ti.

—Si ya decía yo que al final te enamorabas. —Me dio un abrazo de esos que te reconfortan—. Con lo que sufre mi corazón por ti.

—Al final, me voy a creer que es verdad, no me lo digas más.

—Te voy a hacer una confesión, desde que te vi el primer día, Cupido me dio de lleno, pero tú nunca lo has sabido ver.

—¡Hostias Toño! —gritó Irina— Eso sí es una confesión, pero ha llegado tarde.

—Lo sé, solo espero que del que se enamore, la quiera bonito.

—Bueno, ya está, que yo sigo aquí.

Me despedí también de Raúl y de mis chicas, prometiéndoles que iría a verlos un día de estos.

Capítulo 20



Había sido una tarde-noche muy productiva, todo había salido bien. El bar se llenó de clientes y, hubo un momento, que en la cocina se llegaron a saturar, pero Adela, que era la más experimentada, supo manejar la situación sin problemas.

Mi hermana llamó un par de veces para ver qué tal nos iba, con su reciente parto, pues no pudo acompañarnos.

—Menos mal que ya terminó todo —nos dijo Adela saliendo de la cocina —, ahora nos toca disfrutar a nosotras, que nos lo hemos ganado con creces.

—Hacía tiempo que no me sentía tan feliz —dijo mi madre con una sonrisa—. Todo esto os lo debo a vosotras; a mi suegra, esa mujer que siempre ha estado a mi lado, soportando todo lo que ha venido. A mi hija, que ha dejado de lado sus estudios y su propia vida para ayudarnos a salir adelante a su hermana y a mí, junto con la abuela.

—Leonor, no hemos hecho nada extraordinario, simplemente lo que cualquiera haría —respondió mi abuela dándole un abrazo—. Ahora lo que

tienes que hacer es disfrutar de la vida, tal como le hubiera gustado a mi hijo.

—No quiero llorar, pero tengo una sorpresa que daros, a ambas —dije sosteniendo la carpeta en la mano—. Esto de aquí —empecé a cambiar la carpeta de una mano a otra—, es un regalo que yo os quiero hacer. Primero, porque os lo merecéis, aguantarme a mí tiene tarea, quizás haya sido un poquito, solo un poquito orgullosa. —Se echaron a reír—. Pero que sepáis, que todo lo que he hecho ha sido de corazón.

—Hija, no digas tonterías, si alguien tiene que agradecer algo soy yo.

—Espera un momento, mamá, aún no he acabado. Estos papeles son los que te hacen socia a ti y a la abuela de Irina, esto es para vosotras.

Irina se puso a aplaudir como una loca, mi madre y mi abuela, se quedaron mudas, vinieron hacia mí dándome un abrazo.

—¿Pero hija, cómo se te ocurre?

—Ni hija ni nada, venga como ha dicho Adela, nos toca disfrutar. Cerrad la puerta con candado, ja, ja, ja. Yo echo unas cervezas y tú, Irina, entra en la cocina a por las bandejas que están ahí apartadas.

Me metí dentro de la barra, estaba de espaldas cogiendo los vasos, mientras repasaba mentalmente todo lo bien que nos había ido.

—¿Para mí también hay cerveza? —Esa voz, la reconocería en cualquier lugar—. O ¿tengo que ir a otro lugar a bebérmela?

—Sí, claro, ahora mismo te la pongo.

—Hola, Dafne, ¿cómo estás?

—Hola, Héctor, bien, no me puedo quejar.

—¿Y ya está? Eso es lo único que le vas a decir, por Dios, Dafne, sal y dale un abrazo, las dos sabemos que lo estás deseando.

Cierto, lo estaba deseando, pero ahí estábamos mi orgullo y yo, ese que se apoderaba de mí cuando menos hacía falta.

—Está bien, Irina, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe? Pues claro que lo hago.

—Irina, déjalo ya —le pidió Juanra, cogiéndola del brazo.

—No, no lo dejo, ¿sabes por qué?, pues yo te lo voy a decir. Llevo más de seis meses viéndola llorar, viendo a su madre y a su abuela, sufriendo en silencio, por no contar lo de este —dijo señalando a Héctor—. Otro que tal baila, criticamos el orgullo de una, y al final resulta que son tal para cual.

Madre mía, cómo se puso, yo seguía detrás de la barra y Héctor por fuera mirándome, todos los demás escuchando boquiabiertos.

—Bueno, basta ya —dijo mi abuela—, cada uno a hacer lo que estaba haciendo. Tú y tú —nos señaló a Héctor y a mí—, coged ahora mismo esa puerta e iros, tenéis mucho de lo que hablar. No vuelvas a casa hasta que no hayas solucionado las cosas, sea para bien o para mal.

—Pero, abuela…

—Ni abuela ni nada, ya está bien, Dafne, compórtate como una adulta, no como una niñata.

—Ole, ole, ole, esa es mi abuela, con dos ovarios —le dijo Irina aplaudiendo.

—Tú a callar, no quieras salir también escaldada.

Las carcajadas se hicieron notar, hasta yo me tuve que reír cuando Irina se dio media vuelta con la cara blanca. No dije nada más, cogí mi bolso, la cazadora y salí por la puerta.

No sabía qué decirle, no me salían las palabras. Él tampoco dijo nada. Me cogió de la mano y llevó hacia su coche, cuando me quiso abrir la puerta, no le di tiempo, me subí cerrando de un golpe.

—La puerta no tiene culpa de nada —me dijo cuando entró en el coche—. Dafne, vamos a mi casa. —Mi cabeza giró hacia él a la velocidad de la luz —. No me mires así, tenemos mucho de lo que hablar.

No volvió a decir una palabra, solo lo observaba de reojo. Estaba tan guapo, cómo lo había echado de menos. No la iba a cagar, no podía hacerlo, estaba rezando mentalmente para que no saliera mi orgullo.

—Ya hemos llegado, ¿vas a tirar la puerta abajo o la abro yo?

—No te preocupes, ya la abro yo. —Y eso hice, me bajé del coche y la fui cerrando muy despacito, pero con una sonrisa en la cara al escucharle resoplar.

—Muy graciosa, anda, vamos.

Otra vez me volvió a coger de la mano, tiró de mí para que caminara, pues me quedé mirando su mano entrelazada con la mía. Nos montamos en el ascensor, su semblante era serio, no podía dejar de mirarlo, estaba tan guapo, ¿qué estaría pensando? ¿En besarme?, porque eso era lo que yo deseaba que hiciera.

Salimos del ascensor, me soltó la mano para abrir la puerta, y en ese momento sentí un vacío que no sé cómo explicar.

—Pasa, como si estuvieras en tu casa. —Soltó las llaves en la mesita que tenía en el recibidor, según iba andando iba quitándose la cazadora—. Voy a preparar algo de cena.

—No tengo hambre, gracias.

—Dafne, no empieces, por favor. Ibas a hacerlo cuando yo llegué, no vayas a empezar a sacar el orgullo.

—Y tú no vayas a empezar a decir tonterías. —Se acercó a mí, mirándome con una sonrisa.

—¿Puedo darle un abrazo a mi pequeña orgullosa?

—Puedes darme los que quieras. —Ahí ya no pude más, y rompí a llorar —. Te he echado mucho de menos, te quiero tanto, siento mucho todo lo que ha pasado.

—No llores, que me parte el alma verte así. Yo también te he echado de menos, no te haces una idea de lo mucho que te quiero.

En ese instante, las palabras sobraban; simplemente nos fundimos en un beso cargado de emociones, un beso que expresaba todo lo que nos habíamos echado de menos.

Me cogió en brazos, llevándome a la habitación. Cuando entramos, se dirigió directamente a la cama y me recostó, sin apartar la mirada de mí. En silencio, empezó a desnudarme, dejando un rastro de besos en cada parte de mi piel que iba revelando.

—Héctor espera, tenemos mucho de lo que hablar.

—Lo sé, pero eso será después de que te coma entera. He esperado mucho tiempo para tenerte entre mis brazos, no sabes lo que me ha costado, no decirte nada cuando te veía.

Iba a abrir la boca para hablar, pero no me dejó. Aprovechó para que nuestras lenguas hablarán por nosotros, su mano iba recorriendo mi cuerpo, ese que se estremecía con cada roce.

Eran tantas las ganas que nos teníamos que no se entretuvo con preliminares. Directamente, se puso un preservativo y, sin dudarlo, me penetró mientras nos mirábamos a los ojos. No os podéis imaginar lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Te quiero, pequeña. —Esas fueron sus palabras al mismo tiempo que se vaciaba dentro de mí.

Nos quedamos abrazados, no quería que me soltara, pero teníamos que hablar.

—Te pido perdón, perdón por haberme comportado de la manera que lo he hecho, y ahora explícame eso de que me veías y no me decías nada.

—Hace tres meses que regresé. Necesitaba despejarme, pensar, pero que sepas que todos los días tenía noticias tuyas, aunque déjame decirte que no todas han sido buenas.

—No lo sabía, Irina nunca me dijo nada.

—Se lo prohibiste, ella me lo contaba todo, como que no preguntaste por mí en ningún momento, eso es lo que más me dolió.

—Quería olvidarme de ti. Me dolió que no lucharas por nosotros, que dejaras que me fuera de aquella manera.

Se puso encima de mí, agarrándome las manos por encima de mi cabeza.

—Dafne, te lo pido por favor, no quiero tocar ese tema. Si no fui detrás de ti, fue porque me estaba superando la situación, por más que quería entenderte, no supe por dónde cogerte. —Iba a contestarle, pero empezó a besarme.

Capítulo 21



—Te espero en la cocina, no me moveré de ella hasta que no comas algo.

—Pues te advierto que te puedes aburrir.

—Dafne.

—Que sí, que ya voy, pesado. —Me levanté de un salto y me fui detrás de él.

Le dije que no quería comer mucho, pero su respuesta fue que necesitaba coger energías.

—No sé por qué tendría que coger energías a estas horas de la noche, total si no me voy a ir muy tarde.

—¿No te lo he dicho?

—¿Qué es lo que me tenías que decir?

—Pues que esta noche duermes aquí, no he terminado contigo, en ningún sentido de la palabra.

Me dio la espalda riéndose por la cara que había puesto, en realidad no quería irme, lo había echado mucho de menos. Me prometí a mí misma dejar de ser tan orgullosa, al menos con él.

—¿Te apetece un sándwich de pollo o prefieres otra cosa?

—Eso está bien, no te preocupes.

Mientras él lo preparaba, yo fui a la nevera para coger dos cervezas, le ofrecí una a él y me senté en un taburete.

—¿Me vas a contar qué es lo que has hecho en todo este tiempo?

—¿No dices que lo sabes todo? —Me miró con una cara que mejor me hubiera quedado callada—. Vale, perdona, pues no he hecho nada especial, la verdad sea dicha, bueno, una cosa sí, he hecho las paces con Gisela.

—Me alegro mucho por las dos, no hay nada mejor que llevarse bien con la familia. —Me levanté para darle un abrazo, bien sabía lo mal que lo había pasado por lo de su familia—. ¿Estás estudiando algo?

—No quiero hablar de ello en estos momentos, he vuelto a trabajar con Arturo, pero tampoco quiero hablar de ello. Venga, vamos a comernos esto

que tengo que coger energías. —Soltó una carcajada mientras dejaba el plato sobre la barra.

Cenamos, aunque para mí ya era un poco tarde, aunque el hambre no tiene horarios, ¿verdad? La cena transcurrió en silencio, pero nuestras miradas hablaban por sí solas; estaba tan guapo que me daban ganas de lanzarme a sus brazos. Una vez que terminamos de cenar, nos fuimos al salón, donde me sirvió una copa y comenzó a contarme que había comprado un nuevo hotel en Roma durante ese tiempo.

—Me alegro mucho por ti, seguro que es precioso.

—No tanto como tú, pero sí, es precioso. Dentro de unos días tengo que volver, vente conmigo Dafne. Podríamos irnos mañana.

—Me encantaría ir, allí fue donde mis padres disfrutaron de su luna de miel.

Se levantó a recoger lo de la barra, iba a hacerlo yo, pero me dijo que me quedara donde estaba, la verdad que no me negué, estaba bastante cansada.

Me sentía un poco rara, como si todo lo que había pasado entre nosotros no le afectara en absoluto, actuaba con total normalidad. Me hacía gracia pensar que, si la situación hubiera sido al revés, yo habría montado la de San Quintín, tal y como dijo mi abuela. Así que me dejé caer en el sofá, escuchando el ruido que hacía en la cocina, y poco a poco el sueño comenzó a apoderarse de mí.

—Ya estoy aquí, se te nota cansada. —Me levantó las piernas para sentarse y las puso encima de las suyas—. Quería proponerte algo, y espero que la respuesta sea un sí.

—Que no sea difícil y te la contestaré. —Me miró aguantándose la risa—. Te lo digo en serio, estoy deseando coger la cama.

—¿Quieres repetir? Por mí no hay ningún problema.

—Venga, dispara de una vez. —Me levanté y me senté a horcajadas sobre sus piernas—. Estoy esperando.

—Ven a vivir conmigo, Dafne. Espera, no digas nada —no me dejó ni un segundo para responder—, solo dime que sí.

—A ver, primero me pides que no hable y luego me dices que te diga que sí, entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme en silencio o decir algo? Aunque, para ser sincera, mi respuesta es sí.

—Pero solo te pongo una condición —le miré sin pestañear, ya no me estaba gustando un pelo—, quiero que vuelvas a estudiar.

—Otro, pero bueno, por qué os ha dado a todo el mundo en insistirme en que me ponga a estudiar.

—Todo el mundo, no, solo la gente que te quiere y se preocupa por ti. Si no quieres estudiar, ¿qué era magisterio? —asentí—, pues estudia otra cosa,

por ejemplo empresariales o turismo.

—Lo pensaré, pero no ahora que con el sueño que tengo no puedo hacerlo. Antes de acostarme me gustaría darme una ducha, si no te importa, claro.

—Es tu casa, puedes hacer lo que quieras.

—¿Lo que quiera?, pues pensándolo bien, me darían un buen dinero por ella.

—Muy graciosa. Venga, vamos a darnos esa ducha.

Me cogió de la mano y me guio hacia el baño. Al cruzar la puerta, comenzamos a desprendernos de nuestra ropa, mientras él me miraba con esos ojos tan bonitos que tiene. Fue él quien entró primero, para asegurarse de ajustar el agua a la temperatura perfecta.

No recordaba lo reconfortante y satisfactorias que eran las duchas junto a él, ni siquiera los baños que me daba mi madre cuando era niña. A medida que me enjabonaba, me sentía realmente especial; lo hacía con tanto cuidado y cariño que, incluso bajo el agua, mis ojos se cerraban.

Si la ducha me gustó, no os podéis imaginar a la hora de secarme. Que lo hagan con ese cariño, que vayan dejando un beso tras otro por todo tu cuerpo, en ese momento me estaba sintiendo la mujer más especial del mundo.

—Héctor, no tengo ropa de dormir, ya es la segunda vez que me pasa.

—Así estás perfectamente.

—Pero no me gusta dormir desnuda.

—¿No?, pues te recuerdo que la primera vez que lo hiciste fue desnuda, hasta que saliste como una ladrona.

—Vaya, ya estabas tardando en recordármelo.

—Estaba bromeando, pero si no te sientes cómoda, te puedo dejar una camiseta y un bóxer, hasta ahora no me ha dado por usar braguitas.

—Muy gracioso, está bien, con eso me vale.

Me puse lo que él me había dejado, no tenía otra opción. Nos metimos en la cama, y él me abrazó por detrás, poco a poco mis párpados se volvían más pesados. No quería dormirme, porque quería alargar esta sensación de sentirme protegida entre sus brazos. Finalmente, uno de mis sueños se estaba cumpliendo: estar así, tan cerca de él. Y eso sería así todas las noches, a partir de ahora.

Me desperté y aún no había amanecido, no sabía qué hora era. Me di la vuelta y ahí estaba él, me acomodé para observarlo, se veía tan relajado, tan guapo. Llevé mi mano hacia su cara, le acaricié la mejilla despacio, no quería que se despertara, la tentación en mí pudo más que la prudencia.

Me acerqué más a él y me atreví a pasar mi lengua por sus labios, sentí una mano en una de mis nalgas acercándome a su cuerpo.

—¿No puedes dormir?, aún es de noche.

—Ya dormí lo suficiente.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Dafne? La que yo conozco duerme más que una marmota.

—Eso era antes por el cansancio, trabajaba demasiado, y eso mi cuerpo lo notaba. Ahora voy a demostrarte que estoy descansada.

—Sorpréndeme, porque contigo nunca se sabe qué es lo que pasará.

Me subí encima de él, poniéndome a horcajadas, y me acerqué a su cuello, dejando que mi lengua lo recorriera. Pude sentir cómo su cuerpo reaccionaba ante el contacto, así que le sonreí mientras continué bajando por su pecho con mi lengua. Al mismo tiempo, empecé a frotar su pene, notando cómo se iba endureciendo con cada movimiento.

—Dafne, no se te ocurra parar.

—No pensaba hacerlo, tranquilo.

Seguí con lo que estaba haciendo, le di un pequeño mordisco en uno de sus pezones, lo que provocó que soltara un gruñido. Luego, seguí bajando hasta llegar a la cinturilla de su bóxer, que fui deslizándola hacia abajo con una mano, mientras con la otra acariciaba su pene de arriba abajo. Cuando finalmente se deshizo del bóxer, su miembro se izaba justo frente a mi boca, y sin pensarlo, pasé mi lengua por la punta, recogiendo una gota de su esencia. Después, le di un suave mordisquito y abrí la boca para poder recibirlo por completo.

Sentirla dentro de mi boca estaba haciendo que me fuera humedeciendo cada vez más. Cuando terminé de deleitarme con su miembro, no le dejé hacer nada; simplemente me coloqué encima de él y empecé a descender lentamente, sintiendo cómo entraba en mí, centímetro a centímetro, hasta que me llenó por completo.

Me sentí increíblemente poderosa en ese instante, un instante que él aprovechó para acariciar mis pechos con sus manos mientras compartíamos un beso apasionado.

Capítulo 22



—Dios, lo que me he perdido todo este tiempo. —Me miró con la ceja arqueada soltando una carcajada.

—Tú eres la única culpable, ahora te vas a enterar de lo que te estabas perdiendo.

Me dio la vuelta, poniéndome a cuatro patas, me agarró de las caderas y comenzó a embestir, una y otra vez. No podía contener los gritos cada vez que llegaba a lo más profundo de mi ser. Con dos embestidas más, alcanzamos el clímax, corriéndonos corrimos los dos a la vez.

Nos quedamos abrazados hasta que el sueño nos volvió a vencer.

Habían transcurrido cuatro horas desde que nos quedamos dormidos de nuevo. Me desperté sintiéndome muy feliz y, mientras desayunábamos, comenzamos a charlar sobre la idea de ir a mi casa a recoger algunas cosas. Hablamos de cómo contarle a mi familia que íbamos a vivir juntos, pero lo que más nos emocionaba era que ese mismo día nos íbamos a Roma.

—Estás loco, ¿cómo nos vamos a ir, así como así, a Roma?, dijiste en unos días.

—Nos vamos en avión, no así como así.

—Eso ya lo sé, no te hagas el gracioso, me refiero el mismo día, me dijiste que me llevarías, pero no tan rápido.

—Uno que cambia de opinión, venga, vístete que nos vamos para tu casa, a las cuatro tenemos que estar en el aeropuerto.

—Pero, Héctor, yo no estoy a tu altura —me miraba sin entender—, me refiero que tú sabes de la vida más que yo, y a eso hay que añadirle el estilo que tienes vistiendo.

—Eso son tonterías tuyas, no vayas a empezar ya, te lo advierto. Tú vistes muy bien, y yo te quiero igual —Me guiñó un ojo.

—Es que estoy nerviosa, nunca me he montado en un avión.

—Pues hoy lo vas a hacer, te encantará. Venga, vamos a tu casa.

Estaba contenta y nerviosa a partes iguales, quién me iba a decir que el hombre que me enamoró desde el primer momento que lo vi, volvería a por mí. De vez en cuando me cogía la mano y me la apretaba, bien sabía él que mis nervios no solo eran por el volar, sino por esa convivencia juntos.

Aparcamos en la misma puerta, eso sí había sido una suerte, pues era muy difícil encontrar aparcamiento en mi barrio.

—¿Crees que en mi casa se lo tomaran a mal?

—Para nada, todos lo sabían, la única que no tenía ni idea eras tú.

—Espera un momento, ¿me estás diciendo que mi familia sabía que me lo ibas a proponer?

—Pues claro, dejaste bien claro que no querías saber nada más de mí, y necesitaba saber qué opinaban ellas.

—La madre que me parió, me están dando ganas de mandarte por donde amargan los pepinos —le dije abriendo la puerta del coche.

—Ja, ja, ja, no te enfades mujer, tu orgullo te cegaba.

Ni lo esperé, seguí andando, mientras le escuchaba decir que lo esperara, riendo.

Abrí la puerta de casa, sabía que solo estaría Gisela con la niña, no quise hacer ruido por si estaba dormida, pero me equivoqué.

—Hola, hermana. —Me acerqué a ella a darle un beso y coger a mi sobrina—. Pero qué guapa estás *jodía*, ven que te voy a presentar a tu tío.

—Hola, Gisela —saludó a mi hermana con un beso y un abrazo—, veo que en esta familia solo hay niñas guapas, veremos a ver qué pasa cuando se haga mayor.

—Hola, Héctor, para eso queda mucho aún, solo espero que no me dé dolores de cabeza como hice yo.

— Hermana, quién se acuerda de eso ya.

—Yo, Dafne, que te las he hecho pasar muy putas.

—Esa lengua jovencita, no querrás que tu hija sea lo primero que aprenda.

—Anda ya, te he preparado las maletas con tu ropa, bueno de momento una, así me lo pidió Héctor.

A cuadros así me quedé cuando me lo dijo, pero bueno, me cabreé con él una vez por manejar mi vida, y ya estaba haciéndolo otra vez, mal íbamos a empezar ya.

—No me mires así, lo he hecho para que puedas despedirte de tu madre y tu abuela, Gisela, ¿vienes con nosotros?

—Sí, claro, estoy esperando a Enrique.

Cómo me alegraba por ella, había encontrado un hombre que la quería de verdad, tanto a ella como a Carmen, que fue lo único bueno que hizo el

desgraciado.

—Pues venga, vámonos que al final se nos hará tarde.

Cogió una mini maleta, y cuando miré hacia mi hermana, se encogió de hombros riendo.

Estaba superada, todo se me estaba viniendo de golpe, pero me molestaba que todos sabían los planes de Héctor, todos menos yo. Me iba a callar, no quería estropear todo lo bonito que me estaba pasando.

—Daría lo que fuera por tus pensamientos —me dijo mientras íbamos hacia el bar para despedirnos de mi familia—, no te preocupes por nada, ¿vale?

—No es eso Héctor, solo que de la noche a la mañana parece que todo está bien, que todo vuelve a estar en su sitio, todo menos mi padre.

—Has pasado mucho, responsabilidades que no te correspondían aún, pero ya es hora de que disfrutes, pero sobre todo que vivas la vida.

No dijimos más durante el camino, volví a mirar por la ventanilla en silencio. Veinte minutos más tarde, llegamos al bar, era casi la hora de comer, por lo que aún no estaba lleno del todo.

Me quedé en la puerta observando a mi madre, se la veía bien, jamás olvidará a mi padre, de eso estoy segura, al igual que ninguna de las

mujeres de mi casa lo haría, pero me hacía feliz verla vivir y sonreír, que al menos fuera la mitad de lo que era antes.

—Hola, hija. Vienes a despedirte. —No era una pregunta, sino una afirmación—. Ven, siéntate aquí, que quiero hablar contigo.

—Mamá, no quiero llorar, avisada estás.

—Hija, quiero darte las gracias. —Me hizo un gesto para que la dejara hablar—. Gracias por todo lo que has hecho por nosotras, sacrificando todos tus sueños. Estoy segura de que a partir de ahora todo te irá de maravilla, así que disfruta de todas las cosas buenas que ya te están sucediendo y de lo que está por venir.

—Mamá, que solo me voy unos días, parece que no me vas a ver en años.

—Bueno, quien dice unos días, dice algo más, ¿verdad yerno?

—En principio, así será, unos días, después, ya veremos.

—Pero ¿por qué soy la última en enterarme siempre? Me estoy cansando de que no me incluyáis.

—Cualquiera lo hace, si te pones hecha una energúmena. —Ya estaba mi amiga echándome flores como siempre—. Me alegro por ti, ojalá fuera yo la que se fuera a Roma.

—Puedes ir cuando quieras, seguro que Juanra va más de lo que te imaginas

—¿Qué estás insinuando?

—Nada hija, no le hagas caso, ya sabes cómo es. Venga, ponte a trabajar, que el que seas una de las jefas no te da derecho a perder el tiempo.

—Puff, Dafne, ya me estoy arrepintiendo de que estén aquí estas dos mujeres, no me dejan ni resoplar, no es justo.

Las carcajadas que soltamos hicieron que los clientes que había se quedaran mirando, mi amiga era un caso, pero se la quería mucho.

Mi abuela se acercó a nosotros con algo de picar, me dio un beso en la cabeza y luego se fue a la cocina. La verdad es que se la veía feliz, y eso me llenaba de alegría. A ella sí que tenía mucho que agradecerle, no puedo imaginar qué habría sido de mí sin su apoyo.

Mi hermana no tardó en llegar junto a Enrique y se sentaron con nosotros. Ellos se pusieron a charlar de sus trabajos, mientras que mi hermana me animaba a disfrutar al máximo, diciéndome que no me preocupara por nada más que por mí misma.

—Tenemos que irnos pequeña —me dijo Héctor en el oído—, Juanra, ya está esperándonos fuera.

—¿Ya, tan pronto?, pero si aún no son ni las tres, ¿Juanra?, pero si hemos venido en coche.

—Lo sé, pero no quiero ir corriendo al aeropuerto, el coche se queda aquí, allí tengo otro esperándonos.

—Venga hermanita, que sé lo que se te está pasando por la cabeza.

—Nada, no se me está pasando nada, qué poca fe tenéis en mí.

Me levanté y fui para la cocina, al entrar me encontré a esas tres mujeres hablando de mí.

—Os pillé, ¿qué soy, tema de conversación mientras cocináis?

—Hija, no seas mal pensada, le decía a tu madre y a tu abuela, lo bien que te iba a ir todo a partir de ahora.

—Eso espero Adela, porque estoy cagada de miedo.

—Anda ya tonta, verás como te va bien —me dijo mi abuela dándome un abrazo—. Venga que no quiero llorar, despídete y vete.

Me fui hacia Adela a darle un abrazo y las gracias por todo lo que me había ayudado, era como otra abuela para mí, cuando llegó el turno de mi madre, no podía hablar.

—No vayas a llorar, que nos conocemos. Disfruta al máximo, mi vida. Disfruta de todo lo bonito que te ofrece ese hombre, que con solo mirarte se nota cuánto te ama. Y por lo que más quieras, Dafne, deja a un lado tu orgullo.

—Venga, dejaros de tonterías que me toca a mí. —Así entró Irina en la cocina, como un torbellino—. Te voy a echar mucho de menos, menos mal que con Juanra será un poco menos.

Nos reímos todas, desde luego que Irina tenía un don para alegrar el ambiente.

—Yo también a ti, cuídalas mucho —le dije mientras la abrazaba.

Salí de la cocina con lágrimas en los ojos. Nos despedimos de mi hermana y Enrique y salimos para afuera. Héctor me llevaba de la mano, sabía que no lo estaba pasando bien en ese momento, si hago memoria, fue la primera vez que me separé de ellas desde que habíamos perdido a mi padre.

Capítulo 23



Al llegar al aeropuerto, mis nervios iban a más, podéis pensar que era tonta, pero eso de no haber viajado nunca me daba mucho yuyu, aunque he de confesar que estaba muy contenta por hacerlo junto a él.

Mientras llegaba la hora del embarque, estuvimos tomando un café y hablando de todo lo que haríamos una vez que llegáramos a Roma, había veces que al escucharlo era como si hablara en chino, no le decía nada, pero lo escuchaba ensimismada.

Llegó el momento de abordar el avión y, para mi sorpresa, me dejó hacerlo en el asiento junto a la ventanilla, porque no quería que me perdiera ni un instante del despegue. Me sorprendió mucho lo bien que me porté, incluso llegué a pensar que lo iba a pasar mucho peor. Sin embargo, esa sensación de elevarme en el aire fue tan liberadora que sentí como si realmente tuviera alas. Se lo comenté a Héctor, quien no pudo evitar reírse ante mi comentario.

—Eres única, si no fuera por…

—Dilo, no te cortes, si no fuera por mi orgullo.

Me puse a mirar por la ventanilla, sin perderme detalle, mientras él me cogía la mano sin soltarme en ningún momento. Incluso hubo un momento que me quede adormilada.

—Dafne, despierta y abróchate el cinturón.

Al volver a mirar por la ventanilla. vi que estábamos a punto de aterrizar y no me quería perder nada; me sentía como una niña con zapatos nuevos.

Recogimos nuestras maletas y nos dirigimos hacia la salida. Justo antes de llegar a la puerta, vi a un hombre que miraba hacia nosotros sonriendo.

—Héctor, ese hombre nos está mirando y sonriendo. —Se paró, me miró, y soltó una carcajada que no le había escuchado antes—. ¿Qué?, deja de reírte, que nos está mirando todo el mundo, y eso me está poniendo nerviosa.

El hombre en cuestión se acercó a nosotros mientras Héctor seguía riendo sin parar.

—Bienvenido, Héctor, ¿qué tal el viaje?

—Hola, Stefano —se saludaron con un abrazo—, el viaje bien, esta es mi prometida. Dafne.

—Encantado, Dafne, es un placer por fin conocerte.

—Lo mismo digo. —Stefano estaba de muy buen ver, alto, moreno, con unos ojos color miel, no sé por qué me daba en la nariz que me iba a llevar bien con él.

Seguimos a Stefano hasta el coche, me estaba encantando todo lo que estaba viendo. Estaba deseando poder salir y ver todos esos maravillosos lugares, empezando por la Fontana de Trevi.

Héctor iba charlando con Stefano, quien, por cierto, era el gerente del hotel y un buen amigo de mi prometido. Un momento, ¿he dicho «prometido»?, y él, ¿ha dicho «prometida»? ¿Desde cuándo? Madre mía, creo que el volar me está afectando.

Al llegar al hotel, mi prometido se bajó del coche y me abrió la puerta con una sonrisa, la misma que me salió a mí con ironía. Entramos juntos, y él saludó a la chica de la recepción antes de continuar nuestro camino hacia el ascensor.

—Espera, ¿a dónde vamos?

—A la habitación, ¿dónde si no?

—Pero ¿cómo vamos a entrar? No has cogido ninguna llave, ¿y las maletas? Otra cosa, ¿qué es eso de que estamos prometidos?, ¿desde cuándo?

Se paró, me agarró de los hombros, y me miró con esa sonrisa que me volvía loca, pero no en ese momento.

—Dafne, deja de hacer tantas preguntas, necesito una copa y una ducha.

¿Que deje de preguntar? Eso no se lo creía ni él. Nos montamos en el ascensor en silencio, mi cabeza no dejaba de hacerse preguntas, me estaba volviendo loca. Al abrirse las puertas, me cogió de la mano, abrió la habitación y me quedé con la boca abierta.

—¿Esta es tu habitación? ¡Qué pasada!, me quedo muerta.

Era un lugar impresionante; al entrar, te encontrabas con un amplio salón y a la derecha había una pequeña cocina abierta. Contaba con dos habitaciones con baño privado. La habitación principal era tan espaciosa que podría perderme en su enorme cama. Cuando entré en el baño, me quedé asombrada al ver la bañera; definitivamente tenía que probarla, sí o sí.

—¿Hay más como esta?, esto parece un piso, en lugar de una habitación de hotel.

—Esta planta es solo mía, está recién reformada. Si te has dado cuenta nadie puede subir en el ascensor, solo el servicio de habitaciones, y yo.

—Héctor, ¿desde cuándo somos prometidos? —Se pegó a mí agarrándome la cara con las dos manos.

—Desde el momento que regrese a por ti, porque hoy en día eres mi prometida, pero no tardarás mucho en ser mi mujer.

—No pienso llorar que lo sepas, y mucho menos hacerme ilusiones.

—No quiero que llores, al contrario, quiero que sonrías siempre, pero sí que te hagas ilusiones, porque es lo que pasará entre nosotros. Te quiero y eres la mujer que quiero en mi vida. Ahora, señorita, tú y yo vamos a darnos una ducha antes de cenar.

—Pero una ducha, que ya te voy conociendo.

Entramos en el cuarto baño y comenzamos a desnudarnos mutuamente mientras nos besábamos apasionadamente. Una vez el agua nos rodeó, le mordí el labio inferior, y él, en respuesta, me dio un azote en el culo, aprovechando para apretarme contra él. Me encantaba sentirlo de esa manera.

Nuestras manos recorrían cada rincón de nuestros cuerpos, sin dejar de besarnos. Bajó su mano y la deslizó hacia mi entrepierna, penetrándome con dos dedos, me tenía totalmente excitada, era el efecto que provocaba en mí solo con verlo desnudo.

—Ponte de espaldas y con las manos apoyadas en la pared. —Hice lo que me dijo. Cuando me coloqué lo miré por encima del hombro mordiéndome el labio inferior.

—Métela de una vez, no quiero romanticismo, sabía yo que esto no era solo una ducha.

—Mmm, eso me gusta más.

No hizo falta añadir nada, me cogió de las caderas y me penetró de una estocada hasta el fondo. Si no llega a ser por mis manos, juro que me hubiera partido los dientes, salía y entraba una y otra vez, volví mi cabeza mordiéndome el labio.

—Me voy a correr, Héctor.

—Hazlo pequeña, córrete.

No hizo falta que dijera más, me corrí entre gritos para acto seguido seguirme él.

—Me vuelves loco —me dijo cuando empezó a enjabonarme otra vez.

—Pues mal asunto, que sepas que cuando te internan te vuelves más loco aún.

—Muy graciosa, ¿te apetece que salgamos un rato?

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca, ya estaba pensando que solo me habías traído hasta aquí para tenerme encerrada en la habitación.

—¿Cómo me puedes decir eso? Venga, arréglate que nos vamos.

—No sé lo que me habrá echado Gisela, recuerda que hasta la maleta me la han preparado.

—Con cualquier cosa estarás guapa, aunque a mí me gustas más como estás ahora: desnuda.

Le di un manotazo en la mano y me fui a vestir. Abrí la maleta, y solo veía vaqueros, bueno tampoco es que tuviera más ropa, nunca me hizo falta.

—Héctor, no podemos salir.

—¿Y eso por qué? Si me habías dicho que sí.

—Joo, es que no tengo ropa, mira cómo vas tú y cómo voy yo.

—Dafne, te lo pido por favor, no seas boba. —Se acercó a mi maleta, sacó unos vaqueros y una camiseta blanca, y me los dio—. Toma, ponte esto, y mañana saldremos a comprarte ropa.

No dije nada, solo me vestí con lo que me había dado. Me sentía mal, no por mí, sino por él. Entré en el baño, me recogí el pelo en una coleta, unos pellizquitos en las mejillas y lista para salir.

—Estás preciosa, «no tengo nada que ponerme». Te voy a llevar a cenar a un sitio que te vas a chupar los dedos.

—No me mientas, que no he podido ni maquillarme.

—Dafne, vámonos.

Bajamos en el ascensor en silencio, lo miraba de reojo y resoplaba. No me sentía a gusto conmigo misma, ya que hacía mucho tiempo que no me preocupaba por mi apariencia.

—Te prometo que estás preciosa —me dijo, dándome un beso.

Cuando las puertas se abrieron, él salió primero agarrándome por la cintura.

—¿Vamos en coche o andando?

—Vamos paseando, tengo que presumir de prometida

—Menuda prometida tienes, dentro de tres días te arrepentirás.

—Qué poco me conoces, pero ya lo irás haciendo.

A medida que avanzábamos, iba saludando al personal que se cruzaba en nuestro camino.

—Qué jefe más atento, por favor.

—Me gusta tratar bien a mis empleados, pero no es ser atento, es ser educado.

Salimos del hotel, y nos fuimos dando un paseo, cogidos de la mano, sin prisas, disfrutando de todo lo que nos rodeaba.

—¿Dónde te apetece ir?

—¿Me lo estás diciendo en serio? Sabes que yo no conozco nada, pero me gustaría cenar *pizza*.

—Pues vamos cerca del Coliseo, así vas viendo algo.

Era lo que más cerca estaba del hotel, tampoco me hubiera importado andar más, me estaba enamorando de esa ciudad, y eso que aún no había visto nada.

Héctor me iba diciendo que no iba a querer irme de la ciudad, que me iba a quedar prendada de ella.

Según nos íbamos acercando al restaurante, mi barriga empezó a gruñir.

—Madre mía, parece que tengo un león dentro de mí —le dije riendo.

—¿Tanta hambre tienes?

Capítulo 24



—Pues la verdad es que sí, la culpa es tuya por no dejarme descansar.

Nos sentamos en la terraza, hacía una temperatura buenísima, cuando el camarero vino a ver lo que queríamos, pedimos una *pizza* de *pepperoni*, y lasaña de berenjenas.

—Mañana tengo una reunión temprano, pero tú puedes hacer lo que quieras.

—Espera, ¿me vas a dejar sola? ¿Cómo es eso? Si yo aquí no conozco a nadie, me perderé, ya me podías haber presentado a alguien para que me hiciera compañía.

—No seas dramática, que a ti no te hace falta nadie. —Ya estaba pensando por mí—. De todas maneras, solo serán unas horas.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo que hacer.

—Puedes ir a comprarte algo de ropa, te dejaré una tarjeta para que la quemes.

—No necesito que me des dinero, yo tengo el mío.

—No vayas a empezar con el orgullo, ya sé que tienes el tuyo, pero quiero hacerlo yo, no seas cabezona.

—Está bien, perdona, no quería molestarte.

—No me molesta, pero déjame tener ese detalle contigo.

Me costaba dejar mi orgullo atrás, más de lo que podía imaginar, pero tenía que conseguirlo, no quería perderlo por segunda vez.

—¿En qué está pensando ahora *la mia bambina orgogliosa*?

—No sé lo que me has dicho, a mí me hablas en castellano, y cuanto más claro mejor.

—Te dije «mi pequeña orgullosa», y antes de que me digas nada, te lo digo en plan cariñoso, no te enfades.

—No lo hago, oye, por cierto, esto está de muerte —le dije dando un bocado a la *pizza*, cambiando de tema.

—Eso, y que tú estabas muerta de hambre. —Me encogí de hombros y le di otro bocado.

Cuando terminamos, me preguntó si quería algo de postre, pero la verdad es que estaba llena, porque si la *pizza* estaba buenísima, la lasaña no se quedaba atrás. Al final, optó por pedir un café para él y una infusión para mí.

Le estuve hablando de la conversación que tuve con Arturo, para volver a trabajar con él, me dijo que estaba al tanto de todo, hasta de su relación con Soraya.

—Dime una cosa, ¿hay algo que tú no sepas? —Empezó a reírse—. Yo no le veo la gracia, sabes que no me gustan muchas cosas, pero no te voy a decir cuáles son.

—Mira, tú todo lo ves mal, piensas que lo que hago o hacen los demás por ti es para perjudicarte, y es todo lo contrario, te queremos y nos preocupamos por ti, pero tienes un problema muy grande, que no te dejas ayudar.

—Prometido mío —lo dije en plan irónico—, deja de darme la tabarra, te he dicho que voy a cambiar, pero no me dejáis, me lo estáis recordando en todo momento.

—Es cierto, perdona, no volverá a pasar.

Pagó y nos fuimos. Nos dirigimos al Coliseo, que se veía espectacular con toda esa iluminación. Había poca gente disfrutando de esa maravilla, y la mayoría eran parejas jóvenes con sus cámaras de fotos. De hecho, una de esas parejas se acercó a nosotros para pedirnos que les tomáramos una foto. Aprovechamos la ocasión para sacar algunas fotos con nuestro móvil, y así podérselas enviar a la familia.

Después de estar un rato andando por los alrededores, decidimos dar por terminada la noche; él tenía que levantarse temprano y yo me sentía algo cansada.

Al entrar en el hotel, observé que había dos mujeres, las dos eran morenas, una era la que estaba en la recepción y la otra nos miraba con cara de sorpresa.

—Buenas noches, Maria.

—Buenas noches, don Héctor.

— Maria, te he dicho que el don te lo guardes, Héctor a secas. Te presento a Dafne —no dijo que era su prometida, a diferencia de lo que hizo con Stefano cuando nos presentó.

—Encantada, y bienvenida a Roma.

—Igualmente, gracias.

—¿A mí no me vas a saludar querido?

¿Querido? Héctor ni siquiera se paró, continuó avanzando mientras me cogía de la mano, pero no llegamos muy lejos. Esa mujer venía detrás de nosotros y me agarró del brazo.

—Dime, ¿quién eres tú?

—¿No lo has oído ya?, Dafne, ¿y tú eres?

—Ella es Sofía, pero ya se va.

—No, no me voy a ir, te fuiste sin despedirse, y ahora apareces con esta.

—Oye, esta se llama Dafne, las faltas de respeto te las guardas para ti, mona.

—Sofía, ya hablaremos mañana, ahora no es el momento.

—Pero yo quería pasar la noche contigo.

—¿Cómo? Espera, espera, ahora mismo me vas a decir qué es lo que está pasando aquí.

—¿No te lo ha dicho? Estamos juntos.

Me quedé en *shock*, primero me dice que soy su prometida y futura esposa, y luego resulta que está con otra.

—Creo que no me interesa esto. Yo me voy de aquí ahora mismo.

—No, tú no vas a ningún lado, y tú —se dirigió a Sofía—, ya hablaremos.

Me llevaba casi arrastras, la cara que tenía era un poema, nos metimos en el ascensor, fui abrir la boca, pero se me adelantó.

—Esto tiene una explicación, y no es lo que tú piensas.

—No, si yo ya no pienso nada, bueno, sí, en una: mañana me vuelvo a mi casa.

—Dafne, ¿podemos dejar esta conversación para cuando estemos dentro de la habitación? Todo tiene una explicación, y te la voy a dar.

—Estaría bonito que, después de presenciar semejante escena, me dejaras intrigada, aunque ya sé lo que me vas a decir, puedo imaginarlo. Aunque no sé si lo quiero saber, porque lo veo venir, ya que tan tonta no soy.

Salí del ascensor a toda prisa, esperé que él llegara a mi altura para que abriera la puerta. Cuando llegó a mi lado meneaba la cabeza, pero me daba igual, estaba muy cabreada.

—Venga, empieza, y te pido por favor que no me mientas, pero antes ponme una copa de lo más fuerte que tengas.

—Pero si tú no bebes, ¿cómo te voy a poner una copa?

—Pues te lo voy a explicar. Coges un vaso, echas unos hielos, viertes el líquido y me lo sirves. —Me agarré la barbilla como pensando—. Un *whisky*, eso es lo que quiero, y ligerito que tengo que escuchar qué es eso que ya sé.

No dijo nada más, se fue a preparar esas dos copas, mientras me repetía a mí misma, «escúchalo, no salgas por peteneras», pero me estaba doliendo lo que me iba a decir, porque sí, lo sabía, me diría que durante nuestra separación había estado con ella, me cortaba una mano y no la perdía.

—Toma, bébetela despacio, por favor.

—Héctor, te estoy esperando. —Se sentó en el sillón que había enfrente de mí.

—Cuando vine hasta aquí, no estaba en mi mejor momento; el dolor por lo que sucedió entre nosotros me afectaba profundamente. No voy a decir que la culpa fue solo tuya, fue de ambos. Me sentía decepcionado, quería olvidarme de ti, porque recordarte me hacía daño. Una noche, Stefano me propuso salir, yo en un principio me negué, ya que solo quería quedarme en mi habitación con una botella.

—¿Tanto daño te hice?, no era mi intención.

—Déjame terminar, por favor. Como te decía, me negaba a salir de copas con nadie, al final, acabó convenciéndome. Nos fuimos a cenar y tras la cena, fuimos a tomar unas copas. Allí me presentó a Sofía, ella es la gobernanta del hotel.

—Pues hijo, parece la dueña, qué quieres que te diga.

—O te callas o me callo.

—Me callo, me callo, sigue.

—Se acercó a Stefano, este nos presentó, esa noche no pasó nada, hasta tres días después. Salimos algunas veces, y sí, he tenido relaciones con ella, pero solo era sexo.

—Cállate, no quiero saber nada más. —No quería que siguiera hablando, ya daba igual.

—Solo te voy a decir una última cosa, hace tres meses que no tengo nada con ella, es cierto que ella sigue insistiendo, pero te juro que para mí no significa nada. Si aún está aquí en el hotel es porque el antiguo dueño me pidió encarecidamente que dejará a todos los empleados.

—O sea, que, aunque la quieras despedir, no puedes, tienes que verle el careto todos los días.

—No, de hecho, hacía tres semanas que no la veía, no solemos coincidir. Stefano es quien más trata con ella al ser el gerente del hotel.

—A Stefano lo conociste aquí o fuera.

—Esto parece un interrogatorio, ya éramos amigos de antes. Él fue el que me dijo lo del hotel, lleva años trabajando en él. ¿Algo más que quieras saber?

—Una cosita, ¿no había algo más flojo que ofrecerme de beber? —Soltó una carcajada, me quitó el vaso y me sentó encima de él—. Mira, no voy a decir nada, estoy cabreada, pero es cierto que no éramos nada, con lo cual pelillos a la mar.

—En el tiempo que hemos estado separados tú…

—Nooo, era contigo o con nadie. Ahora, te digo una cosa, que no me provoque porque la cojo de los pelos y la arrastro por todo el hotel.

—No quiero líos, venga, vámonos a la cama que mañana hay que madrugar, al menos yo.

Se levantó para coger su cartera, y sacó una tarjeta poniéndomela en la mano.

—Quiero que te compres lo que quieras, no vayas a decir que no la quieres porque no es discutible.

Le hice el saludo militar y salí corriendo hacia la habitación.

Capítulo 25



Cuando me levanté, Héctor ya no se encontraba en la cama; al tocar su lado, sentí que estaba frío. Decidí levantarme y, tomando el teléfono, pedí que me trajeran un desayuno completo.

Mientras esperaba el desayuno, fui a darme una ducha. «Hoy será un buen día», eso es lo que me dije a mí misma, pero había un pequeño problema, ¿dónde iría yo sola?, no tenía ni idea de por dónde empezar.

Después de darme una ducha, me puse mi crema hidratante, me vestí y me sequé el cabello. Justo cuando pensaba que ya estaba lista, escuché que llamaban a la puerta. Al abrir, me encontré con una sorpresa inesperada que me dejó boquiabierta.

—Vaya, vaya, la mismísima Sofía trayendo el desayuno, ¡qué honor! ¿Te dedicas a llevar el desayuno a todos los clientes del hotel? —Miré el carrito donde estaba el desayuno—, o, ¿será que vienes a desayunar conmigo? ¡Qué afortunada soy!

—Deja de decir estupideces, no hago nada de eso. Solo venía a decirte que te vayas por donde has venido, Héctor es mío y ni tú ni nadie me lo va a quitar.

—Para empezar, hasta donde yo tengo entendido, nadie es dueño de nadie; y para finalizar, ya estás saliendo de aquí, si no quieres que te saque yo de los pelos.

—No me iré de aquí hasta que no me digas que te vas a ir de donde mierda sea que hayas venido.

—Vaya, qué vocabulario más bonito que tiene la gobernanta, pero sabes qué te digo, que sí te vas a ir, pero cagando leches.

Abrí la puerta y la saqué a empujones, cerrando de un portazo. Ya tenía una enemiga y encima resentida. Me senté a desayunar, por nada del mundo me iba a perder ese pedazo de desayuno, con sus tostadas, cruasanes, café y zumo de naranja recién exprimido. Una semana así, y saldría del hotel rodando.

Después de desayunar, cogí mi bolso para irme a la calle, pero antes debería hacer una parada, quería hablar con Stefano.

—Hola, buenos días —le dije al chico que había en la recepción—, ¿podrías avisar a Stefano que Dafne quiere verle?, por favor.

—Ahora mismo, señorita. —Levantó el teléfono para hablar con él—. Ahora mismo viene.

—Gracias, Luigi. —Así ponía en la plaquita que prendía de su uniforme. Me retiré de la recepción para no molestar.

Observaba el ir y venir de la gente, la mayoría eran jóvenes, matrimonios mayores y también había un grupo de hombres con traje. Me quedé observando lo bien que le sentaba a la mayoría, uno de ellos se sintió observado y, al mirar, me sonrió guiñándome un ojo.

Se me escapó una sonrisa, le dijo algo al que estaba a su lado, y empezó a caminar hacia mí.

—Buenos días, señorita, ¿qué hace una chica tan guapa sola?

—Esperándome a mí —le respondió Stefano mientras me agarraba de la cintura.

—Lo siento, un placer señorita. —Se dio media vuelta por donde había venido. Stefano me miró arqueando una ceja.

—¿Ligando, señorita?, mira que a cierta persona no le gustaría saber esas cosas.

—¿Qué dices?, si no he mediado palabra alguna con él.

—Porque he llegado justo a tiempo, a saber lo que hubiera pasado, es broma mujer, tenías que verte la cara ahora mismo.

—Muy gracioso. ¿Podemos hablar en algún sitio más tranquilo? En tu despecho, por ejemplo.

—Por supuesto, ¿ocurre algo?

Negué con la cabeza, pero sí ocurría, lo de Sofía no lo iba a pasar por alto. No es que yo no supiera defenderme sola, simplemente no me daba la gana de que quedara por encima de mí.

Al llegar al despacho, abrió la puerta y se puso de lado para que pasara yo primero.

—Lo que te voy a contar tiene que quedar entre nosotros, no le puedes decir nada a Héctor.

Le estuve contando lo que me había pasado con Sofía, cómo se había presentado con el desayuno en mi habitación, lo que me había dicho y la manera en la que la saqué.

—¿De verdad hizo eso? Si es así, deberías decírselo a Héctor. Será peor si ella se lo cuenta, porque le dará la vuelta a todo, la conozco muy bien, sé de lo que es capaz por retener a un hombre, créeme, hará que Héctor dude de ti.

—Si eso llega a pasar, créeme que entonces cogeré mis cosas y me marcharé de aquí. Ahora quiero pedirte algo.

—Tú dirás.

—Vente a pasar el día conmigo, no me digas que no porfi, no conozco a nadie que me acompañe, no tengo ni idea dónde ir de compras. No hagas que me sienta abandonada como un perrito.

—No puedo, tengo que gestionar algunas cosas. —Empecé a poner pucheros y a hacer como la que lloraba—. Está bien, dame media hora.

—Gracias, te espero fuera, guapetón. —Le tiré un beso al aire y soltó una carcajada.

Me senté en un sillón en el vestíbulo y aproveché para llamar a mi madre.

—Hola, mamá, ¿cómo estáis?

—Hija de mi vida, ¿cómo estás tú? Nosotras estamos bien, preparando ya los menús del día. Carmen, Adela, que es la niña. —Escuché decir a la abuela, que me diese un beso porque ella no se podía poner—. Hija, que la abuela dice…

—Ya la oí, mamá. No te preocupes, estoy esperando al amigo de Héctor para que me acompañe, ya que él tenía que salir. Ay, mamá, si vieras qué guapo es Stefano, te desmayarías.

—Hija, pero tú no hagas nada de lo que te puedas arrepentir, eh.

—Mamá que solo vamos a dar una vuelta. —Vi que Stefano venía hacia mí—. Mamá, te dejo, tengo que irme, un beso para todas.

—Cuando quieras nos podemos ir, preciosa.

—Pensé que habías dicho media hora, y aún queda —le dije mirando el reloj.

—No quería hacerte esperar, me acabo de coger el día libre, que ya tocaba.

Salimos por la puerta y allí ya había un taxi esperando. Me dijo que la mejor manera de disfrutar de la ciudad era de esa forma.

Nos dirigimos hacia un centro comercial, y yo estaba completamente fascinada por todo lo que me rodeaba. Tenía unas ganas inmensas de recorrer las calles de Roma, aunque no fuera con la persona que esperaba.

El taxi nos dejó en la misma puerta, y al entrar en el centro comercial, Stefano se santiguó. No pude más que soltar una carcajada por el gesto que había hecho.

Me quedé maravillada nada más entrar, era precioso. Tenía unas columnas impresionantes y Stefano me señaló con el dedo que mirara esa cúpula tan bonita que había. Le cogí la mano, él me miró y después desvió la vista hacia nuestras manos entrelazadas.

—Venga, vamos, y no mires más, eres un amigo, y los amigos podemos ir de la mano.

—No quiero problemas, Dafne, son muchos años de amistad.

—Pues nada, ya te suelto. —Fui a soltarme y él mismo me apretó la mano, lo miré y sonreí.

Subimos al segundo piso y entramos en una de las tiendas que parecía tener de todo. Le dije que no sabía por dónde empezar, y él me sugirió que empezara de dentro hacia fuera.

Me probé un montón de ropa, desde vestidos hasta faldas-pantalón. Stefano, estaba desesperado, no podía creer cuánto tiempo estaba pasando. Al final, solo decidí llevarme ese vestido que me había enamorado desde el primer momento; era negro, ajustado, con un escote en V y que llegaba justo por encima de las rodillas. Además, también compré unos pantalones vaqueros, algunas camisas y un par de faldas.

—Te juro que pensé que tenían que echarnos a la hora del cierre.

—Pues aún no he terminado. Necesito comprarme zapatos, ropa interior, maquillaje, aunque no sé para qué, si hace años que no me maquillo.

—Pero eso ya está cambiando, por lo que me ha contado Héctor.

Me paré en seco, no sabía que le hubiera contado a nadie mi historia, no es que me molestara, pero sí es cierto que me quedé impresionada por el comentario.

—No te imaginas lo que nos ha cambiado la vida a las mujeres de mi casa, ¿seguimos? —Asintió con la cabeza.

La verdad es que se estaba portando muy bien conmigo, no cualquiera haría lo que él estaba haciendo por una desconocida, porque eso es lo que éramos el uno para el otro.

Entré en una tienda de ropa interior, moría con todo lo que veía, le pedía opinión a Stefano y me decía que él ahí sí que no opinaba, que mejor me esperaba fuera.

Ahí sí que me explayé, me gustaba todo lo que veía. Cogí conjuntos de varios colores, un par de pijamas y salí de allí a la carrera.

—¿Hemos terminado? Ya me podéis compensar esto muy bien entre los dos.

—Él no pinta nada aquí, ya te compensaré yo, pensaré en algo. Venga, una última parada y comemos.

Entramos en una perfumería, donde aproveché para comprar varias cosas, como maquillajes, cremas hidratantes para el cuerpo y un par de perfumes, además, le compré otro para él.

—¡Por fin!, en mi vida me habían agotado tanto unas compras.

—Pues imagínate a mí, aunque no lo creas, estoy ya harta. Nos podemos ir cuando quieras.

—¿Qué te parece si pedimos un taxi y mandamos las bolsas al hotel?

—¿Qué dices?, ¿estás loco?, para que se quede el taxista con la ropa, ni de coña.

—Ja, ja, ja, no mujer, eso no pasará.

—Que no, que no, no me fio yo de los taxistas.

—Ni llamando a uno de confianza.

—Bueno, si es así, valeee.

Eso hizo, cuando el taxi llegó le dio todas las bolsas para que las llevara al hotel, y nosotros cogimos otro, íbamos a comer cerca de la plaza de San Pedro.

Capítulo 26



Al llegar, le pedí que nos sentáramos en la terraza, me gustaba ver el ir y venir de la gente. Turistas que se les veía en las caras cómo disfrutaban de todo lo que les rodeaba.

—Esto es una pasada, lo poco que he visto me encanta. Estoy deseando poder pasear tranquilamente.

Me iba a contestar cuando recibió una llamada de teléfono, solo le escuchaba decir «ajá», «vale», «no te preocupes», «sí, estoy con ella, tranquilo, no la dejaré sola». Podía hacerme una idea de con quién hablaba.

—Venga, dímelo, era Héctor, ¿verdad?

—Sí, ha tenido que volar a Barcelona urgente, hasta mañana no regresará.

—¿Cómo? Me parece increíble, me trae aquí y me deja sola.

—No, sola no, te ha dejado conmigo, ¿tan mala compañía soy?

—No es eso, joder, es que me molesta. Para esto me hubiera quedado en mi casa, pero lo peor de todo es que no ha sido capaz de hablar conmigo.

—Venga, vamos a comer, que después te voy a llevar de paseo.

Pidió una botella de vino blanco, como *antipasti* pidió unos *supplì*, que eran una especie de croquetas rellenas de arroz cocido, carne, tomate y mozzarella, de primero *trippa alla romana*. No dije nada, pero eso me sonaba a chino, por lo que cuando el camarero se retiró, le pregunté.

—¿Qué es eso que acabas de pedir? Suena muy feo. —Rio al ver el gesto que puse.

—Son callos de ternera preparados con una salsa de tomate, menta, queso *pecorino*, y lleva un sofrito de verduras con cebolla, apio y zanahoria, te vas a chupar los dedos.

—Ya te contaré, los callos me gustan. Stefano, ¿puedo preguntarte por tu vida?

—Una mujer curiosa por lo que veo. ¿Qué quieres saber? —En ese momento nos trajeron la comida.

—Pues todo, menos a qué te dedicas, que eso ya lo sé. Si tienes pareja y todas esas cosillas.

Probé los *supplì*, y os puedo decir que el gemido que solté hizo que riera a carcajadas, estaban de muerte, ese queso derretido le daba un toque especial.

—Pues espera a probar los callos. A ver por dónde empiezo.

—Pues por el principio.

—Me llamo Stefano, tengo treinta y seis años, hace cuatro años que no tengo pareja. Tuve una relación de seis años, pero ahora mismo no busco nada.

—¿Tan mal te fue?

—Digamos que lo pasé bastante mal, hasta el punto de no tener ganas de vivir.

Su cara reflejaba tristeza, sus ojos se le pusieron brillantes, me sentía mal por ser tan curiosa.

—Lo siento, no quería hacerte sentir mal.

—No te preocupes, no pasa nada.

Seguimos comiendo en silencio, los callos estaban muy buenos también, había sido un acierto lo que pidió. Estuvimos hablando de mi familia, de la relación que había tenido con mi hermana, lo mal que lo pasó mi madre con

lo de mi padre. Y él me estuvo contando que sus padres vivían en un pueblecito a treinta kilómetros de Roma, llamado Nemi.

Quise pagar, pero no me lo consintió, me dijo que era su invitada, y no me lo iba a consentir. Cuando nos levantamos, fue él quien me cogió de la mano.

Fuimos andando hasta llegar a la Via Margutta, conocida como la calle de los artistas. Me estuvo contando que no era muy transitada por los turistas, y sería verdad, porque no estaba muy concurrida. A mí me estaba encantando, las puertas de las casas eran azules.

Llegamos a la Piazza del Popolo, o la plaza del Pueblo, había dos iglesias que me llamaron la atención, eran completamente iguales. Me estuvo comentando que las llamaban las gemelas, aunque cada una tuviera su nombre. Lo que me llamó la atención fue que en esa plaza había tres iglesias.

Estuvimos bastante rato admirando esa plaza, Stefano tuvo la paciencia de ir explicando cada cosa que le preguntaba, se reía cuando le decía que valía para guía turístico.

—Te lo digo en serio, por cierto, el postre de hoy estaba buenísimo, la próxima vez me pido dos porciones.

—Pero si no hemos tomado postre.

—Pues por eso te lo digo, ja, ja, ja. Anda tira, vamos para el hotel que estoy muerta.

—Te debo un postre, recuérdamelo.

—Y yo a ti la vida, me has salvado de pasar un día aburridísimo.

—Ha sido un placer.

De vuelta al hotel, ya en el taxi, me quité las zapatillas, me dolían los pies una barbaridad.

—¿Cenamos juntos? —Era lo menos que podía hacer por él—. No es que tenga mucha hambre, pero tampoco es plan de acostarse sin cenar, algo ligerito. Ah, y después una copa, no bebo, pero me apetece, ¿qué me dices?

—Que no puedo decirte que no, espero que no haya mucha gente en el restaurante.

—No, no, no me has entendido, cenaremos en la habitación. Me cuesta llamarla así, eso de habitación tiene lo que yo de monja.

—Dafne, no creo que sea buena idea, mejor lo hacemos en el restaurante.

—Que no, y sí es buena idea.

No dijo nada más, me tiré todo lo que quedaba de camino pensando en por qué no quería, bueno, sí lo sabía, era por él, pero él no estaba. No era justo que yo estuviera sola,

—Hemos llegado, preciosa. Stefano llamando a Dafne, ¿hola?

—¿Qué pasa? —Miré por la ventanilla y vi que habíamos llegado—. Lo siento, estaba pensando. Mira, hagamos una cosa, si no quieres que nos vean juntos, nos separamos al entrar, y te espero en el ascensor.

—Dafne, no es eso, solo que —se quedó callado—, está bien, cenaré contigo arriba. —Me puse a aplaudir dando saltitos—. Estás loca.

Dimos las buenas noches a Maria, que ya estaba en su puesto, y me volví para ver si estaba mirando, y vi que seguía a lo suyo. Me resultaba gracioso que un hombre como Stefano estuviera nervioso.

No dijo nada en el ascensor, tenía las manos metidas en los bolsillos, mirando al suelo. Al abrirse las puertas lo cogí de la mano y tiré de él hacia fuera. Nada más entrar en la habitación, me quité las zapatillas y me dejé caer en el sofá.

—Pensé que no llegaba a la habitación, me quedaba sin pies, estoy agotada.

—Entonces será mejor que me vaya, así podrás descansar.

—De eso nada. Me voy a cambiar de ropa, mientras mira en el frigorífico a ver qué puedes pillar para cenar, seguro que encuentras algo.

Me fui hacia la habitación, a ponerme el pijama, tenía una sensación rara con Stefano, ese hombre me había hecho pasar un día espectacular, me sentía a gusto en su compañía, me gustaba, no lo iba a negar. Ay, madre, me estaba confundiendo por momentos.

Salí de la habitación, lo escuché trastear en la cocina, estaba de espaldas a mí, me quedé mirando cada uno de sus movimientos.

—Si sigues mirándome así, me vas a gastar la espalda —me dijo sin girarse.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?, no he hecho ruido.

—No hace falta, tu perfume te delata, tu respiración también, y tus pensamientos más aún. Anda, ayúdame a llevar esto a la mesa.

—No estoy pensando nada, bueno, puede que algo.

Había preparado en dos bandejas, un plato de salmón ahumado y panecillos con queso, y se fijó en que lo estaba mirando.

—¿Te parece poco?, como dijiste que no tenías mucha hambre, pensé que esto estaba bien.

—Sí, no te preocupes, solo miraba que te falta el vino.

—Dafne, no creo que sea buena idea que bebas si no estás acostumbrada.

—De aquí no me voy a mover, así que si me emborracho, pues me llevas a la cama y punto.

Iba a abrir la boca cuando me sonó el teléfono, vi en la pantalla el nombre de Héctor.

—Anda, si es el hombre que se va sin despedirse, ¿qué tal te va por Barcelona?

—Lo siento, no me dio tiempo de despedirme, cariño.

—Como dice mi abuela, no digas sandeces, si te ha dado tiempo de llamar a Stefano, también podías haber tenido tiempo para mí.

—No quiero discutir.

—Yo tampoco, que tengas buena noche, Héctor. —Le colgué.

Me senté a la mesa para cenar y Stefano no dijo nada, lo cual agradecí. Si hubiera intentado romper ese momento con alguna palabra, seguramente lo habría pagado con él.

—¿Qué paso en tu relación? —Su cara cambió por completo—. Perdón, no he dicho nada.

—No te preocupes, ya he logrado sobrellevarlo, o casi. Mi pareja murió. —Me quedé con la boca abierta.

—Lo siento, pensé que…

—Ya, que había sido por otra cosa, no lo sientas.

Me estuvo contando su historia con Paula, lo mucho que se habían amado, hasta que una enfermedad la arrebató de su vida. Durante tres años, ella luchó contra esa enfermedad, y en ese tiempo, le pedía que la dejara, que no quería que nadie estuviera a su lado por compasión. Fueron unos momentos difíciles, donde ella lo trataba mal, intentando que él se alejara, como si su sufrimiento la llevara a querer que él se apartara de su lado.

—Lo siento mucho, esta vida, a veces, es muy injusta.

Capítulo 27



—No hay nada que sentir, como tú dices, a veces la vida es muy injusta, quitándote lo que más quieres. Pero hay que seguir viviendo, aprovechando cada día de nuestras vidas. Hasta ahora, no he tenido pareja estable, he estado con mujeres, sí, pero solo ha sido sexo.

»Hubo una que logró romper mi coraza, al año de lo de Paula, estuve con ella diez meses, pero resultó que yo no era suficiente para ella, y se buscó a otro. Cuando descubrí que estaba saliendo con los dos a la vez, decidí terminar con ella, y mira que me esforcé en no compararla con Paula.

Me levanté para sentarme al lado de él, mientras mis lágrimas corrían por mis mejillas, igual que las de él, le cogí de las manos.

—Stefano, nadie podrá ser ella, Paula es irremplazable. No puedes ir buscando una mujer como ella, porque no la encontrarás.

—Sí que existe, ya la encontré, pero no es para mí. Está enamorada de otra persona, apenas la conozco, es guapa, me hace reír, me hace sentir bien, y solo he pasado un día con ella.

—Por mucho que la hayas encontrado nunca será como ella, aún no he encontrado dos personas iguales en esta vida. Aunque, ¿no hay posibilidad de que deje a esa otra persona?, igual no están bien, o no sé, no es correspondida.

—Sí que lo están, el uno para el otro, han tenido problemas, pero se quieren, me consta, a él lo conozco más y déjame decirte que cuando su chica se fue lo pasó muy mal, tuvo que poner tierra de por medio.

—Espera, ¿no estarás insinuando que…? Dime que no. —Asintió con la cabeza—. No, eso no puede ser, si no me conoces.

—Cuando te vi en el aeropuerto caminando con él, sentí algo aquí dentro. —Se señaló el pecho—. Un flechazo en toda regla.

—Seguro que es por lo fea que soy, no te preocupes que lo entiendo.

—No digas tonterías, eres la mujer más bonita que he visto en mi vida.

—Ay, Stefano, no me hagas sentir mal. Seguro que encontrarás a esa mujer que te vuelva a tocar el corazón, ya lo verás. Eres guapo y muy buena persona, que es lo más importante, no te será nada difícil. Ven dame un abrazo.

Nos fundimos en un abrazo sincero, uno de esos que te llenan el alma. Nunca había creído en el amor a primera vista, pero eso es lo que me había pasado a mí con Héctor, por eso lo entendía mejor que nadie.

Hablamos sobre mi familia, y aunque ya tenía una idea general, le conté en detalle todo lo que viví con mi madre y Gisela, así como con mi abuela. Le expliqué el apoyo incondicional que recibí de ella y la fortaleza que me transmitió en esos momentos difíciles.

—Tu abuela tiene que ser una gran persona.

—Me imagino que como todas, pero sí que lo es. No sé qué hubiera sido de nosotras sin ella. Ahora la veo muy feliz, ya que le presenté a Nicolás, el conserje del edificio donde trabajaba, la verdad que la veo muy bien.

—¿Tu hermana tiene pareja? —Me tuve que reír lo más grande.

—Sí la tiene, el ginecólogo que la llevó durante su embarazo.

—Vaya, siempre llego tarde.

Me reí con él muchísimo, era buena persona, ojalá encontrara pronto otra vez el amor. Se levantó para marcharse.

—Creo que es hora de que me marche y te deje descansar.

—Gracias por un día tan bonito, Stefano, lo he pasado muy bien contigo.

—Yo también, aunque me haya quejado en las compras. Descansa bonita. —Me dio un beso y un abrazo, y se marchó.

Me dispuse a sacar toda la ropa de las bolsas para colocarla en el armario y en los cajones de la cómoda. Cuando terminé, me di una ducha y me metí en la cama. Entonces, cogí el teléfono y llamé a Héctor.

—Hola, preciosa, ¿pasa algo? ¿Cómo te ha ido el día?

—¿Tiene que pasar algo para que te llame? Que sepas que me he sentido mal porque has llamado a Stefano en vez de llamarme a mí.

—Lo siento, tienes razón, debería haberte llamado a ti primero.

—Ni primero ni después, pero bueno, ya da igual. He tenido un día buenísimo, Stefano es un buen anfitrión.

—Me alegro mucho, cariño. Estoy deseando coger el vuelo mañana, tengo muchas ganas de verte, ¿aún estás levantada?

—Yo también tengo muchas ganas; no, me acabo de meter en la cama. Stefano ha cenado aquí conmigo, se ha ido hace un rato, no quería cenar sola.

—Me parece bien, te prometo que mañana estaré para ti casi todo el día, descansa, te quiero.

—Yo también te quiero, que tengas un buen vuelo. Besos.

Puse el móvil en silencio y apagué la luz. Pensé en el día que había pasado, en las palabras de Stefano, palabras que no me esperaba, qué cosas tiene la vida. Estás sola y no aparece nadie, bueno, no voy a ser hipócrita, tampoco lo buscaba, porque Toño siempre me tiraba la caña.

No me podía dormir, la verdad es que me daba miedo estar sola, escuchaba ruidos, me tapaba la cabeza y aparte de los ruidos, escuchaba mi corazón latir a toda mecha.

Encendí la luz, intenté quedarme dormida con ella. Nada que no había manera, empecé a dar vueltas en la cama, me estaba poniendo de los nervios, así que decidí levantarme e ir a por agua, pero claro, ahora me daba miedo abrir la puerta, ¿y si había alguien? Me estaba dando hasta ansiedad.

Pensé en llamar a Stefano, pero qué pensaría de mí cuando le dijera que escuchaba ruidos y me daba miedo.

—Mira, Dafne, haz el favor de dejarte de paranoias que aquí no hay nadie. Abre esa puerta y vete a por agua. —Eso lo repetí una y otra vez en voz alta.

Al final, no salí. Puse una silla atrancando la puerta, cogí un zapato de los que me había comprado y tenía bastante tacón, y me metí en la cama de nuevo con él en la mano. Si alguien entraba, se lo tiraría a la cabeza. Dejé la luz encendida y me puse mirando hacia la puerta. No sé el tiempo que pasó hasta que el sueño me venció y logré dormirme.

Me desperté cuando escuché que llamaban a la puerta.

—Dafne, ábreme la puerta, que yo no puedo.

—Fuera o llamo a la policía, cuento hasta tres.

—Dafne, ¡que me abras, que soy yo Héctor!

Madre mía, qué vergüenza, ahora qué le iba a decir. Solté el zapato dentro de la caja y retiré el sillón sin hacer ruido.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es? ¿Qué manera es esa de despertarme? Con que hubieras abierto la puerta es más que suficiente.

—La puerta no se podía abrir, no pensé que estarías dormida a las doce de la mañana. ¿Por qué tienes esa cara?

—Vaya, sí que es tarde, sí. Me costó quedarme dormida anoche, mi cara es de asombro, llegas pegando voces, en vez de darme un beso.

—Llevas razón, ven aquí, que te voy a comer a besos. —Me enganché a su cuello, y me lo comí a besos. Entonces escuché un carraspeo detrás de él.

—Estoy aquí por si lo has olvidado. —Sentí cómo mis mejillas ardían—. No creo que me hayas llamado para ver cómo te come tu novia a besos.

—Ay, qué vergüenza. Perdona Stefano, no sabía que estabas aquí. —Intenté bajarme el camisón todo lo que pude.

—No te preocupes, aquí este hombre que pensaba que os había pasado algo, a ti y a la puerta.

—No contestaba y no podía girar el pomo, ¿qué hubieras hecho tú?

—Está bien, os lo voy a contar, pero que conste que me da mucha vergüenza. Cuando Stefano se fue y me acosté, empecé a escuchar ruidos, y me dio miedo.

—¿Por qué no me llamaste? Hubiera venido a echar un vistazo.

—¿En serio, Dafne? No me lo puedo creer. ¿Miedo, tú?, pero si siempre has andado muy tarde por la calle.

—Siempre me ha dado miedo andar sola, pero me hacía la valiente por mi abuela.

—No sé si reírme o quedarme callado —dijo Stefano—. Bueno, tortolitos, como el caso está resuelto, este que está aquí se va. Héctor no la dejes sin desayunar. —Se marchó soltando una carcajada.

—Qué apuro, no sé para qué lo has llamado, qué habrá pensado de mí.

—Lo he avisado porque te llamaba y no contestabas. Para colmo, no podía abrir la maldita puerta, aunque, ahora ya sé por lo que fue. —Me moría de la risa.

—Qué dramático me saliste, novio mío. —Nos echamos a reír.

—Verás el dramático lo que te va a hacer.

Me quitó el camisón, dejándolo caer suavemente al suelo, y empezó a recorrer mi cuello con besos, dejando también pequeños mordiscos en él, que me hacían sentir una creciente excitación. Sentí su cálido aliento sobre mi cuello, mientras me pasaba su lengua por el lóbulo de mi oreja. Una de sus manos se posaba en mi nuca, mientras la otra se dedicaba a amasar uno de mis pechos.

Me condujo hacia la cama, dejándome caer con delicadeza, sus ojos estaban cargados de deseo. Continuó su descenso con la lengua hasta mis pechos, lamía mis pezones y luego soplaba suavemente sobre ellos, sintiendo cómo la humedad iba aumentando en mí por momentos.

Buscaba mis labios, entrelazando nuestras lenguas, saboreándonos mutuamente, mientras sus manos se dedicaban a masajear mis pechos, intensificando mi excitación cada vez más.

—Héctor, no vayas tan lento, me va a dar algo.

—Shhh, calla y disfruta, no tengo ninguna prisa.

—Pero yo sí, fóllame ya de una maldita vez.

Soltó una carcajada, pero por fin me hizo caso. Me cogió de los tobillos, y me penetró con fuerza una tras otra vez. No podía evitar chillar cada vez que me embestía, lo sentía muy dentro de mí. Mientras él seguía con su ritmo frenético de penetraciones, me pidió que me tocara el clítoris, y no dudé en hacerlo, hasta que nos corrimos al mismo tiempo. Sin duda, era el mejor sexo que había tenido en mi vida.

Capítulo 28



Habían pasado dos semanas, dos semanas en las que me hizo disfrutar de Roma. Volvimos al Coliseo, puesto que el primer día lo vimos de noche. También visitamos el Arco de Constantino y la Fontana di Trevi, que me gustó tanto que decidimos visitarla tanto de día como de noche. El castillo de Sant'Angelo, situado a la orilla del Tíber, me enamoró por completo; no dejó rincón sin mostrarme, y cada lugar era más impresionante que el anterior.

Hice muy buenas amigas con Maria, una de las recepcionistas del hotel. Era dos años mayor que yo, le agradecí a Stefano que le diera unos días libres, ya que había momentos en que Héctor no tenía más remedio que centrarse en su trabajo, dejándome sola.

Con Maria disfruté mucho, puesto que me llevó a descubrir las calles menos turísticas, pero que merecía la pena verlas. Uno de los días que nos sentamos a comer, me estuvo contando cosas de su vida; era la menor de tres hermanas y sus padres también trabajaban en un hotel. Sus hermanas vivían fuera, una en Florencia y otra en Francia.

Me gustaba mucho, era un verdadero encanto, pero si a mí me gustaba, más me gustaba para Stefano. Tenía la sensación de que a ella también le gustaba él, aunque no me había dicho nada, era evidente por la forma en que lo miraba.

Había quedado con ella para ir de compras. Últimamente, me había aficionado a ellas, la estaba esperando cuando pasó Sofía, desde aquel día no me miraba a la cara, ya que Stefano habló con ella, diciéndole que como volviera a tener quejas de ella, se iba a la calle.

—Buenos días, Sofía —le dije con retintín—, cuánto tiempo sin vernos.

—Buenos días. —Ni me miró, al que sí miro fue a Stefano, que salía en ese momento de su despacho.

—¿Algún problema, preciosa? —me dijo dándome un beso.

—No, ninguno, estoy esperando a Maria, ya que nos vamos de compras.

—¿Ya me has sustituido? No me lo puedo creer, yo que pensaba que era tu fiel compañero de compras.

—Anda ya, si me dejaste bien claro que ni una más.

—No, no, te dije que no entraras en todas las tiendas que es distinto.

Seguimos con las bromas, cuando vimos que Maria se acercaba a nosotros.

—Buenos días, siento el retraso. Ha habido un accidente y el tráfico estaba imposible —me dijo, pero mirando a Stefano.

—No pasa nada, aquí estaba discutiendo con este hombre, ¿pues no me acaba de decir que lo he cambiado por ti?

—Yo no dije eso, te estaba diciendo que me gustaría ir con dos mujeres guapas de compras, para presumir.

—Que dices Maria, ¿nos lo llevamos? —La pobre no sabía dónde meterse —. Se le da muy bien cargar con las bolsas.

—Yo… Bueno, a mí me da igual.

—Hagamos una cosa, nosotras nos vamos de compras, a la hora de comer, nos recogéis y nos invitáis a comer, ¿qué te parece?

—Eso está hecho, voy a hablarlo con tu noviecito —Se rio.

Cogimos un taxi, y entonces me di cuenta de que Maria iba frotándose las manos.

—Te las vas a desgastar como sigas así, venga cuéntame qué te pasa.

—¿A mí?, nada, no me pasa nada.

—Uis, que no. Mira, te lo voy a decir yo, te pasa que te gusta Stefano, y como hemos quedado para comer con él y Héctor, te has puesto nerviosa. ¿Me equivoco?

—Sí, me gusta, pero no está a mi alcance, es mayor que yo y aparte he oído que es un mujeriego.

— Maria, yo no es que lo conozca muy bien, pero no me consta ese dato. Me imagino que saldrá con mujeres, pero como te diría mi abuela, igual que todo hijo de vecino. Stefano es un gran tipo, solo tienes que conocerlo.

—Pero es que… —No la deje terminar.

—Pero es que, nada. Solo es una comida, venga, vamos a disfrutar de las compras, después ya se verá.

Se me estaba ocurriendo una idea mejor, hablaría con Héctor para que no vinieran a comer, quedaríamos para la cena, así se conocerán mejor.

Cuando llegamos al centro comercial, lo primero que hice fue entrar en una tienda muy conocida. Elegí un vestido negro para Maria, corto y con un bonito vuelo, de manga larga y escote en forma de corazón. En cuanto a mí, opté por uno en un elegante color borgoña, con cuello redondo, manga larga y un corte ajustado que se cruzaba en la parte inferior.

—Vamos a probarnos estas dos preciosidades.

—Pero yo nunca me he puesto un vestido así, no sé si me veré con él.

—Yo tampoco, no te preocupes, pero siempre hay una primera vez. Se les va a caer la baba cuando nos vean.

—Oye, Dafne, yo mejor no me apunto a la comida.

—Vale, yo tampoco, mejor nos apuntamos a la cena. Verás te voy a contar lo que he pensado mientras nos probamos los vestidos.

Le dije que comeríamos las dos, y después nos iríamos a la peluquería para que nos arreglaran.

Salimos ambas del probador, y nos quedamos con la boca abierta.

—¡Qué bien te queda! —Nos reímos porque lo dijimos al unísono.

—Venga, vamos a buscarte unos zapatos, que yo me pondré alguno de los que me compré el otro día.

Cogimos los zapatos, un bolso para cada una, y después nos fuimos a buscar ropa interior. Ella me comentó que no le hacía falta, ya que tenía en su casa sin estrenar, pero yo no le hice ni caso.

—Ya no compro más nada, que me voy a dejar el sueldo de dos meses aquí.

—No te preocupes, que esto ya está pagado.

—No, no.

—Sí, sí; venga, vamos a comer.

Nos sentamos a comer una hamburguesa, Maria fue al baño mientras esperábamos que nos atendieran. Aproveché ese momento para llamar a Héctor y decirle que no vinieran a comer, que mejor lo dejábamos para la cena. Le pedí que fuera reservando una mesa para cuatro.

Maria venía con la cara desencajada del baño.

—¿Qué te ha pasado? Un muerto tiene más color que tú en la cara, ¿acaso has visto un fantasma?

—Ojalá hubiera sido eso —y lo dijo tan pancha—. Estaba en el baño y ha entrado una de las camareras, al parecer se le rompió un vaso y se cortó la mano.

—Vaya, pobrecilla, con lo que duele eso, pero tampoco sería para tanto, ¿no?

—Sí lo es, porque no puedo ver la sangre. ¿Has pedido ya?

—No, te estaba esperando.

Pedimos dos menús grandes, con unos aros de cebolla y alitas de pollo. Me reí lo más grande con ella, contándome las trastadas que hacía de pequeña, y quienes salían siempre perdiendo eran sus hermanas.

—¿Cómo es tu familia? ¿Aún no me has hablado de ella? ¿A qué te dedicabas en España?

—Mejor pregúntame que no me dedicaba.

—No te entiendo.

Mientras comíamos le estuve contando mi historia, no me dejé nada. También le conté cómo conocí a Héctor, por qué él se vino aquí, y que cuando apareció no nos volvimos a separar.

—Ahora entiendo muchas cosas. —Me vio la cara que puse, que no me dio tiempo ni de preguntar—. Héctor se veía muy decaído, apenas hablaba con nadie, nos saludaba por educación, pero sin ganas.

—Me siento tan culpable, que no hago nada más que tragarme mi orgullo, pero a veces me resulta muy difícil.

—Los objetivos algunas veces son difíciles, Dafne, pero estoy segura de que lo conseguirás. Mi padre dice que con el orgullo no se come.

—Si fuera así, créeme que yo estaría como una foca, qué digo foca, estaría como un hipopótamo. —Nos echamos a reír.

Seguimos disfrutando de la comida, mientras que hablábamos de las cosas que nos gustaría hacer. Al finalizar nuestra comida, le pregunté por una peluquería cercana, y me respondió que el mejor lugar que conocía era el salón de belleza que estaba justo al lado del hotel.

Nos dirigimos a ella, no sin antes pasar por el hotel para dejar todas las compras que habíamos hecho. Subimos a mi casa-habitación, la llamo así porque aunque era una casa, para mí no dejaba de ser una habitación.

—Madre mía, qué casoplón, ya me gustaría vivir aquí.

—¿Qué dices de casoplón? Para mí esto es una habitación, no me gustaría vivir aquí el resto de mi vida.

—Pero si no le falta nada, aunque no creo que esta sea tu casa de por vida, porque tú volverás a España, ¿no es así?

—Bueno, yo también lo espero, pero si esto sigue así, iré donde él vaya, aunque he de confesarte que estoy deseando ver a mi familia, nunca nos habíamos separado, me hacen mucha falta.

—Me imagino. Yo al principio lo pasé muy mal cuando mis hermanas se fueron, pero al final te acostumbras, y es todo más llevadero, solo las veo

por Navidades, al principio venían más a menudo, ahora como no vayan mis padres, no vienen antes de Navidad.

—Vámonos ya, que al final se nos hará tarde.

—A ti lo dudo, a mí, seguro, porque yo tengo que ir hasta la otra punta.

—Pero eso no es problema, te quedas aquí, hay habitación de sobra.

—¿Qué dices?, ni loca me quedo yo en la casa del jefe.

—El jefe no se come a nadie, bueno, a mí, sí.

Capítulo 29



Volvimos a encontrarnos a Sofía saliendo del ascensor, no nos dirigió la palabra, y me dio pena por Maria, ya que ella la saludó, pero la otra ni le contestó.

Vimos a Stefano hablando con una pareja, dimos las buenas tardes y seguimos hacia adelante.

—Qué guapo es Stefano, ¿verdad que sí?

—Sé por dónde vas, y ya te voy diciendo que no.

—No he dicho nada, de nada.

—No quiero pasarlo mal Dafne, prefiero estar como estoy, aunque esté pegando suspiros cada vez que lo veo.

—Dale una oportunidad, no es como crees.

—Eso suena muy bien, pero me da mucho miedo. No quiero sufrir por un hombre.

No le dije nada, simplemente nos fuimos caminando hasta el salón de belleza. Es curioso cómo me había cambiado la vida; antes no me preocupaba en absoluto por mi apariencia, ni por el cabello, ni por las uñas, y ahora tengo todo eso al alcance de la mano.

No penséis que no miraba por el dinero, lo hacía, gastaba lo justo y necesario, aunque de vez en cuando me daba algún capricho. Además, quería tener un gesto con Maria, ya que era la única persona que conocía en este lugar y sentía que debía agradecerle su apoyo de alguna forma.

Al entrar había una chica hablando por teléfono, esperamos a que terminara.

—Buenas tardes, chicas, ¿tenéis cita?

—Hola. No, no tenemos cita, quería hablar con Luca, dile que Maria pregunta por él.

—Esperad un momento, por favor, ahora mismo le pregunto. —Se levantó a llamarlo.

—¿Crees que nos atenderá? Al final, nos vemos cogiéndonos una cola de caballo.

—No te preocupes, verás que cuando nos vea nos dice que sí.

—Qué convencida te veo.

—Ya lo verás. ¿Apostamos algo?

—No, no, no me gustan las apuestas.

Vi a un chico muy atractivo acercarse a nosotras; desde que estaba aquí no hacía nada más que ver hombres guapos.

—No me lo puedo creer. —Se dirigió a Maria dándole un abrazo—. A qué debo tan grata visita, y quién es esta preciosidad.

—Hola, Luca, te presento a Dafne, es española.

—Oh, una españolita. —Vino hacia mí a darme dos besos—. Es un placer conocerte, *sei bellissima*.

—Gracias, tú también eres muy guapo.

—Eso mismo me dice mi madre, bueno, a qué debo esta grata visita.

—Verás, Luca, necesitamos que nos pongas más guapas aún, eres nuestra única esperanza.

—Ay, *bella*, ¿qué hago contigo?

—Ponernos guapas, ya te lo dije.

—La verdad es que está muy difícil, ya sabes que sin cita, no suelo coger a nadie.

—Anda Luca, no seas malo, hazme este favor. Mira que aquí mi amiga tiene que conquistar a un hombre.

—Serás mentirosa —le dije riendo—, no le hagas caso, que la cita es para ella, pero tranquilo que si no puedes, ya nos arreglamos nosotras.

—¿Una cita mi Maria? —asentí—, venga, entrad y sentaros que os voy a poner superguapas, todo sea porque mi niña triunfe esta noche.

—Ay, no sabes cómo te lo agradezco.

Nos sentamos en un pequeño sofá, y me tuve que reír con Maria, pues estaba pendiente de una mujer mayor que decía a la chica que la estaba esperando, que ella aún mantenía relaciones con su marido.

—No me lo creo, esta está fardando, te lo digo yo, cómo va a hacer esas cosas a su edad.

—Pero si no sabes la edad que tiene, y deja de reírte que se va a dar cuenta.

—Da igual, te digo que está fardando.

Llegó nuestro turno, Luca me preguntó qué era lo que quería, y le dije que me daba igual, me dejaba sorprender, y vaya si me sorprendió. Me había saneado las puntas, me dejó la media melena corta por detrás y más larga por los lados.

—Luca, me encanta, no pensé que un corte así me quedara tan bien.

—Tienes un pelo precioso y con esa carita tan fina, es el corte ideal, me alegro de que te haya gustado.

Mientras que Maria se peinaba, porque ella le prohibió que le cortara nada, a mí me hicieron las uñas, en un rojo pasión que me encantaba, lo acompañaría con mi lápiz labial.

Maria también estaba espectacular con esas ondas que se hizo, después de una sesión más que satisfactoria, llegó el momento de ir a arreglarnos, estaba deseando que Héctor me viera. No solo con ese vestido, sino también con mi nuevo corte de pelo, era hora de arreglarse en condiciones.

Maria se empeñó en irse a su casa, pero le dije que no, no le daría tiempo de llegar.

—Vale, pues pediré una habitación, digo yo que me harán un descuento por trabajar aquí, ¿no crees?

—Lo que creo es que deberías quedarte conmigo.

Por mucho que le insistí no quiso quedarse. Me duché con cuidado de no mojarme el pelo, me vestí y cuando estaba echándome un poco de perfume, Héctor entró en la habitación y se quedó parado en la puerta.

—Perdón, creo que me he equivocado —dijo dándose la vuelta.

—No seas tonto, ¿tan fea estoy que no me has reconocido?

—¿Fea? Estás preciosa Dafne, eres preciosa, pero hoy te has lucido.

—No sé qué decirte, supongo que gracias, tú también estás muy guapo.

—Venga, termina, que Stefano ya está esperando.

—Tenemos que esperar a Maria, esta noche Stefano se enamora de ella.

—¿Haciendo de casamentera?

—Solo un poquito —le dije juntando los dedos—. ¿Dónde vais a llevarnos a cenar?

—Si te lo digo, no sería una sorpresa.

Cuando llegamos al vestíbulo, Maria ya estaba esperando. Se le notaba que estaba nerviosa, iba de un pie a otro, y se me dibujó una sonrisa al verla

así.

—Pero qué guapa estás Maria, te dije que ese vestido sería todo un acierto.

—Tú sí que estás guapa, yo lo que estoy es atacada de los nervios.

—¿Y eso por qué?, si estás guapísima —le dijo Héctor dándole un beso.

—Gracias jefe, usted también.

—Maria, sabes que no me gusta que me hables de usted, y en estos momentos no soy tu jefe, soy un amigo.

—Y yo otro —le dijo Stefano agarrándola de la cintura para darle un beso muy cerca de la comisura de los labios—. Estás guapísima.

—Eso le he dicho yo, que esta noche triunfa.

—Tú también estás muy guapa, Dafne.

—Uy, ¿para mí no hay beso?

—Que te los dé este de aquí. —Soltamos una carcajada.

Salimos del hotel, el coche de Héctor estaba ya en la puerta, Maria y yo nos sentamos atrás, mientras Stefano iba de copiloto.

—Bueno, ya puedo enterarme de dónde vamos.

—Qué mujer más curiosa vas a tener.

Nos echamos a reír los cuatro, desde luego que con Stefano tenías que reírte. Al cabo de veinte minutos en coche, llegamos al restaurante. Si bonito era por fuera, por dentro era espectacular. Héctor dio su nombre y nos acompañaron a la mesa, estaba situada en la planta superior, sus vistas eran impresionantes.

Un camarero se acercó para ver qué deseábamos tomar. Pidieron una botella del mejor vino blanco, habíamos entablado una conversación, pero Maria se quedaba callada.

—¿Cómo puede ser que una persona hable tanto trabajando, y fuera del hotel sea muda? —dijo Stefano— A no ser que se haya dejado la lengua en casa, ¿es así Maria?

—Perdón, estoy nerviosa, se me hace raro estar aquí cenando con mis jefes.

—Mujer, pero no nos comemos a nadie.

—Por el momento —lo dije sin pensar—. Lo siento se me escapó.

—Ya te vale Dafne, no me extraña que Maria esté muda.

—No le hagas caso, que el señor gerente nos está vacilando…

—¿Los señores saben ya lo que van a tomar?

—Sí —contestó Héctor—. Como entrante vamos a tomar, *provolone*, *carpaccio*, una tabla de embutido y una *caponata* siciliana, de plato principal bacalao a la romana contemporáneo, y traiga otra botella de vino, por favor.

—Cuando volvamos a España, te ahorrarás el billete de avión, porque yo llegaré rodando. ¡Vaya cantidad de comida has pedido! ¿Desde hace cuánto no comes? —Soltó una carcajada.

—Dafne, todo es para compartir, quitando el bacalao, pero verás como no dejas ni las migas.

No imaginé la complicidad que tendría Maria con Stefano, se conocían laboralmente, sí; pero personalmente no habían tenido ese gusto. Cenamos en un ambiente muy ameno, la comida estaba espectacular, y cuando Héctor dijo que no iban a quedar ni las migas, no lo dijo por decir porque así fue, estaba todo riquísimo, hasta ese tiramisú que comimos de postre.

De ahí nos fuimos a tomar unas copas. Stefano y Maria cada vez estaban más juntos, tanto que llegó un momento que se fueron a bailar, dejándonos solos. Llevaba un rato que me sentía inquieta, tenía una sensación de que algo iba a suceder, se lo dije a Héctor cuando nos quedamos solos.

—Héctor, tengo un pellizco en el pecho, como si algo fuera a suceder.

—Dafne, ¿qué estás diciendo? Estamos pasándolo bien, ellos dos se están divirtiendo y nosotros estamos bien, ¿por qué es así no?

—No es eso, no sé cómo explicarlo, pero siento que algo va a pasar. Vámonos, por favor.

—Está bien, voy a avisar a Stefano de que nos vamos.

Nos fuimos de allí, y yo me sentía cada vez más angustiada.

Capítulo 30



Me tuvo que hacer una tila para que me relajara, no se me iba esa inquietud que tenía. Héctor me estaba tranquilizando, pero no había manera, cada vez estaba más nerviosa.

Nos acostamos, y no podía coger el sueño, no se me iba esa sensación. Pensé en mi familia, ¿y si hubiera pasado algo? No, me habrían llamado, no hacía nada más que dar vueltas en la cama.

—Dafne, al final vas a hacer un agujero en la cama, tranquilízate.

—No puedo, no sé qué me pasa. Te lo digo en serio, voy a llamar a mi casa.

—Si te vas a quedar más tranquila, hazlo, pero las vas a asustar.

No me dio tiempo de contestarle, cuando le sonó el teléfono, lo cogió saliendo de la habitación. Pensé que lo habían llamado por algo del hotel, no sería la primera vez, pero cuando volvió su cara me lo dijo todo.

—Héctor, ¿quién era? ¿Por qué traes esa cara? Dímelo ya, joder —Ya no me pude aguantar más y le grité.

—Dafne, ha pasado algo.

—Lo sabía, si es que lo sabía, suéltalo ya.

—Prométeme que te vas a tranquilizar, ven siéntate.

—¿Cómo que me siente? Maldita sea, dímelo ya.

—Ha habido un accidente, tu hermana está muy grave y…

No escuché nada más, caí al suelo todo lo larga que era. Cuando desperté estaba en la cama, Héctor estaba hablando por teléfono alterado, cuando recordé por qué me había desmayado, me levanté de la cama. Todavía me sentía mareada, pero me dio igual. Cogí una maleta y me dispuse a echar ropa en ella, tenía que ir a mi casa lo antes posible.

—Espera, tranquilízate —me dijo, agarrándome por la cintura—. Así no vas a ir a ningún lado.

—No me pidas que me tranquilice, ¿sabes cómo estará mi madre? —negó con la cabeza—. Si a mi hermana le pasa algo, mi madre no volverá a levantar cabeza, volverá a hundirse, como hizo con mi padre.

—Sí, sí lo sé, no hace mucho, he vivido algo parecido con mis padres y hermana. Pero si te lo he dicho es porque hasta dentro de cinco horas no podemos volar.

—Lo siento, Héctor, los nervios son los que hablan. Pues nos vamos en coche, pero no puedo quedarme aquí.

—Preciosa, en coche tardaremos mucho más. Tenemos que esperar, puedes preparar la maleta tranquilamente, yo haré la mía también.

Eso fue lo que hicimos, hacer las maletas, yo no dejaba de llorar, no quería pensar en que a mi hermana le pasara algo, no podía dejar a Carmen sola, no nos podía dejar.

Llamaron a la puerta, y Héctor fue a abrir, salí para ver quién era y me encontré a Maria y Stefano, ella vino hacia mí dándome un abrazo.

—No podemos perderla, no nos puede dejar solas.

—No la vais a perder, tu hermana es joven y fuerte, saldrá de esta, ya lo verás, debes tener fe.

—Esa la perdí el día que mi padre murió. Me quiero ir de aquí, no debí venir, debería haberme quedado en Madrid, solo venía para unos días.

—Eso no lo sabes, Dafne, hay cosas que no se pueden evitar, estemos en el sitio o no.

—Dafne, nos vamos, ya tenemos vuelo.

—¿Pero no dijiste que no había ninguno antes?

—Vámonos, ya te iré contando por el camino.

Stefano nos llevaba al aeropuerto, mientras Maria no dejaba de agarrarme la mano. Héctor me contó que gracias a Stefano volaríamos en un avión privado. Había estado haciendo varias llamadas hasta que, por medio de un amigo, logró conseguir ese vuelo; nunca tendré vida para agradecérselo.

Al llegar al aeropuerto, Héctor se ocupó de todos los detalles, y nos despedimos de Stefano y María antes de continuar con nuestro viaje.

—Gracias, Stefano, gracias por lo que acabas de hacer.

—No hay nada que agradecer —me dijo dándome un fuerte abrazo—. Ve tranquila, ¿vale?, verás que todo va a ir bien.

Nos subimos al avión, y cuando despegamos, Héctor se levantó a decirle algo a la azafata, vino con un vaso de agua y una pastilla.

—Tómatelo, estás demasiado nerviosa, y eso no es bueno, tienes que estar centrada cuando lleguemos, no querrás que te vean así.

No le dije nada, cogí la pastilla y me la tomé, tenía razón, no podía presentarme con ese estado de nervios. Héctor me cogió de la mano acariciándola, notaba cómo me pesaban los párpados hasta que me quedé dormida.

—Despierta pequeña, ya vamos a aterrizar, abróchate el cinturón.

—No me puedo creer que me haya pasado todo el vuelo durmiendo, lo siento.

—No lo sientas, necesitabas descansar, no puedes presentarte como estabas.

Antes de salir del avión, agradecimos al capitán lo que había hecho por nosotros, corrimos por la terminal hacia la salida, yo más que correr volaba. Juanra llamó mi atención.

—Juanra, ¿qué haces aquí? ¿Cómo sabías que veníamos a esta hora?

—Stefano me llamó para decírmelo, y aquí estoy —Me dio un abrazo—. Hola Héctor —se saludaron con un abrazo.

—Venga, vámonos, ya tendréis tiempo de abrazaros.

Lo primero que hice cuando nos montamos en el coche fue preguntarle a Juanra qué es lo que había pasado.

—Lo siento Dafne, pero no me corresponde a mí decírtelo, solo te diré que Arturo y Soraya iban con ellos. —No me pasó desapercibido el intercambio de miradas con Héctor.

—¿Cómo?, pero si mi hermana y Soraya no tienen relación.

—Pero Enrique y Arturo sí, por lo visto, se conocían, y no me preguntes de qué porque no lo sé.

—Y mi sobrina, ¿cómo está?

—No te preocupes, está con Irina, todo está bien.

—Como si fuera tan fácil, ¿sabes la de veces que he escuchado eso esta noche?, muchas veces, así que aprieta el acelerador de una maldita vez.

Sé que no me estaba comportando bien con ninguno de ellos, pero después de lo de mi padre, estaba muy susceptible en ese aspecto, tenía un mal presentimiento que no se me iba de la cabeza.

Llegamos al hospital, y no esperé a que terminara de aparcar, salí corriendo del coche, pero no sabía hacia dónde ir.

—Juanra, ¿para dónde voy?

—Están en la sala de espera de urgencias, a la derecha.

Salí corriendo hacia donde me dijo, cuando llegué, me paré en seco. Mi madre estaba sentada rota de dolor, mi abuela no dejaba de llorar consolándola, había un matrimonio, imaginé que eran los padres de Soraya.

—Mamá, abuela. —Me fui hacia ellas llorando—. ¿Qué es lo que ha pasado?, nadie me quiere decir nada.

—Hija, tu hermana, salieron a cenar y…

—Leonor, ya se lo cuento yo. Hija, salieron a cenar, como todos los sábados, y al regresar a casa, parece que una rueda reventó, lo que provocó que el coche se precipitara por un terraplén. Enrique y Arturo murieron en el acto, Soraya está en coma, y a tu hermana la están operando en estos momentos.

Mi abuela, esa mujer que con todo lo que había pasado, y pese a las lágrimas que estaba derramando, estaba sacando fuerzas que no sabía dónde tenía guardadas. Me acerqué a mi madre y la abracé con fuerzas.

—Hija, no puedo perder a tu hermana también.

—Mamá, verás que todo va a salir bien. Gisela es fuerte y luchará por su vida, tiene que hacerlo, tiene que luchar por ella y por su hija.

Me senté entre las dos, agarrando la mano de cada una, y nos quedamos en silencio. Cada una de nosotras estaba sumida en sus propios pensamientos, pensamientos que, en el fondo, serían los mismos.

Salió un médico preguntando por los familiares de Gisela, y Héctor fue el primero en acercarse.

—¿Cómo está doctor?

—Gisela entró en el quirófano con un traumatismo craneoencefálico severo. Hemos intentado hacer todo lo posible por salvarla, pero lamentablemente, las heridas eran demasiado graves. Siento comunicarles que ha fallecido. Mi más sentido pésame.

Lo que se vivió en ese momento es difícil de describir. Mi madre se desplomó de repente, y Juanra tuvo que sujetar a mi abuela para evitar que cayera también. Yo, totalmente en *shock*, no podía moverme; todo sucedía ante mis ojos como si el tiempo se hubiera ralentizado. La realidad me golpeó con fuerza, y por segunda vez, sentí que mi mundo se desmoronaba. En medio de ese caos, Héctor se acercó y me abrazó, y en ese momento, las lágrimas comenzaron a brotar sin control.

A mi madre la tuvieron que sedar y dejarla en observación, ya que la tensión se le había puesto por las nubes. Mi abuela quería quedarse con ella, pero no se lo permití, así que le pedí a Juanra que se la llevara a casa para que pudiera estar más tranquila.

—Otra vez, por segunda vez se repite. Esto matará a mi madre, yo ya no puedo con más.

—Tranquila, verás que tu madre se pondrá bien, la pequeña Carmen le dará fuerzas. Aparte de que ya no estáis solas, me tenéis a mí, Dafne, no te

preocupes ahora por eso.

Los padres de Soraya se acercaron a darnos el pésame.

—Lamentamos mucho lo que ha pasado, nuestro más sincero pésame.

—Gracias, espero que Soraya despierte pronto.

—Ojalá, hija —me dijo su padre cabizbajo—, los médicos no nos dan muchas esperanzas.

—No repitas eso, mi hija se pondrá bien, ¿me has oído?, ella se tiene que poner bien.

Me daba pena ver a esa mujer, estaba rota de dolor, como lo estábamos nosotras. Qué cruel es el destino a veces, nos quita lo que queremos demasiado pronto, no es justo, mi hermana era demasiado joven.

Capítulo 31



Héctor no se separó de mí en ningún momento. Él junto a Juanra se hicieron cargo del entierro, mientras Irina se ocupaba de mi sobrina. Mi madre dejó de hablar, no te contestaba a nada de lo que le decías, estaba como ida, y mi abuela no dejaba de decirle que no podía volver para atrás, que tenía que estar para su nieta, pero no servía de nada.

El día del entierro fue desolador, a mi madre se la tuvieron que llevar, se había desmayado dos veces, por lo que mi abuela le pidió a Juanra que se la llevara.

Cómo me dolía ver así a mi madre, no quería pensar que fuera a estar sumida en sí misma otra vez. Tras dar sepultura a mi hermana junto a mi padre, me acerqué a mi abuela.

—Abuela, dime que mamá se pondrá bien.

—Ay, hija, no sé qué decirte, es muy duro que un hijo se vaya antes que los padres. Si con tu padre lo pasó mal, no quiero pensar ahora, esperemos que con la niña le sea más llevadero.

—Eres una mujer admirable abuela, no sé de dónde sacas esa fuerza que tienes.

—Hija, son apariencias, estoy rota de dolor, pero entiendo que aunque sea doloroso, la vida sigue, no nos podemos aferrar a lo que se ha ido, pero sí tenerlos siempre muy presentes.

Nos marchamos a casa de Juanra, y al llegar Irina me recibió con la niña en brazos. Se me partía el alma al pensar que ya no volvería a ver a su madre.

—Hola, Dafne, siento que nos hayamos reencontrado en estas circunstancias.

—La verdad es que sí, ¿cómo se ha portado?

—Bien, es una niña muy buena.

Me echó los brazos para que la cogiera, estaba tan guapa, era igual que mi hermana cuando era pequeña, se me saltaban las lágrimas, al pensar que no volvería a ver a su madre.

—Dónde está mi madre, necesito hablar con ella, si es que puedo.

—Está en el cuarto del fondo, le dimos una tila, con un relajante a ver si se tranquilizaba.

— Últimamente, no hago nada más que escuchar esa palabra.

—Dafne, después tenemos que hablar.

—Sea lo que sea, no es el momento. —Me fui para el dormitorio.

Cuando entré vi a mi madre dormida, estaba abrazando una foto de mi hermana, al menos había conseguido quedarse dormida. Le di un beso en la frente y salí cerrando la puerta.

Estaban todos sentados en el salón, Héctor tenía a la niña en brazos, y me lo quedé mirando. Qué bien se veía con ella, notó que lo estaba mirando y sonrió.

—Se ha quedado dormida, al menos descansará.

—Me costó mucho que se tomara la pastilla, pero lo necesitaba.

—Hija, ¿cuándo regresas a Roma?

—Abuela, no pienso irme a ningún sitio, ahora no os voy a dejar solas, no tenía que haberme ido.

—¿Crees que si te hubieras quedado, hubiera cambiado algo? —me dijo la abuela—. Y te pido por favor que no vayas a empezar, dicen que cada

uno tenemos nuestro destino escrito, y aunque duela, hay que aceptar las cosas como vienen.

—Abuela, no estoy empezando nada, No, no hubiera cambiado nada si me hubiera quedado, solo que hubiera estado más tiempo con ella.

—Aquí ahora lo que importa es tu sobrina y tu madre, ya no sirven de nada las lamentaciones. Volveré a instalarme en casa con tu madre, otra cosa más, sobra decir que a partir de ahora te harás cargo de Carmen, no solo serás su tía, también serás como una madre para ella.

—No sé por qué estamos hablando de esto ahora, pero de mi madre me haré cargo yo, ya te has ocupado bastante de nosotras, quiero que sigas en casa de Nicolás.

—Dafne, ¿puedo decir algo? —asentí con la cabeza a Héctor—. Tú, tu madre y tu sobrina, os quedaréis en mi casa, ya que Irina estará al lado y podrá echarte una mano con la niña, ahora iremos a tu casa a recoger las cosas de la niña, no puede estar durmiendo en el carro.

—No es necesario, estaremos bien las tres.

—Sí es necesario. Primero, porque eres mi mujer; segundo, porque aunque no lo creas, a tu madre le vendrá bien; y tercero, déjate ayudar, deja tu orgullo donde sea que lo tuvieras guardado.

Me lo dijo en un tono que se veía que estaba enfadado, llevaba razón. Ya estaba saliendo la Dafne orgullosa, la que no necesitaba a nadie para seguir

adelante, la que rechazaba la ayuda de los demás, la que creía que ella sola podía solucionar todo.

—Necesito las llaves de tu casa, no hace falta que vengas.

—Yo las tengo, hijo —le dijo mi abuela—, pero yo te acompaño, Leonor también necesitará algo de ropa y sus pastillas.

Héctor asintió, se terminó el café que se estaba bebiendo y salieron los tres. Miraba a mi sobrina, en ningún momento dudé en hacerme cargo de ella, no sería fácil, lo sabía, pero haría todo lo posible porque fuera una niña feliz. Irina se acercó a mí.

—No pienses más, te estoy escuchando desde aquí —le sonreí—, no le des más vueltas, irás aprendiendo día a día, como hizo ella.

—Ya, pero no es lo que haga, ni cómo lo haga, es el cómo le dices a una niña cuando llegue el momento lo que le pasó a su madre.

—Para eso queda mucho, y cuando llegue el día estoy segura de que sabrás cómo decírselo. Te voy a decir algo que llevo queriéndote decir y no me has dejado, tu hermana estaba embarazada. —Con la boca abierta me quedé—. Me lo contó el viernes por la mañana, estaba de cinco semanas.

—¿Ellas lo sabían?

—No, ni siquiera Enrique lo sabía aún. ¿Te puedes creer que fue a otra clínica para que él no se enterara?

—Ella haciendo de las suyas. Irina no tienen que saberlo, sobre todo mi madre, sería otro palo para ella.

—Me sorprende la fuerza que tiene tu abuela, no sé de dónde la saca.

—Yo tampoco, es de admirar. No me canso de decirlo, pero si no hubiera sido por ella, no sé lo que hubiera sido de nosotras. Siempre tiene las palabras justas que decir, a veces me da miedo que se venga abajo.

—Dudo mucho eso, con todo lo que ha pasado, y ahí está, sacando fuerzas y tirando para adelante.

—Me preocupa mi madre, Irina, no quiero que vuelva a pasar lo mismo que con mi padre.

—Dale unos días mujer, no quieras que de la noche a la mañana esté riendo, pero verás como con la niña, y su cocina está entretenida.

—Eso espero, ha sido todo muy fuerte, espero que al menos Soraya salga pronto del coma y se recupere, no quiero pensar cuando le den la noticia de lo de Arturo.

— Bueno, ya se irá viendo, pero que sepas que estaban pensando en casarse, Arturo le decía que para qué iban a esperar más tiempo. Necesitas

descansar, Dafne.

—No quiero cerrar los ojos, ahora me siento culpable por haber desperdiciado el tiempo con ella.

—No lo hagas, tenías tus razones, y aunque no es el momento, cuéntame qué tal por Roma.

—Bueno, pues no me ha ido mal, es preciosa, tienes que ir.

Le estuve contando desde que llegué, le hablé sobre Stefano y Maria, los lugares que había visto, y cómo había disfrutado de cada uno de ellos, y que había encontrado una enemiga con cara de estreñida.

—¿Una enemiga? Sí que te ha cundido el tiempo, sí.

—Héctor, que aprovechó muy bien el tiempo cuando se fue de aquí, y ahora me tocó a mí quitársela de encima.

Me asomé a ver a mi madre, me senté en la cama a mirarla, y se me saltaron las lágrimas. Es verdad que cada persona lleva el dolor de una manera, y ese era mi miedo, mi madre lo llevaba muy mal. Ojalá que Irina tuviera razón, no me gustaría volver a tener la madre que tuve cuando mi padre murió.

La abuela llegó con los chicos, habían dejado las cosas en casa de Héctor, y traían algo para cenar. Sinceramente, no es que me apeteciera comer nada,

pero no quería que mi abuela se preocupara también por mí. Me acerqué a ella y la abracé, se la veía cansada aunque lo quisiera ocultar, las ojeras que tenía la delataban.

—Abuela, te ves cansada, no me vayas a decir que no.

—Ay, hija, todos estamos cansados, son muchas horas sin dormir, aún no me lo creo, estaba en lo mejor de su vida, era tan feliz con Enrique, nunca la había visto así.

—Me arrepiento de tantas cosas, abuela, la traté tan mal, que no sé si me lo perdonaré algún día.

—Dafne, ella no te lo tuvo en cuenta, es más, te daba la razón. Olvídate de eso, y ahora vamos a cenar, que tenemos que descansar.

Cenamos todos juntos y, al terminar, decidimos que ella se quedara a dormir con mi madre, ya que no quería dejarla sola. Héctor y yo nos fuimos a su casa, donde mi sobrina ya tenía preparada su cuna en el dormitorio principal. Mientras él se duchaba, aproveché ese momento para acostar a mi sobrina, quien rápidamente se quedó dormida abrazando su osito de peluche. La observaba con preocupación, pensando en cómo podría afectarle la ausencia de su madre. Cuando Héctor salió de la ducha, fui yo quien entró al baño, ya que necesitaba relajar mis músculos. Al salir, él me recibió en la cama, envolviéndome en un cálido abrazo.

—¿Crees que seré buena madre para ella?

—Serás la mejor madre del mundo. —Con esas palabras me quedé dormida.

Epílogo



Cuatro años después…

—La que decía que no se iba a casar —dice Irina dándome un abrazo—. Estás guapísima, sé de alguien a quien se le caerá la baba.

—He dicho tantas cosas en estos años, que una más no se nota —le respondo haciéndole una mueca.

Sí, es lo que pensáis, me caso. Héctor me lo había pedido tantas veces que un año atrás le dije que sí, aunque por mí no me casaría, vivo con el hombre que amo, y con eso me basta.

Después de aquel trágico accidente, nos ha costado mucho levantar cabeza, pero poco a poco lo hemos conseguido. Mi madre nos ha sorprendido a todos, es verdad que estuvo tres meses sin querer saber nada de la vida, como ella dice, hasta que un día se levantó y nos dijo: «me voy a mi casa, que es donde debo estar».

Hace dos años que Nicolás nos dejó. Mi abuela está muy apenada, pero ha vivido con él momentos muy bonitos, y le reconforta saber que tuvo una muerte dulce, sin sufrimientos.

Héctor llegó un día diciéndome que nos hacía falta una casa más grande, una casa con jardín, para que su hija tuviera espacio para correr, jugar y él disfrutar de ella, porque para él, Carmen es su hija.

Irina y Juanra llevan dos años casados y tienen un hijo de un año, Samuel, un querubín con unos ojos verdes preciosos, un muñeco, como dice mi sobrina.

—Mami, mami, tú y yo vamos a ir muy guapas. —Entra mi sobrina a la habitación, corriendo.

Desde que comenzó a hablar, siempre me llama así, a pesar de que yo le digo: «mami, no, tita». No hay forma de que lo entienda. Cada vez que le respondo de esa manera, la gente a mi alrededor me aconseja que la deje, que cuando crezca un poco más, se lo podré explicar todo.

—Sí, hija, tú y mami, vamos a ir muy guapas, pero tienes que estarte quieta y no mancharte, si no, tú estarás fea y mami guapa.

—No, no me voy a manchar. —¡Cómo se parecía a mi hermana!, era una mini Gisela.

—¿Es aquí donde hay una novia deseosa de casarse? —dice Juanra, mi padrino, según entra por la puerta—. Estás guapísima con ese vestido,

Dafne.

—Gracias, tú también; eres un padrino muy sexi.

—Oye, que este es mi marido, ni lo mires. —Nos echamos a reír.

Mi vestido es realmente precioso, con un diseño juvenil de corte recto. Tiene un escote cuadrado que le da un toque elegante, mientras la espalda queda al aire, con mangas tres cuarto, y en el lado izquierdo cuenta con una abertura que llega hasta la mitad del muslo, lo que le da un toque atrevido y *chic*.

—Bueno, yo me voy, que tengo que acompañar a un bombón al altar —suelta Irina, riendo.

Sí, Irina es la madrina, aunque Héctor primero se lo pidió a mi madre, y la verdad es que le hizo mucha ilusión, le dijo que desentonaba con el padrino, y le cedió el sitio a Irina.

—Hija, si tu padre pudiera ver lo guapa que estás.

—Mamá, estoy segura de que nos está viendo, así que límpiate esas lágrimas que sabes que no le gusta que llores, que te pones muy fea.

—¿Te acuerdas de eso?

—Mamá, recuerdo todo, cómo te abrazaba cuando llegaba de trabajar, los mimos que te daba cuando te sentías mal, de todo, me acuerdo de todo.

—Hija, te deseo que te vaya tan bonito como a mí con tu padre. No saques el orgullo, porque Héctor es un gran hombre, quiérelo para toda la vida y cuídalo mucho, hija.

—Sí que lo es, sí. Me lo ha demostrado muchas veces, pero en estos cuatro años se ha superado.

—Debemos irnos ya —nos dice Juanra—. Venga, dejaros de lagrimitas, que me vais a hacer llorar a mí.

—No te creo —le contesto riendo.

Vamos de camino de la iglesia, y estoy muy nerviosa. Mi madre me mira y me sonríe, no quiero decir nada, pero en estos momentos, no solo me estoy acordando de mi padre, sino también de mi hermana, no hay un solo día que no piense en ella.

Nuestra intención no era casarnos por la iglesia, pero después de todo lo sucedido, no pude decir que no a la petición de mi madre.

Cuando el coche ha parado, no me podía imaginar que me iba a llevar la sorpresa más grande de mi vida. Juanra se ha bajado de él para abrirme la puerta, y cuando he salido me he quedado parada. Tengo delante de mí a todos mis amigos, sí, porque a pesar de haber perdido aquellos que decían

llamarse amigos, la vida me ha demostrado que amigos son aquellos que están en todo momento contigo y para ti.

Allí está esa familia que conocí en el bar de copas, Toño y mis niñas, como yo las llamo. También están Stefano y Maria, desde que me vine de Roma, hablábamos casi todos los días y más de una vez hacen una escapada para vernos.

—Estás guapísima, Dafne —me dice Maria—, después te doy un achuchón, que no quiero estropearte el vestido.

—Pues yo sí le voy a dar un achuchón —dice Stefano—. Eres bella, pero hoy estás doblemente bella.

—Ja, ja, ja, gracias a los dos, bella, no sé, pero nerviosa mucho, estoy que me salgo del pellejo.

—Perdón por interrumpir, pero, o entramos dentro ya, o yo sé de uno que estará mordiéndose las uñas —me dice Juanra, ofreciéndome el brazo

Nada más asomarme por la puerta, empieza a sonar la marcha nupcial, es mi boda, pero de verdad qué poco me gusta esa música. Según voy avanzando por el pasillo lo veo, está guapísimo con ese traje beis oscuro, no dejamos de mirarnos en ningún momento.

Cuando llego al altar, Juanra me da un beso y se pone al lado de Héctor.

—Estás preciosa, y no veas cómo me está poniendo ese vestido —me susurra Héctor al oído.

—Por poco le da un infarto, niña —me dice Irina—. ¿Dónde coño estabais?

—Niña, no digas palabrotas en la casa del señor.

—¿Podemos empezar? —nos pregunta el cura un poco serio.

Ha sido una ceremonia muy bonita, donde ha habido un hueco para todos los que faltan, ahí sí me he emocionado, lo mismo que él, porque los dos sentíamos que no nos acompañaran en este día tan especial.

Héctor estaba deseando que el cura le dijera el típico «ya puedes besar a la novia», ya que cuando me ha besado, hasta el cura le ha tenido que decir que me iba a dejar sin aire. Ahí ha sido cuando todos hemos acabado riendo.

Salimos de la iglesia con nuestras manos entrelazadas, sonrientes, donde una lluvia de pétalos cae sobre nosotros.

—Felicitaciones, mi niña —me dice mi abuela, con los ojos anegados en lágrimas.

—Mami, papi.

—Ay, mi vida, estás tan guapa que pareces una princesa —le dice Héctor.

—Mami y yo, vamos muy guapas.

—Hija, hay alguien que quiere felicitarte —me dice mi abuela.

Cuando se aparta hacia un lado, veo a una Soraya llorando. Me acerco hasta ella y nos fundimos en un cálido abrazo, no decimos nada, sobran las palabras porque ese abrazo lo dice todo. Tardé una semana en regresar al hospital para verla, pero desde entonces no había faltado ni un día. Estuvo cuatro meses en coma, al principio no recordaba nada, pero, poco a poco, fue recuperando la memoria.

Lo peor fue cuando le tuvimos que decir que Arturo, mi hermana y Enrique no estaban con nosotros, decía que era culpa suya, que ninguno querían ir a cenar fuera y que ella los había matado. Eso le costó caer en una depresión, con lo que tenía encima.

—Soraya, gracias por venir, estás muy guapa.

—No me perdería la boda de mi mejor amiga por nada del mundo, y esta silla no me lo iba a impedir.

Ha pasado por numerosas cirugías en una de sus piernas, y al principio no había muchas expectativas de que pudiera volver a caminar. Sin embargo, gracias a su esfuerzo y al apoyo incondicional de Toño, ha logrado hacerlo. A pesar de sus avances, en días que requieren un mayor esfuerzo, prefiere usar la silla de ruedas para sentirse más cómoda y segura. Sí, habéis leído

bien, Toño, el mismo que me acompañó una vez a visitarla en el hospital, y desde entonces no se ha separado de ella.

La celebración ha sido en el hotel, en uno de los salones. Héctor se ha encargado de todo junto con mi abuela e Irina. Ha habido muchos momentos muy divertidos, sobre todo, el momento de la tarta, donde ni corta ni perezosa, le he restregado un pedazo de tarta a mi marido por toda la cara, pero también momentos muy emotivos, como ese primer baile, con una canción que le gustaba mucho a mi hermana, *Si no te hubiera conocido*.

—Te amo, Héctor y te amaré cada uno de mis días.

—¿Con orgullo o sin él? —Nos echamos a reír—. Yo también te amo.

—Sin él, ese se fue.

—¿Sabes de qué tengo ganas? —me dice Héctor al oído.

—¿De salir corriendo de aquí?

—De eso también, pero de lo que tengo ganas es de quitarte ese vestido.

—¿Te lo impide alguien? —le digo mordiéndome el labio inferior.

—Dafne, no hagas que te coja ahora mismo y te saque de aquí corriendo.

—¿Ya me quieres matar?, te recuerdo que llevo tacones, qué digo tacones, taconazos, no ves lo que he crecido en el día de hoy.

—Pues te los quitas, o mejor, te cojo en brazos.

—Quita, quita, tú eres capaz de tirarme al suelo con lo que has bebido.

—¿Me estás llamando borracho?, mira que igual la que ha bebido más de los dos, eres tú.

—Calla y bésame, marido mío, que en boca cerrada no entran moscas. —Suelta una carcajada.

No solo me besa, sino que me coge en brazos, y me saca del salón, con las risas y aplausos de nuestros familiares y amigos de fondo. Así empezábamos una nueva etapa de nuestras vidas, llena de sueños e ilusiones.

FIN